ANYTA SUNDAY

Elliot: canción de amor eterno



CON AMOR, AUSTEN

ELLIOT: CANCIÓN DE AMOR ETERNO

Con amor, Austen

Libro 5

ANYTA SUNDAY

Traducido por

VIRGINIA CAVANILLAS

Publicado por primera vez en 2025 por Anyta Sunday
4D Palm Grove, Berhampore, Wellington 6023,
Nueva Zelanda

Una publicación de Anyta Sunday
www.anytasunday.com

Copyright 2025 Anyta Sunday

Traducido por Virginia Cavanillas
Corregido por María Luisa Crespo

Diseño de portada e ilustraciones: Lauren Dombrowski
www.laurendombrowski.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de esta publicación sin la autorización previa del propietario de los derechos de autoría.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

La autora se ha tomado licencias creativas para reinventar *Persuasión*, de Jane Austen, y convertirlo en un romance gay contemporáneo.

Este libro contiene escenas de sexo explícito.

Índice

Elliot: canción de amor eterno
Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Parte II
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Sobre la autora
Sobre le ilustradore

Una reinvención de Persuasión, de Jane Austen.

Un agradecimiento especial para Jacquie y Scotty, que me ayudaron a que Wentworth fuera extramaravilloso.

Elliot: canción de amor eterno

Cuando encuentras al amor de tu vida, te aferras a él.
No lo sueltas.

Elliot Anneston, campeón indiscutible del equipo de debate, es un maestro en el arte de la persuasión. Siempre gana; en todo. Hasta que conoce al sexi Wentworth McAllister, un estudiante escocés que acaba de mudarse. De repente, no sabe ni por dónde le da el aire. Su mundo se convierte en un torbellino de emociones y, cuando se enfrenta al debate de su vida, perder es inevitable. ¿Cómo no va a hacerlo, si su argumento se basa en una mentira?

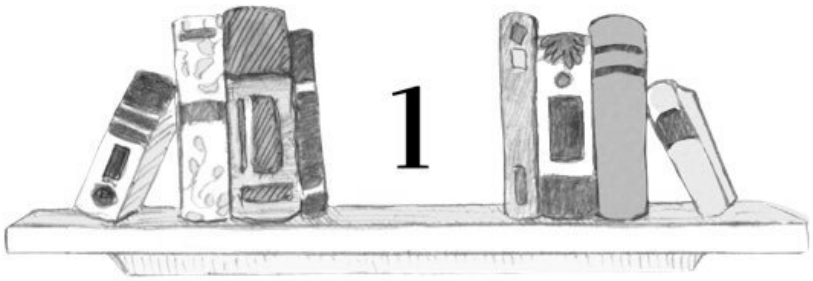
«No puedo quererte. No estoy enamorado de ti».

Cuando pierdes al amor de tu vida, no tienes una segunda oportunidad.

¿O sí?

Parte I

Capítulo Uno



Elliot Anneston no esperaba que su noche tomara semejante cariz.

Se suponía que debía estar estudiando para las semifinales del equipo de debate; practicando argumentos persuasivos con su segundo orador, Kyle; se suponía que estaría a las diez en la cama.

Sin embargo, era medianoche, había seguido a Kyle hasta una fiesta en las afueras de Port Rātapu y el único debate que existía en esos momentos era si Kyle debía o no dejarse el bóxer puesto.

Elliot tenía muchos y muy firmes argumentos para el «sí».

La sórdida risa de Kyle, acompañada de un insoportable olor a alcohol, le dio de lleno en la cara, obligándolo a retroceder medio metro. El ambiente vibraba con la música procedente del interior de la casa, haciendo que la superficie hasta entonces inmóvil de la piscina se estremeciera. Kyle y él estaban fuera. Solos.

—Has sido tú quien me ha arrastrado hasta aquí, Elliot.

Eso era cierto. Había esperado que tomar el aire lo despejara. Pero no había habido suerte. Tampoco parecía haberlo disuadido de mostrarse tal y como vino al mundo.

—Pero no era una invitación para que nos bañáramos desnudos en la piscina.

—Vamos, será divertido.

—Mañana tenemos las semifinales.

El volumen de la música se intensificó durante unos segundos y, acto seguido, se oyó una puerta cerrarse; era posible que ya no estuvieran solos, pero Elliot no se giró para confirmarlo. Bajó la voz y protegió a Kyle con su cuerpo porque, aunque estaba dando un espectáculo lamentable, bastante vergüenza iba a pasar ya a la mañana siguiente; qué menos que preservar un poco de su dignidad ocultándolo de ojos ajenos.

Kyle lo miró con lascivia y, al hablar, usó un tono bajo y ronco:

—Venga, yo te la chupo primero.

—¡¿Qué?!

Entonces, Kyle se bajó la cinturilla del bóxer y dejó al descubierto algo de vello púbico y la base de su excitación.

Vale. Ya no quedaba ninguna dignidad que preservar. Elliot dio un paso atrás.

—Veo cómo me estás mirando —dijo Kyle, siguiéndolo.

—Lo que ves es conmoción.

—No te preocupes, no me importa si la tuya no es tan grande —dijo, bajándose el bóxer otro centímetro, hasta dejar al descubierto gran parte del culo.

—No me refería a eso. Súbete los calzoncillos, por favor.

Kyle lo miró con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

—Pero…

Elliot recogió la camiseta del suelo y se la lanzó.

—Ponte esto también, anda.

Kyle la cogió y, sosteniéndola contra su pecho, eructó y dijo:

—Pero eres gay.

—Bisexual.

—Me vale.

Elliot se quedó mirándolo, perplejo. No podía estar hablando en serio.

—Es eso o mi mano derecha.

Pues sí iba en serio, sí.

—Sin tener en cuenta la lamentable falta de romanticismo —dijo Elliot—, esperaba mejor argumentación de un miembro del equipo de debate.

Kyle volvió a dejar caer su camiseta al suelo y se bajó el bóxer hasta los tobillos.

—¿Esto te hace cambiar de opinión?

Algo se movió en su visión periférica, pero estaba demasiado concentrado en lo cerca que tenía a Kyle como para prestar atención. Extendió los brazos para evitar su avance y, cuando se acercó tanto que le rozó las manos con el pecho, Elliot lo empujó.

Kyle se cayó a la piscina y salió a la superficie agitando los brazos y chapoteando. Le salpicó los vaqueros, empapándoselos desde el muslo hasta el tobillo. Elliot se agachó para intentar sacarlo del agua.

—Si no lo hubieras tirado tú, lo hubiera empujado yo. *Seh*, bien hecho.

Elliot había sabido que había alguien fuera con ellos, pero el acento escocés no se lo esperaba. Ese «seh» en vez de «sí», esa forma de alargar las vocales.

Miró hacia arriba —muy hacia arriba, el chico era alto— y apoyó las manos en el suelo mojado para estabilizarse. A Elliot no le gustaban mucho las fiestas —esa era la primera a la que asistía desde que había empezado el curso—, pero estaba muy implicado en el colegio y conocía a todos los que estaban bailando dentro de la casa, incluso a los hermanos mayores que ya se habían marchado de Fern Valley. Sin embargo, a este chico no lo había visto nunca. Se acordaría.

De hombros anchos, atlético, musculoso y con el pelo ondulado de color teja. Era espectacular; no había otra forma de decirlo. Un tiarrón de apariencia risueña que daba la impresión de poder cargarse medio mundo a los hombros.

Sonrió y los ojos le centellearon, haciendo que el ambiente se caldeara.

Hasta que el agua fría le salpicó la cara y Elliot tuvo que desviar la atención hacia su preocupación más acuciante: Kyle, que, muerto de la risa, chapoteaba alegremente en todo su —por fin marchito— esplendor.

—Puede que se lo mereciera —murmuró Elliot—, pero se debe de estar helando.

—Yo lo veo feliz.

—Está borracho. No siente el frío. ¡Kyle! Kyle, sal.

Kyle se puso de pie; por suerte, el agua le llegaba solo hasta el pecho, pero, si se movía un poco hacia el fondo, le cubriría mucho más.

—¿Del armario? —contestó Kyle—. Ya estoy fuera. ¿O no he sido lo bastante claro?

«Madre de Dios».

—No, que salgas de la *piscina*.

—Para un maestro del debate, esperaba que fueras más convincente —replicó Kyle con los ojos brillantes mientras subía y bajaba sus pobladas cejas de forma sugerente.

—Voto porque lo dejemos *ahé*.

Ese acento otra vez. Elliot se estremeció. Aunque no estaba claro si era por esa forma de hablar o por el hecho de saber que el chico había oído su conversación.

—El alcohol y las grandes masas de agua no son una buena combinación. Se podría ahogar.

—Salgo si me prometes que me darás un beso —dijo Kyle a voz en grito.

El chico escocés se agachó a su lado.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, ¿por qué?

—Buena edad; te juzgarían como menor y no como adulto.

Elliot negó con la cabeza, riéndose. Por muy tentador que fuera…

—Sal o te sacaremos por la fuerza —gritó.

—¿«Sacaremos»? —repitió el recién llegado.

Cierto, «sacaremos» era mucha gente.

—Sal o este tío entrará y te sacará a rastras —dijo Elliot señalando con el pulgar a su nuevo… Al escocés.

El escocés en cuestión lo miraba perplejo.

—Bueno —le explicó Elliot—, no nado muy bien, así que, a menos que quieras tener que lidiar con dos cadáveres, tendrás que hacer los honores.

—¿Quién eres? —preguntó el escocés con ojos divertidos.

—Muy buena pregunta. ¿Quién eres *tú*?

El escocés se cruzó de brazos.

—Yo he preguntado primero.

—Pero bueno, y yo creyendo que podrías estar en bachillerato como yo. Con ese comportamiento tan infantil, está claro que sigues en preescolar.

—Wentworth McAllister —dijo mientras le tendía la mano—. Me acabo de mudar a Nueva Zelanda; soy escocés.

Elliot se presentó y, tras una pausa, le preguntó:

—¿Wentworth?

El susodicho hizo una mueca.

—Elección de mi madre. Por un libro que le encantaba.

—Creo que sé cuál es.

—¿Vas a darme la mano o te vas a limitar a mirármela?

Elliot se sonrojó.

—Creo que lo segundo; hasta que la cosa empiece a ponerse incómoda.

—¿«Empiece», dices?

Elliot le estrechó la mano. Esperaba que el apretón le dejara los dedos sin circulación, pero no, lo hizo con la presión justa; fue firme pero delicado, y una corriente de electricidad le trepó por el brazo.

—Así que… ¿eres nuevo en Port Rātapu?

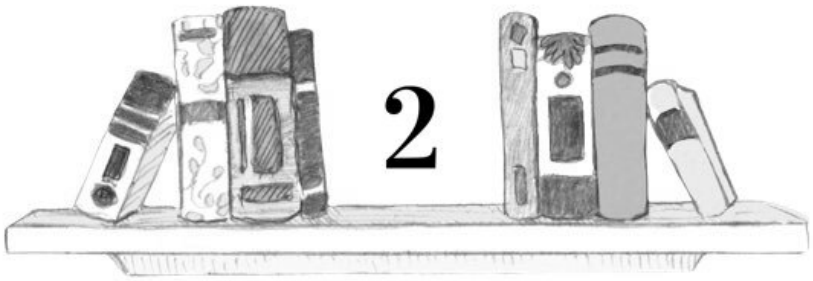
—Hum… Mi madre murió cuando era pequeño y mi padre se ha vuelto a casar; con una kiwi, así que… —contestó terminando la frase con un encogimiento de hombros.

Separaron sus manos en un deslizar de dedos cargado de electricidad estática.

Otra salpicadura procedente de la piscina; otra vez en sus pantalones, pero Elliot apenas se inmutó. Tenía la mirada fija en la nariz de Wentworth; había algo en ella… Era un poco demasiado grande, quizá, y, sin embargo, encajaba tan bien en su cara…

—Bueno, pues… —Se encontró con los ojos brillantes del escocés —. Desnúdate.

Capítulo Dos



—¿Que haga qué? —preguntó Wentworth alzando las cejas—. Qué lanzado, ¿no? ¿Todos los kiwis sois así de descarados?

Elliot se rio y señaló con la cabeza a Kyle, que, borracho como estaba, seguía chapoteando y salpicándolos.

—Desnudarte para rescatarlo a él.

Wentworth miró con recelo la desnudez de Kyle, que, una vez más, hacía la estrella de mar en el agua con su paquete marchito bien a la vista. Elliot entendía que vacilara; tirarse a la piscina para

tratar de hacerse con ese cuerpo resbaladizo y renuente a salir no era tarea fácil. Hizo una mueca.

—Bueno, por lo menos el agua está fría; alégrate.

—*Seh*, estoy feliz; deseando que se me congelen los huevos y traten de meterse de nuevo en mi cuerpo.

—Puedes dejarte la ropa interior puesta.

La miradita de Wentworth habló por sí sola.

—Qué amable por tu parte. «Persuasión» debe de ser tu segundo nombre.

—¿Y si te traigo unas toallas?

—¿Crees que las toallas son aliciente suficiente para motivarme a forcejear con un chico desnudo, mojado y borracho?

—¿Si añado un chupito de gelatina a la ecuación, el trauma será menor?

Wentworth se quedó mirando a Elliot con la cabeza ladeada, evaluándolo, apreciándolo. Su mirada parecía seria, inteligente, pero se le notaba en la cara —en el hoyuelo de la barbilla, en la ligera contracción de las mejillas— que la situación le divertía sobremanera.

—¿Con qué otra cosa podrías tentarme?

—No te conozco lo suficiente como para saber qué te tentaría.

Los ojos le brillaron divertidos.

—No me conoces lo suficiente. Punto.

La forma de acariciar esas seis palabras con la lengua hizo que a Elliot le temblara todo.

—De hecho, no te conozco *de nada*.

El sonido del bajo de la canción que sonaba en la fiesta en esos momentos hizo vibrar el suelo bajo sus pies al insólito ritmo de los latidos del corazón de Elliot.

—¿Y si hacemos un trato? Yo salvo a tu amigo y tú me brindas la oportunidad de conocerte.

Lo dijo con total sinceridad, sin un ápice de burla. Sin embargo, en lo que a chicos respectaba, Elliot tendía a tomarse las cosas en serio, a analizar mucho todo; y no estaba seguro de que Wentworth estuviera eligiendo a la persona correcta.

—Mira…

—Soy nuevo. Aún no conozco a nadie.

Elliot se llevó las manos a las caderas.

—Qué oferta tan sentida y tentadora.

Wentworth hizo una mueca.

—¿Me tiras a la piscina o me tiro yo solo?

—Deberías quitarte la ropa primero.

Y eso empezó a hacer; se quitó la sudadera y, al sacársela por la cabeza, dejó al descubierto su tonificado abdomen.

—Lo que quería decir es que me gustaría conocerte.

—¿No has estado ahí dentro? Estoy seguro de que cada chica de la fiesta querría adoptarte.

Wentworth lo miró de reojo y sonrió.

—¿Tú crees?

Elliot bufó.

—No me creo que no seas consciente de ello.

—Vale, sí. Llámalo adoptar, llámalo atosigar… Puede que esa sea la razón por la que he salido de la casa; necesitaba un poco de aire.

Elliot soltó una carcajada.

—¡Ey! —gritó Kyle, cabreado—. ¿Quién coño eres? Deja de babear por mi futuro novio.

Wentworth alzó las cejas en una pregunta silenciosa y Elliot negó con la cabeza con firmeza.

—*Nop*.

—Lo siento, pequeñín —le dijo Wentworth a Kyle, que lo miraba con el ceño fruncido—. Con este no va a poder ser. Pero podemos hablar de cómo ligar con chicos en el futuro. Sal del agua, venga. Ahí tienes unas escaleras.

Kyle le enseñó el dedo corazón.

Wentworth suspiró y, en voz baja, preguntó a Elliot:

—¿De verdad queremos salvarlo? Porque yo creo que merece un buen catarro.

—Por desgracia, es mi segundo orador. Y la semifinal es mañana.

—¿La semifinal de qué?

—Del Campeonato de Debate de la Isla Sur.

—¿Lo hacéis un sábado?

—Es que es un evento muy popular; bueno, dejémoslo en que es un evento. Se hace una vez al año. Y se celebra en sábado para que los padres puedan venir a verlo.

—¿Tus padres van a ir?

—Mi madre. No tengo padre. Que ya sé que no me lo has preguntado, pero como supongo que ahora mismo estás tratando de hacerte una imagen mental de quién soy, mejor darte detalles concretos.

—Gracias, me estoy haciendo una *gran* imagen mental.

Elliot se sonrojó, tragó saliva y se metió las manos en los bolsillos. Si esto era a lo que llamaban «azorarse», no creía que fuera su sensación favorita.

—Hum. Bueno, el caso es que no tendremos ninguna oportunidad si Kyle está enfermo.

Wentworth se quitó la camiseta y Elliot se apartó con brusquedad. No quería que lo sorprendiera admirando su cuerpo. Así que desvió la mirada y se centró en Kyle, que no paraba de refunfuñar en voz baja.

Se oyó el deslizar de los vaqueros por las piernas de Wentworth seguido de un ruido sordo cuando la prenda aterrizó en el suelo.

—¿Estás mirando hacia otro lado para no avergonzarme?

—O para no avergonzarme yo. —Elliot suspiró—. ¿Podrías saltar al agua de una vez, por favor?

Una risa cargada de humor y, acto seguido, *por fin*, el sonido de un cuerpo zambulléndose en el agua.

—¡Frío, frío, frío! —Wentworth salió a la superficie maldiciendo y empezó a dirigirse hacia Kyle, a quien por lo visto le pareció supergracioso empezar a jugar al pillapilla con él. Luego, tras dedicarle una miradita a Elliot, añadió—: Será mejor que putoganes mañana.

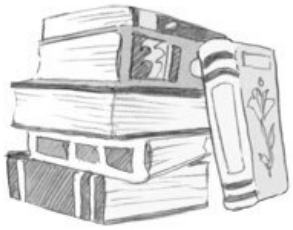
—Te lo prometo —le contestó Elliot levantando ambos pulgares.

—¿Sí? ¿Me lo prometes?

—Llevamos tres años seguidos ganando.

Kyle logró esquivar el brazo extendido de Wentworth.

—Voy a necesitar más que tu palabra, Elliot. —Wentworth le sostuvo la mirada—. Voy a necesitar una invitación.



Elliot nunca se había sentido tan fuera de juego en su vida.

No era por la vergüenza e incomodidad entre Kyle y él; ni por la ardua competencia en el debate, que estaba siendo más duro de lo normal. Ni siquiera era por su madre, que había decidido sentarse en primera fila con todo ese pelo rizado que él no había heredado bloqueando la vista a los padres sentados detrás de ella.

Era por Wentworth McAllister, el estudiante escocés nuevo en Port Rātapu que, no conforme con haberlo sorprendido la noche anterior en la fiesta, había aparecido en el colegio para presenciar el debate. Estaba apoyado de forma casual contra la pared del fondo, sonriente; y, para su horror, el solo mirarlo había hecho que Elliot perdiera el hilo de lo que estaba diciendo y terminara su intervención con un ligero tartamudeo. Tuvo que hacer uso de una fuerte determinación para recuperar la compostura.

Cuando los jueces salieron del aula para deliberar, Kyle dejó escapar un suspiro de alivio.

Elliot arqueó las cejas.

—Sobre lo de anoche… —Kyle se puso rojo como la vieja moqueta bajo sus pies—. Me comporté como un imbécil. Siento, eh…, todo.

—¿Te estás disculpando porque lo sientes de verdad o porque es lo que Wentworth te dijo que hicieras tras vuestra charla privada en el baño?

Kyle bajó la cabeza.

—Ambas cosas. Me dijo que lo hiciera después del debate, donde él pudiera verlo.

Elliot miró hacia la pared del fondo, donde Wentworth seguía apoyado. Los padres lo observaban con curiosidad mientras se

movían por el aula para hablar entre ellos; él respondía a cada mirada con una sonrisa y un asentimiento de cabeza.

Cuando sus ojos se encontraron, Wentworth se llevó una mano a la frente y lo saludó.

Elliot negó con la cabeza, sonriendo. ¿Quién leches era ese tío?

—No entiendo qué ves en él —murmuró Kyle—. Me pone los pelos de punta.

—Porque te patearía el culo sin despeinarse.

—Pues tú eres más bajo que yo. ¿No te aterra?

—No es la diferencia de altura lo que me asusta.

Pero sí tenía miedo, lo notaba pulsante bajo la piel, recorriéndole las venas. Tenía todo el cuerpo en alerta. Era un manojo de nervios y tenía unas ganas locas de reírse sin motivo. Y, cuando los jueces volvieron y anunciaron que había ganado el equipo contrario, una enorme carcajada se le escapó de lo más profundo de su ser. Y siguió riéndose sin parar. Mortificado, pero sin poder evitarlo.

El público estalló en aplausos sin apartar la vista de él y de su risa nerviosa; Elliot les hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Perdón, perdón. Es que… hice una promesa. Y ahora estoy en un lío.

Miró a Wentworth —que, al parecer, no se había asustado tanto como para salir huyendo— y vio cómo se apartaba de la pared y se acercaba por el pasillo. Él también se reía, lleno de confianza, con los ojos brillantes y el pelo ondeando a cada paso.

Se detuvo frente a la mesa de Elliot y se inclinó en una pequeña reverencia.

—¿Me permites que te secuestre para darte tu más que merecido castigo?

A Elliot se le escapó otra carcajada.

—Mi madre te ha escuchado.

Wentworth se giró entonces y siguió la dirección de la mirada de Elliot, que saludó a su madre con un movimiento de mano.

—¡Madre de Elliot! —exclamó, dando un paso hacia ella—. Su hijo es la razón por la que esta mañana me he despertado con la garganta dolorida.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, parpadeando.

—Bueno, Kyle también tiene parte de culpa. Vaya dos. Menuda nochecita.

Elliot no era dramático en exceso, o no creía serlo, al menos; pero escuchar los despreocupados y desacertados comentarios de Wentworth hacía que se imaginara en plan teatral dándose cabezazos contra cualquier superficie dura que encontrara.

—No se preocupe —continuó el escocés—, planeo devolverle el favor. Con creces.

Dándose cabezazos y gimoteando. Todo a la vez.

Su madre parecía desconcertada. Tenía las mejillas más rojas incluso que las de Kyle.

—Y la garganta no es lo único que le va a doler cuando acabe con él.

Elliot estaba sin palabras. Su madre, al parecer, también.

Wentworth dio una palmada, lleno de entusiasmo.

—Espero que no le importe que se lo robe; me gustaría ponerme a ello cuanto antes.

—Wentworth —dijo Elliot con un hilo de voz—. Aclara el contexto inmediatamente. Por favor te lo pido.

Wentworth se quedó mirándolo.

—¿No le has contado lo de la fiesta?

—No. No lo ha hecho —contestó su madre.

—Ups —dijo Wentworth tras una pausa—. Ahora me querrás dar de lo mío por metepatas, ¿no?

«Madre del amor hermoso».

Wentworth le dio un par de palmaditas en el hombro a la madre de Elliot.

—Si le sirve de consuelo, no bebió mucho. Fuimos muy responsables.

—Responsables. Ya. Bueno, me alegra oír eso…

—Por Dios, Wentworth —interrumpió Elliot poniéndose de pie entre ambos mientras el público los miraba con el ceño fruncido—. Mi madre cree que hemos… estado haciendo «cosas». Mamá, te prometo, pero de verdad de la buena, de corazón, que cuando… haga esas cosas, no te lo contaré.

Wentworth se quedó unos segundos en silencio; repasando toda la conversación en su cabeza, probablemente.

—Vaya, pues visto de ese modo y sin contexto parece que estaba hablando de otra cosa.

—Madre mía. Disculpadnos un momento. —Elliot agarró a Wentworth del brazo y tiró de él. Y tiró y tiró…—. Venga, muévete, grandullón.

—¿Grandullón? —preguntó Wentworth; parecía sorprendido.

—Déjalo ya.

—Oye, que lo de grandullón ha sido cosa tuya.

—Porque me vuelas la cabeza.

Elliot tiró de él con más fuerza y al final logró arrastrarlo hasta el vestíbulo. El calor que notaba bajo la suave tela del jersey de Wentworth hacía que su mano pareciera demasiado ligera. Era raro. Lo soltó de inmediato.

—Ya no podemos ser amigos.

—¿Por qué no?

—Jamás podría llevarte a casa y mirar a mi madre a la cara.

—Siempre puedes venir al Frederick. Mi casa flotante.

Elliot se quedó mudo unos instantes.

—¿Tu qué?

—Mi padre, Jane y yo vivimos en un barco. Puedo llevarte a casa y mirarlo a la cara sin problema.

—No nado bien. No pienso subirme a un barco.

Wentworth volvió a apoyarse contra una pared con un pie cruzado sobre el otro, los brazos también cruzados y una sonrisa relajada en los labios.

—Si no podemos quedar en tu casa y no quieres poner un pie en la mía…

—¡Exacto! Fuera lo que fuera lo que quisieras de mí, olvídalo. No funcionará.

Wentworth entrecerró los ojos.

—Elliot.

Se apartó de la pared, reduciendo la distancia entre ellos a poco más de un paso. Una distancia pequeña, ridícula, incluso, y Elliot la percibió como la más corta y la más larga de su vida. Ambas cosas a

la vez. Sus miradas se encontraron. Qué ojos… Eran azules, brillantes, del color de la medianoche.

—Soy un tío muy terco. Piensa en mí como un roble de raíces profundas y bien arraigadas en la tierra. Inamovible. Cuando decido que quiero algo, voy a por ello. Y anoche lo tuve claro. Quiero…

—Conocerme —le interrumpió Elliot, con las manos en las caderas y el ceño fruncido.

—Sí, pero más que eso.

—Quieres… ser mi amigo.

—Más que eso.

—¿Mi mejor amigo?

Wentworth negó con la cabeza.

Eso paralizó a Elliot durante un instante; cuando se repuso, susurró:

—¿Mi novio?

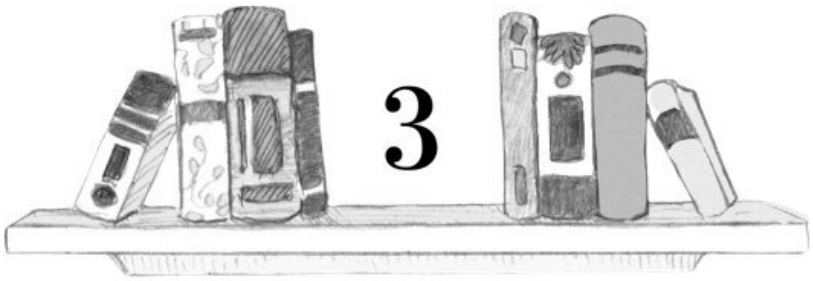
Wentworth hizo una pausa y volvió a negar con la cabeza. Elliot dejó escapar un suspiro de alivio. De solo pensar en Wentworth como en «su novio», una corriente eléctrica le recorría de pies a cabeza. Inconcebible.

Sí, sí, inconcebible. Pero… qué emocionante.

Wentworth le sostuvo la mirada.

—Quiero ser tu marido.

Capítulo Tres



Elliot contempló la expresión sincera de Wentworth. Sus ojos azul marino le sostuvieron la mirada con confianza, con seguridad; no estaba bromeando.

—¿Quieres ser mi qué?

—Tu marido. Lo decidí anoche.

—A ti se te pira.

—Puede ser; pero, aun así…

—No puedo ser tu marido. Tengo diecisiete años.

Como, pasados unos segundos, Elliot no dijo nada más, Wentworth preguntó:

—¿Esa es tu única objeción?

—¡No! —exclamó Elliot.

—Pues dime las demás para poder rebatirlas todas.

—No sabes nada de mí. Por ejemplo, soy supermadrugador. Me levanto al amanecer; y me gusta. ¿De verdad vas a aguantar que te abra las cortinas a las cinco y media de la mañana durante sesenta años?

—Vivo en un barco. A mi padre le encanta pescar. —La sonrisa de Wentworth hizo que a Elliot se le pusiera la piel de gallina—. Me levanto a las cuatro.

—¡No sé nada de ti!

—Vivo en un barco, me levanto a las cuatro, sé nadar. Ah, y me gusta cantar.

—¿Ves? Ahí lo tienes. Te gusta cantar.

Wentworth le dedicó una sonrisa ladeada.

—¿Esa es tu mayor pega?

—A mi madre también le gusta *cantar*. Lo soporto a duras penas. No me sometería a otros sesenta años de eso de forma voluntaria ni loco.

—Vale. Ven conmigo.

Wentworth echó a andar por el pasillo como si fuese el dueño del lugar.

Elliot trotó tras él, mirándolo con suspicacia.

—No recuerdo haberte visto por el colegio. ¿Cuándo empezaste?

—Aún no he empezado —contestó mientras abría la puerta del aula de música y la sostenía para que Elliot entrara.

—¿Entonces cómo sabías que esta clase estaba aquí?

—El debate previo al tuyo no te tenía a ti como orador. Me aburrí y me puse a curiosear; esta aula y la de arte estaban abiertas.

—Los jueces usan la sala de arte para deliberar. —Elliot tocó el perchero lleno de abrigos—. Esta clase se usa como almacén.

Wentworth se sentó al piano que había en el aula; Elliot apoyó los antebrazos sobre la tapa, no podía apartar la vista de esos dedos

largos de grandes nudillos que descansaban con cuidado y elegancia sobre las teclas de marfil.

—Puede que no te deslumbre de la misma forma que me has deslumbrado tú cuando te he visto debatir —dijo Wentworth—. Pero quizá pueda aliviar ese miedo que pareces tener a mis habilidades vocales.

Wentworth acarició las teclas con sus grandes manos y empezó a cantar, sus dedos deslizándose sobre ellas con gracia natural mientras la melodía vibraba a través del piano y se estrellaba directa contra el pecho de Elliot.

Rocket Man.

Esto no era el tarareo desafinado de letras medio inventadas de su madre.

Esto era… pura magia.

Cuando Wentworth terminó, lo hizo con los ojos cerrados, como si él también hubiera viajado a otro lugar.

—¿Cuáles son tus otras objeciones? —preguntó, ya con los ojos abiertos y centelleantes.

Elliot se rio.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿eh? Pero me gusta, lo admito.

—¿Algo más?

—Cantas y tocas de maravilla.

—Quiero ser compositor. Algún día.

—Un compositor famoso, mi marido… ¿Qué más has decidido que harás en el futuro?

—Viviré en mi propio barco en cuanto cumpla los dieciocho.

Elliot suspiró y fingió ponerse tristísimo.

—Lo nuestro nunca podrá ser —dijo con cara de pena.

Wentworth hizo rodar el taburete en el que estaba sentado y se puso frente a él.

—Elliot.

—¿Wentworth?

—¿Qué planes tienes para esta tarde?

—¿Convencerte de que casarnos sería una mala idea?

—Por si no ha quedado claro, no planeo casarme hoy mismo. No estoy tan loco.

—¿Estás seguro?

Otra sonrisa ladeada.

—Es que… no me esperaba todo esto.

—¿El qué?

—No esperaba que ocurriera así. Cuando tuviera treinta, quizá. Pero anoche… Solo quería tomar el aire; y entonces te vi. El chico más guapo que había visto en mi vida.

—¿El más…? No.

—Lo eres.

—¿Qué te hace pensar eso? —no pudo evitar preguntar.

Tras un «hum» en voz baja, Wentworth dijo:

—Pues no es por tu pelo, que no sabría decir si es rubio o castaño. Ni por tu altura o constitución. Tampoco es por tus astutos ojos verdes ni por esa naricilla respingona. Tampoco es por tu enorme sonrisa ni por la inteligencia que se percibe en tu rostro. Tampoco por tu actitud ni la paciencia que pareces emanar. No es por tu risa ronca, ni por la manera en que me miras. Ni por esa energía que flota entre nosotros y me eriza la piel. —Wentworth trazó con un dedo el dorso de la mano de Elliot, haciendo que se estremeciera—. No es por ninguna de esas cosas en concreto, es por todas ellas a la vez. —Una suave risa, un fruncimiento de ceño—. Haces que se me corte la respiración. Y no estaba previsto que ocurriera así, de repente, pero… —Wentworth flexionó un dedo, indicándole que se acercara, y Elliot se inclinó hacia él—. Ha sido amor a primera vista.



Elliot entró en la modesta casa de su infancia como en una nube; era de una sola planta, tenía dos dormitorios y se encontraba en medio

de un jardín salvaje en un valle lejos de la costa. Era lo más opuesto a vivir en un barco que uno podía imaginar.

Ayudó a su madre a llevar la compra semanal a la cocina y empezó a sacar las cosas de las bolsas en la misma nube en la que parecía llevar todo el día flotando.

—Está loco, ¿verdad? ¿Quién cree en el amor a primera vista?

—No has dejado de sonreír en toda la tarde.

—Es ridículo.

Elliot sacó las manzanas de la bolsa y las fue apilando en el frutero. No se había podido sacar a Wentworth de la cabeza. Ni la noche anterior, ni esa mañana y, desde luego, no parecía que fuera a hacerlo aquella tarde. ¡Amor! Qué locura.

Se llevó las manos a los labios; era cierto, seguía sonriendo. No podía creer que Wentworth se hubiera declarado de esa manera. Por el amor de Dios, ¡si acababa de mudarse! Ni siquiera había conocido a los chicos del colegio. Nadie decidía a los diecisiete años con quién pasaría el resto de su vida.

Su madre carraspeó.

—Creo que te gusta.

Elliot bufó, aunque… qué calor hacía de repente.

—Es un chico con muchísima energía —continuó su madre, observándolo mientras él guardaba los cereales—. Y muy guapo. Quizá también un poco insensato, no te digo que no.

Era todo eso, sí. Elliot dejó escapar un suspiro.

Luego negó con la cabeza, regañándose a sí mismo. Siempre había pensado que cuando… le gustara un chico, sería muy racional al respecto. Y, sin embargo, ahí estaba, recreándose en la sonrisa de Wentworth. En su maravilloso pelo rojo ardilla. En esos ojos de un azul tan oscuro que mirarlos era como asomarse a lo más profundo del océano; como si uno pudiera nadar en ellos por toda la eternidad y, aun así, descubrir cosas nuevas cada día.

Bueno, él no. Él no nadaba bien. A duras penas sobrevivía sin ahogarse a las clases de natación del colegio.

—¿Elliot?

—¿Sí?

—Si pudieras dejar de acariciar así el plátano te lo agradecería muchísimo.

Elliot dejó caer la fruta que ni siquiera se había dado cuenta de que había cogido. No quería ni pensar en qué le estaba diciendo su subconsciente.

—Creo que antes de que venga a buscarme voy a…, eh, esconderme tras la pila de deberes que tengo que hacer.

Su madre se rio.

—¿Adónde te va a llevar?

—A la piscina.

—Qué cita más divertida.

Elliot negó con la cabeza.

—No es una cita —dijo, tajante. Pero, al ver que su madre no parecía convencida, añadió—: Es una clase.



Elliot estaba nadando. ¡Nadando!

Después de tres meses de *clases*, por llamarlo de alguna forma, estaba en la parte honda de la piscina municipal, moviendo piernas y brazos de forma rítmica y respirando cada tres brazadas.

Ya llevaba recorrido más de la mitad del carril. Wentworth estaba cada vez más cerca.

Se lo imaginó sentado junto a uno de los poyetes de salida, con los pies hundidos en el agua y las manos apoyadas en el borde. El pelo mojado pegado a la cara, goteándole sobre esos hombros anchos. Seguro que lo estaba observando con atención mientras hacía notas mentales de cómo ayudarlo a mejorar todavía más.

Llegó a la pared antes de lo esperado y se dio un golpe en la mano. Tras lamentarse de dolor en silencio, se quitó las gafas, se las

colocó en la frente y se alzó en el bordillo; solo entonces se dio cuenta de que se había colocado justo entre los muslos de Wentworth.

Le dejó de doler la mano al instante.

«¡Concéntrate en su cara! ¡Concéntrate en su cara!».

Su deslumbrante sonrisa hizo que Elliot también sonriera. No pudo evitarlo.

—Lo he hecho.

—*Seh*. Y muy bien.

El deseo de rodearlo con los brazos y pegarse más a él era abrumador. Pero Elliot se dejó caer en el agua y puso distancia entre su cuerpo y esos muslos. Carraspeó.

—Gracias.

—Agradécetelo a ti mismo. Eres tú quien lo ha hecho posible.

—Nunca me hubiera atrevido si no fuera por ti. Pero tienes razón, ¡un hurra por mí!

Wentworth también se dejó caer y se unió a él con una sonrisa pícara.

—Aunque si quieres agradecérmelo…

Elliot puso los ojos en blanco.

—No te rindes, ¿eh?

—¿Qué quieres decir? Solo te estoy pidiendo una cita, un beso, un juramento con sangre de que te casarás conmigo. Nada más.

Elliot se rio.

Wentworth continuó:

—No puedes negar que me encuentras un poco atractivo. —Le miró con descaro la entrepierna que se veía con claridad a través del agua cristalina—. Te he visto en ese Speedo ceñido al menos cincuenta veces. No deja mucho a la imaginación.

—Te encuentro mucho más que «un poco» atractivo. Pero no es mi polla quien decide con quien salgo.

—Ojalá lo hiciera.

Elliot le salpicó la cara, riéndose; Wentworth lo miró con ojos brillantes y un movimiento sexi de cejas.

—Me gusta cómo estamos. Disfruto de tu compañía, de ser amigos.

—Podemos seguir siendo amigos aunque salgamos juntos. De hecho, cuento con ello.

—Me lo paso fenomenal contigo, me encanta que quedemos. Eres… perfecto.

—¿Perfecto? —Wentworth parecía encantado consigo mismo.

—Y absurdo. Y terco.

—El tono cariñoso en tu voz me dice que no son cosas que te disgusten.

Pues claro que no le disgustaban. Qué leches, le encantaban.

—¡No podemos!

Y, nada más decirlo, Elliot fue consciente del tono en el que lo había dicho, de que no había sinceridad en sus palabras, que lo que parecía querer era que Wentworth siguiera debatiendo con él, convenciéndolo; que tratara de persuadirlo para que cambiara de opinión.

Wentworth lo observó durante tres segundos, tres largos pero intensos segundos.

—¿Por qué no? —le dijo tras tocarle la punta de la nariz con un dedo mojado.

—Porque no.

—¿Algo más?

Elliot levantó las manos con exasperación.

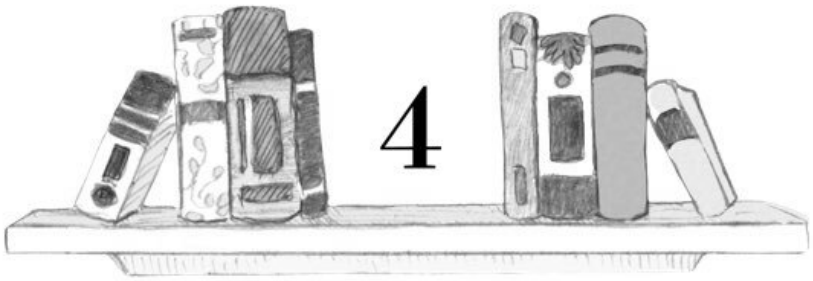
—Porque serías mi primero, y todo el mundo sabe que los primeros no duran. En un mes, o en un año, querrás… otra cosa, algo diferente; es natural que así sea, y entonces… —Se detuvo de forma abrupta—. En fin, que no es una buena idea. Vámonos a casa.

Elliot cogió impulso para salir de la piscina, pero Wentworth le rodeó la cintura con los brazos y tiró de él hasta alejarlo del bordillo. El agua le acarició el pecho, haciéndole cosquillas; o quizá el cosquilleo procedía del latido de su corazón; o de las palabras susurradas en su oído:

—¿Y entonces qué, Elliot?



Capítulo Cuatro



Elliot cerró los ojos y dejó que Wentworth lo llevara hasta el borde de la piscina, donde se apoyó, notando la pared lisa de azulejos en la espalda.

—¿Y entonces qué? —preguntó Wentworth, cara a cara con él mientras movía las piernas para mantenerse a flote.

—Cuidado, viene un nadador.

—Aún está lejos. Hay tiempo de sobra.

Elliot se recolocó las gafas y, al hacerlo, se le enredaron en un mechón de pelo. Intentó soltárselas, pero lo único que consiguió fue

enmarañarlas más, así que se rindió. La mirada paciente y penetrante de Wentworth lo distraía. Lo hacía temblar. Debería decirle de una vez lo que pensaba, no seguir haciendo la bola cada vez más grande. Pero, en su lugar, le dijo:

—Haces que mantenerse a flote parezca tan fácil…

«Cobarde», le susurró una voz en su interior.

Wentworth se impulsó con las piernas de tal forma que su pecho quedó por encima de la superficie del agua.

—Soy escocés.

—Problemático. Eso es lo que eres. Y no sabía yo que en Escocia todo flotara.

—Vengo de una tierra de mitos y misterios.

—Uy, claro. Perdone usted.

Wentworth sabía que Elliot estaba desviando la atención, tratando de no responder.

—Desciendo de los *selkies*.

—¿De verdad crees que eres un hombre foca mágico?

Wentworth se hundió bajo el agua y volvió a emerger, acorralándolo contra la pared de la piscina. Su sonrisa ladeada hizo que Elliot tragara saliva con dificultad.

—¿Y entonces qué?

Elliot se rio y, antes de hablar, cerró los ojos. La voz le salió ronca, rota.

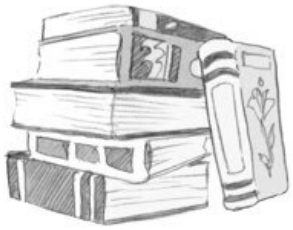
—Entonces me dejarás y yo te echaré de menos.

—Elliot —susurró.

Elliot abrió los ojos.

No había ni rastro de la sonrisa de Wentworth. Su mirada era seria; sincera.

—Vámonos.



Se apretujaron en el coche de Elliot y atravesaron la ciudad, la palanca de marchas chirriando con cada cambio.

Al llegar al muelle, Elliot aparcó. Wentworth había estado muy callado durante todo el trayecto y eso había hecho que se le revolviera la tripa de los nervios. No debería haber dicho nada. O, por lo menos, no lo que había dicho.

—¿Nos vemos el lunes en el colegio?

Wentworth se desabrochó el cinturón de seguridad, se inclinó para hacer lo mismo con el de Elliot y clavó sus intensos ojos azul marino en él.

—Fuera del coche, abejita.

Elliot salió y, con paso tembloroso, siguió a Wentworth hasta donde su casa flotante estaba amarrada. La embarcación blanca se mecía con suavidad en el agua.

—Este es el Frederick…; tiene un sólido arrastrero… —Elliot solo escuchaba partes—: …quilla larga…, casco robusto… Es perfecto para el mar abierto… ¿No vas a entrar?

Wentworth le había enseñado a nadar; rechazar su invitación a subir a bordo sería de lo más ingrato. Además, aunque Elliot temblaba como una medusa, también estaba superemocionado. Quizá…

Quizá.

Tragó saliva y tomó la mano que Wentworth le tendía; unos dedos grandes y firmes se cerraron alrededor de los suyos, temblorosos, en un gesto protector.

El barco no se movía tanto como había imaginado. Era un balanceo suave, casi imperceptible. Wentworth le enseñó todos los

recovecos del interior e hicieron una breve parada para saludar a su padre.

Vaya. Ahora entendía de dónde venían su porte y complexión. Era casi intimidante estar en compañía de padre e hijo, y Elliot tuvo que levantar mucho la cabeza para encontrarse con los ojos azules y el pelo anaranjado del señor McAllister. Si Wentworth algún día se dejaba una barbita como la de su padre...

«Buf».

—¿Es él? —preguntó el hombre con una sonrisa.

Wentworth los presentó con ojos centelleantes.

—Sí, él es la razón por la que siempre estoy en las nubes.

Elliot se rio.

—¿En las nubes? Pues me sorprende que no nos crucemos más a menudo allí, la verdad.

A Wentworth le brillaron aún más los ojos.

—Deja el interrogatorio para otro momento, ¿vale? —le dijo a su padre dándole una palmada en la espalda—. Estaremos en mi habitación.

—Vale, vale. Estoy preparando alubias con tomate, quédate a cenar para que pueda interrogarte en condiciones.

Elliot dejó que Wentworth lo arrastrara hacia su cuarto.

—Qué plan tan tentador.

Entraron en un camarote del tamaño de la cama doble de Elliot. Había una cama individual con cajones debajo, un piano digital apoyado contra la pared, un escritorio plegable junto a él y una guitarra colgada encima. A grandes rasgos, eso era todo. Y estaba muy ordenado, probablemente por una cuestión de necesidad.

—Me gusta tu cama. Quiero decir…, el edredón con el estampado de claves de sol.

Intentó soltar sus dedos de los de Wentworth, pero, tras recibir un gruñido como respuesta, Elliot se rio y dijo:

—Está bien, pero luego no te quejes de que me sudan.

—Al contrario. Eso es prueba más que suficiente de que este momento significa algo para ti.

—Creo que estoy nervioso.

—¿*Crees*?

—Vale, *estoy* nervioso.

Wentworth lo atrajo hacia sí, y la electricidad entre ambos pareció duplicarse.

Unos ojos suaves y esperanzados se clavaron en los suyos. Elliot respiró hondo, levantó sus manos unidas —la suya temblorosa— y se colocó los dedos cálidos de Wentworth en la mandíbula.

—Ya puedes besarme.

Pasó un segundo infinito en el que temió que Wentworth hubiera cambiado de opinión, que ya no quisiera aquello. Bajó un poco la cara y…

Wentworth le puso un dedo en la barbilla y se la volvió a levantar. Elliot encontró su mirada, esos ojos que eran tan profundos como el océano.

—Eres precioso —le dijo, antes de rozar sus labios con la suavidad de unas alas de mariposa.

El barco se balanceó y Elliot perdió el equilibrio, como si el suelo desapareciera bajo sus pies. Rodeó el cuello de Wentworth con los brazos y se aferró a él con fuerza. La sensación de caer al vacío no cesaba.

—¿Estás bien? —preguntó Wentworth.

—Es extraño. Es como si me estuviera cayendo y no pudiera parar.

Wentworth se rio entre dientes y volvió a juntar sus labios en un beso.

—No te preocupes. Yo te cogeré.

Wentworth le rodeó la cintura con sus fuertes brazos y lo condujo hasta la cama. La leve presión de sus ingles cuando Elliot se subió a horcajadas sobre él, esas manos grandes explorando su espalda… Suspiró ante la magia de su toque y pasó la lengua sobre los labios de Wentworth, una pregunta silenciosa, esperanzada.

Wentworth dejó escapar un gemido y a Elliot se le puso la piel de gallina. Notó sus dedos largos hundirse en su pelo, sosteniéndolo con cuidado, y su lengua cálida exploró con delicadeza su boca. Todo era muy intenso.

Su primer beso de verdad.

Y superaba todo lo que alguna vez hubiera imaginado. Cada nervio de su cuerpo parecía cantar. Era todo tan potente…, ¿cómo había logrado resistirse tanto tiempo?

Se perdió en la sensación, exploró cada rincón de la boca de Wentworth, con las manos en esos fuertes hombros, subiéndoselas por su largo cuello y enredándolas en su pelo sedoso. Sabía a cloro y a menta, como si, en un arranque de optimismo durante el trayecto hasta allí, hubiera cogido un caramelo de los que Elliot siempre llevaba en la guantera. Y pensar en ese Wentworth esperanzado y deseoso le pareció tan mono y excitante que sonrió en medio de otro beso apasionado.

—Será mejor que me detengas —murmuró Elliot mientras hacía rodar las caderas—. O voy a perder la virginidad antes de nuestra primera cita. —Hizo una pausa—. De nuestra primera cita oficial, quiero decir.

Wentworth lo besó de nuevo antes de apartarse un poco y preguntar:

—¿Estás diciendo que todas nuestras clases de natación eran…?

—Eran citas. Por supuesto que lo eran. Tonteabas todo el rato conmigo y yo...

—¿Me devolvías el tonteo?

—Quería más. —Elliot tragó saliva—. Pero…

Wentworth colocó un dedo sobre sus labios.

—No te voy a dejar.

Elliot era demasiado pragmático para creerle. Aunque, en aquel momento, quería hacerlo; con desesperación. Suspiró para sus adentros.

—Te echaré de menos cuando lo hagas.

Wentworth los levantó de la cama y sacó la banqueta de debajo del piano.

—Siéntate, abejita.

Elliot se rio.

—¿Abejita?

—Sí, porque eres una cosa mona, eres bueno y dulce como la miel.

Elliot arqueó las cejas.

—¿En serio?

—Y porque con uno solo de tus aguijonazos verbales podrías romperle el corazón a cualquiera.

Sus cejas no podían alzarse más.

Wentworth le guiñó un ojo, se sentó a su lado en la banqueta y dejó que sus dedos se deslizasen sobre las teclas con la misma ternura con la que lo habían hecho sobre la espalda de Elliot. Se inclinó y le dio un mordisquito en los labios.

—Quiero estar contigo, Elliot. Siempre.



SU PRIMERA CITA OFICIAL FUE UN PÍCNIC EN LA PLAYA A MEDIANOCHE. Eligieron una noche de luna llena y una bahía resguardada, y compartieron sus sueños y esperanzas entre galletas saladas, uvas, queso y limonada casera de la madre de Elliot.

—¿Qué quieres hacer cuando…, bueno, cuando termines el colegio? —preguntó Wentworth.

—Estudiar psicología y viajar por el mundo.

Las olas susurraban en su llegada a la orilla y el viento rociaba finos granos de arena sobre ellos. Wentworth se puso los brazos detrás de la cabeza y miró las estrellas con una sonrisa ladeada.

—Eso puedes hacerlo viviendo en un barco, ¿sabes?

Elliot soltó una risita y negó con la cabeza.

«Ay, Wentworth».

—Vamos a poner una regla.

Wentworth se giró hasta quedar de lado, apoyado en un codo.

—¿Qué tipo de regla?

—Una que habrá que seguir y no romper.

—¿Cuál es el propósito de esta regla?

—Evitar expectativas poco realistas.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar?

Porque no le iba a gustar.

—Las reglas están para que las respetemos, no para que nos gusten.

—Vas a ser un excelente delegado el año que viene —respondió Wentworth, refunfuñando.

—Puede que no me elijan.

Wentworth bufó.

—Tienes a todo el alumnado comiendo de tu mano. Ahora dígame, señor delegado, ¿qué regla quiere que siga?

Elliot se sentía tan ligero como la brisa que los rodeaba.

—Quiero que disfrutemos cada momento.

—¡Hecho!

—Y que no hablemos del futuro más allá de una semana.

—Pero…

—Prométemelo.

—¿Dos semanas?

—Wentworth.

Wentworth presionó los labios para contener la risa y asintió. Con delicadeza, le apartó un mechón de la cara.

—Como quieras, abejita.



Para su segunda cita, Elliot llevó a Wentworth a la ópera. Había conseguido entradas a mitad de precio, nunca había ido y…, bueno, era música; a Wentworth le gustaría, ¿no?

Durante el intermedio, Elliot decidió que había sido un error no leer antes la sinopsis. Wentworth lo acompañó de vuelta a sus

asientos con una sonrisa. Por lo visto, su padre y él adoraban la ópera; había asistido a muchas en Reino Unido y por toda Europa, y esta en concreto la conocía bien.

—Deja de mirarme así —dijo Elliot, cruzándose de brazos y hundiéndose en su asiento.

Wentworth no podía dejar de sonreír.

—No son lágrimas —continuó Elliot—. Es que el aire es muy seco.

—Llorar en la ópera es algo supernormal. Lo de llorar por haberte leído un resumen en el móvil durante el intermedio…

—Quería saber cómo termina.

—Estamos a punto de ver cómo termina.

—Si hubiera sabido que a Roberto Devereux le cortan la cabeza, no habría comprado las entradas.

—Me alegro de que lo hicieras. Me encanta ser testigo de tu primera vez.

—¿Te gusta ser testigo de la decapitación del romance?

—No, de lo mucho que te emociona la música.

—Técnicamente, lo que me ha emocionado ha sido Wikipedia.

Wentworth le pasó un brazo por los hombros.

—¿Quieres que reescriba el final para ti?

—Y lo más gracioso es que podrías, ¿verdad?

Wentworth se encogió de hombros y fijó la vista en el escenario; los ojos le centelleaban y estaba tan guapo, tan feliz… Elliot se acurrucó contra él y apoyó la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro. Se estaba muy a gusto, calentito; un suspiro le trepó por el pecho y se le escapó entre los labios. Cogió el programa que Wentworth tenía enrollado en la mano que descansaba sobre su muslo.

—¿Qué significaba esa última canción? La de los amantes.

—*Da che tornasti, ahi misera*. Algo así como «desde que regresaste, todo es desdicha»

—Qué bonito —dijo Elliot con tono mordaz.

—Es de lo mejor que escribió Donizetti. Intenso, crudo, potente. Siempre salgo sintiéndome inmensamente triste.

—Cada vez se pone mejor la cosa.

Wentworth soltó una carcajada, una de esas risas graves que le salen a uno de lo más profundo del pecho.

—¿Te sorprende que una ópera tenga un final trágico?

Elliot bufó.

—Supongo que prefiero los finales felices.

Las luces de la sala perdieron intensidad, pero ni eso logró disminuir el brillo de la sonrisa de Wentworth. Se inclinó hacia él y sus labios le rozaron la sien en un casi beso.

—Me alegra saberlo.



Tras su tercera cita, Elliot lo llevó a su casa.

Su madre estaba de viaje de negocios en Melbourne, así que… nadie los interrumpiría.

Wentworth encontró su vieja guitarra, se sentó en la cama y comenzó a afinarla.

Elliot se apoyó en la cómoda frente a él, observándolo con admiración.

—Así que esto es lo que se siente al tener celos de un trozo de madera hueca con seis cuerdas.

Risas, música. Entre ellos siempre había risas y música.

El aire vibró, como controlado por las hábiles manos de Wentworth; un punteo, un rasgueo, un leve tarareo. Luego buscó la mirada de Elliot y, con ojos brillantes, empezó a cantar:

«Y allí estaba él,
de brazos cruzados.
Mi amigo, mi futuro soñado.
La abejita que me había cautivado».

Era superpegadiza. Wentworth logró improvisar un poco más antes de que Elliot se abalanzara sobre él, sin pensar siquiera en la guitarra entre ellos. Wentworth apenas tuvo tiempo de apartarla y dejarla a un lado de la cama antes de que Elliot lo derribara y se tumbara sobre él.

—La abejita que…

Elliot lo cortó con un beso.

—¿A qué esperas para dar a conocer tus canciones?

—¿Te gusta esta? Porque puedo…

—En serio, Went. Podrías ser famoso ya.

—La respuesta es muy sencilla —Se apoyó sobre los codos y, con una sonrisa descarada, añadió—: Bastante me cuesta ya mantener a las chicas y a los chicos alejados de mí.

Elliot puso los ojos en blanco y lo empujó hasta que quedó tumbado de nuevo. Pero era cierto. Wentworth magnetizaba a la gente; tanto a estudiantes como a profesores. Todos querían orbitar a su alrededor.

Y Elliot lo tenía entre sus muslos.

—Tengo un examen de Historia, una presentación oral de Inglés, y lo único que quiero estudiar es a ti.

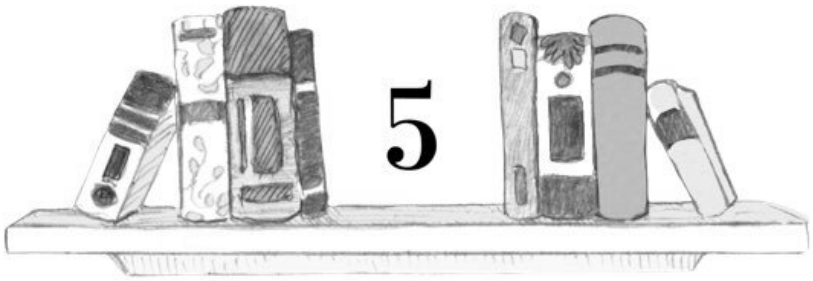
—Nunca pensé que estaría tan agradecido de que fueras un empollón. —Wentworth se quitó la camiseta de un tirón y el movimiento hizo que Elliot rebotara en el colchón—. ¿Debería ponerte nota?

Elliot le dio un ligero golpe en el brazo y pegó la cara a su cuello, deslizando su sonrisa por la piel caliente de Wentworth. No tenía demasiadas pecas, pero sí tenía unas poquitas entre el fino vello que empezaba a cubrir su pecho. Elliot trazó un camino de besos por su abdomen, bajando por el ombligo hasta la cintura de sus vaqueros.

Estaba excitadísimo, y la evidente erección de Wentworth sugería que ambos se encontraban en el mismo estado. Elliot alzó la vista y se deleitó en la intensidad que pudo ver en su mirada y en el temblor de su labio inferior. Colocó los dedos temblorosos sobre el primer botón de sus pantalones.

—Creo —murmuró, muy serio— que me debes una garganta dolorida.

Capítulo Cinco



—Ahora los dos estamos con dolor de garganta.

A Elliot se le escapó una risita tan tonta que casi se muere de vergüenza ante el sonido. Tiró de las mantas hasta cubrirse la cara, pero Wentworth se metió debajo con él.

—Bueno, dolor de garganta y de… otras cosas —contestó divertido; y, a pesar de que Elliot no veía nada debajo de las sábanas, sabía que Wentworth estaba subiendo y bajando las cejas —. Aunque espero que no te duela mucho.

—Estoy bien.

—Estupendo. —Wentworth rodó hasta quedar sobre él y bajó las sábanas hasta los hombros de ambos.

Elliot dio la bienvenida al peso de su cuerpo desnudo, ya tan familiar, y se rio al ver la picardía que reflejaba su cara.

—Dios, no tienes remedio.

—¡Qué! Ha sido una pasada. Quiero hacerlo otra vez.

—Ya lo hemos hecho cuatro veces. Está amaneciendo. Creo que deberíamos dormir.

—Me fastidia, pero sé que tienes razón. ¿A qué hora vuelve tu madre?

—Por la tarde.

—Excelente.

Elliot lo empujó hacia su lado de la cama entre risas.

—Pero es verdad, ha sido increíble.

Wentworth suspiró y se puso las manos detrás de la cabeza, apoyándose sobre ellas.

—¿Qué te ha gustado más? No logro decidirme.

—Todo. La segunda vez fue mejor.

—Supongo que porque estábamos menos nerviosos.

—Sí.

—La tercera… Dicen que a la tercera va la vencida, ¿no?

Elliot cogió su almohada y se la lanzó contra su enorme y orgullosa sonrisa. Wentworth la tiró al suelo entre risas.

Elliot no podía parar de soltar esa risita tonta. Era bochornoso.

—¿De verdad crees que mejora?

—¿El sexo, dices?

—Levanta la cabeza.

Wentworth obedeció y Elliot le robó la almohada para golpearlo con ella.

—Pues claro que el sexo, bobo. Un bobo precioso, eso sí.

Wentworth se incorporó y tiró también esa almohada al suelo.

—¿Se podría considerar esto una pelea? ¿Vamos a tener sexo de reconciliación?

Elliot se abalanzó sobre él, y ambos rodaron por la cama. Wentworth lo dejó ganar durante unos instantes, entre jadeos, antes

de inmovilizarlo contra el colchón. Luego lo besó y le acarició la nariz con la suya.

—Sí, Elliot. Creo que mejora.



Y VAYA SI MEJORÓ.

Durante año y medio trabajaron en ello con fervor. En la cama jugaban, experimentaban, se divertían. Fuera de ella, estaban felices. Discutían de vez en cuando, como todo el mundo, pero todo acababa siempre en risas y disculpas.

Encajaban; tan sencillo como eso.

Elliot era adicto a acurrucarse contra Wentworth, a respirar su olor, y si un día no podía verlo, se le hacía eterno; las horas no pasaban. Pero cuando eso ocurría, Wentworth le mandaba mensajes preguntándole cómo estaba, diciéndole que lo echaba de menos o enviándole caritas sonrientes.

Elliot empezó a creer que…

«Oh, Dios».

Empezó a creer que no podría vivir sin Wentworth.

No en el sentido dependiente de la expresión; cada uno tenía sus *hobbies* y cosas en las que concentrarse, y eran perfectamente capaces de valerse por sí mismos.

Pero sentía tantas cosas… La intimidad entre ellos, la naturalidad… Su relación cada vez era más profunda. Creía… Creía que…

Estaba enamorado de él. Más que eso. Lo amaba con toda su alma.

Dejó caer el bolígrafo, que rodó por la mesa hasta llegar a los apuntes de Wentworth, que estaba a su lado haciendo un trabajo.

Su chico alzó la vista, sorprendido, y pareció intrigado por lo que fuera que leyera en la cara de Elliot.

—¿En qué piensas?

Les quedaba una semana para terminar las clases, tenían mucho que hacer. Además, él, como delegado, también tenía que redactar su discurso de fin de curso. Era el peor momento para semejante epifanía.

—¿Elliot?

—Shhh. Estamos en la biblioteca.

Su novio arrastró su silla hacia atrás y, de repente, estaba de rodillas a su lado.

—Puedo ser muy silencioso.

La sonrisa de Wentworth era irresistible; Elliot se inclinó y lo besó.

—No seas guarro. Aún tienes que terminar el trabajo.

—¿Es una forma de incentivarme?

Por Dios, ¿lo era?

—¡No! —Quería ser recordado como ese delegado que logró instaurar la semana del Orgullo en el colegio, no como el delegado orgulloso de que se la chuparan en la biblioteca—. Quiero decir…, sí, pero más tarde.

Wentworth se rio y volvió a su silla.

—Venga, vale. Porque, además, Laura Manoslargas viene hacia aquí.

—¿Ahora la llamamos así?

—Este mes ya me ha pellizcado el culo dos veces. —Suspiró—. Te dije que ser famoso en el colegio sería un rollo.

Elliot se rio. Wentworth había vendido una de sus canciones a una productora de cine neozelandesa y la habían usado en el tráiler de su próximo éxito de taquilla. Eso había hecho que todo el mundo conociera la canción y que su popularidad se hubiera disparado. Y no es que le faltaran fanes antes de eso.

—Te encanta.

Una sonrisa pícara iluminó el rostro de Wentworth.

—Hola, chicos —los saludó Laura antes de sacar una silla y sentarse.

Elliot se tensó. Podía hacer bromas al respecto con su novio, pero el mero hecho de que ella…

Lo cierto era que le provocaba reacciones muy exageradas: hacía que le apeteciera rugir, golpearse el pecho. Quería que todo el mundo supiera que Wentworth era suyo.

—¿Os importa si estudio con vosotros? —preguntó ella.

Wentworth se levantó, incómodo.

—Ahora vuelvo.

Y desapareció antes incluso de que Laura sacara sus cosas y las pusiera sobre la mesa.

Elliot la observó.

—Bonitas manos.

—Gracias —contestó la chica.

—Qué uñas tan perfectas.

—Me hago la manicura francesa y me doy cremita cada noche.

—Te las cuidas muy bien.

—Sí.

—Pues yo me sé un truco para mantenerlas siempre perfectas.

Ella lo miró y le preguntó:

—¿Cuál?

Elliot se inclinó hacia ella y le dijo:

—No vuelvas a tocarle el culo a mi novio.

Laura abrió mucho la boca; Elliot cogió su bolígrafo y volvió a centrarse en su ensayo sobre la política en la Regencia.



—Te he oído, por cierto.

Elliot aparcó frente a su casa y miró a Wentworth, que llevaba toda la tarde observándolo de forma extraña. Su sonrisa ladeada lo

estaba aún más de lo habitual; en esos momentos era todo dientes blancos y brillantes.

—¿Qué es lo que has oído?

—Estaba en el pasillo de Lengua y Literatura, justo detrás de ti.

Ah, eso. Elliot se sonrojó.

—¿Vas a entrar?

—Claro que voy a entrar. Además, es noche de paella. Pero no he terminado de hablar sobre el momento biblioteca.

—Puede que no haya paella, mi madre lleva mala toda la semana.

—Pues pedimos algo. Ahora mueve ese precioso culo tuyo y seguimos hablando dentro.

Una vez en casa, Elliot preparó chocolate caliente mientras observaba a Wentworth apoyado con suficiencia contra la isla de la cocina.

—Para ya.

—¿Parar qué?

—Para de mirarme como si fuera a empezar a planear nuestra boda.

Los ojos de Wentworth centellearon.

—Solo esperaba que rompieras tu regla y te lanzaras a planear nuestros próximos meses juntos, pero si estás listo para fijar una fecha…

Elliot le dejó su chocolate caliente en la encimera frente a él.

—No voy a hacer ninguna de esas cosas. Además, ¿fijar una fecha? Ni siquiera… Quiero decir, lo mencionaste cuando nos conocimos, pero nunca lo hemos vuelto a hablar.

La suficiencia de Wentworth se desvaneció de golpe y plumazo. Algo parecido a la vulnerabilidad se apoderó de su postura. Se quedó mirando las nubes que se derretían sobre su chocolate.

Puede que nunca lo hubiera vuelto a decir, pero Elliot lo sentía en cada mirada, en cada palabra, en cada risa.

—En mi cabeza, te lo digo cada día.

Miles de mariposas le revolotearon por dentro, indomables. De repente, sintió una abrumadora necesidad de hablarlo.

—¿Por qué te contienes? No lo haces con nada más.

Una risa suave y un susurro más suave aún:

—Porque sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo.

Elliot le cogió la mano y entrelazó sus dedos. Los ojos azul oscuro de Wentworth se encontraron con los suyos.

—¿Miedo de asustarme?

—Me da la impresión de que decirlo rompería nuestra única regla.

Elliot tragó saliva.

—¿Y si te lo digo y tú… no… me lo dices a mí?

—Te…

Wentworth pegó su boca a la de Elliot cortando sus palabras y transmitiéndole toda su pasión y necesidad en un solo beso.

—Si las palabras deben ser pronunciadas, lo serán. Pero no antes de terminar el colegio, ¿vale? Fuera cual fuera tu respuesta, me afectaría sobremanera y necesitamos estar centrados.

La intensidad que percibió en la petición de Wentworth hizo que Elliot se contuviera. Podía esperar.

—¿Qué tal un punto intermedio? Una concesión o algo así.

Wentworth lo miró con los ojos entrecerrados y llenos de curiosidad.

—A ver, ¿qué?

—¿Qué tal si hablamos de nuestros planes para el verano?

—Eso es todo un trimestre por adelantado, guau.

Elliot asintió.

—Así es.

Wentworth lo cogió en brazos y lo hizo girar hasta que Elliot se mareó y le pidió que lo bajara.

—Esa posesividad en la biblioteca, que parecía que ibas a matar a Laura, que quieras planear nuestro verano… Esto es mejor que el día que echamos un polvo en los acantilados y descubrimos a todos aquellos pingüinos observándonos.

Elliot negó con la cabeza.

—Bueno, eso te parece a ti. Yo en mi vida me había sentido tan hombre de las cavernas.

—¿Hoy? ¿O el día de los pingüinos?

—Hoy, bobo.

Elliot se rio y le guiñó un ojo.

Wentworth levantó su taza y tomó un sorbo.

Elliot lo observó, pensativo.

—Aunque…

Wentworth se atragantó con el chocolate y escupió por toda la encimera.

—¿Está bien? —preguntó la madre de Elliot entrando en la cocina y dejando las llaves junto al frutero.

Parecía agotada, y tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—Sobrevivirá. ¿Café?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy reventada. Voy a echarme una siesta.

Besó a ambos en la mejilla, y el esfuerzo que hizo Wentworth para no toser sobre ella resultó evidente.

Cuando se recuperó, y antes de que su madre saliera de la cocina, señaló a Elliot con un dedo acusador y dijo:

—Tu hijo será mi perdición.

—Qué bonito. Escribe una canción sobre ello.



—Shhh, no despiertes a mi... A mi... madre. Esa es la palabra que estaba buscando. «Madre», ja.

Elliot se tropezó con sus propios pies.

Unas manos lo sujetaron por la cintura y él se rio. Wentworth, su héroe. Salvándolo de aterrizar de bruces sobre la alfombra del pasillo.

—Quién iba a pensar que llegaría este día —murmuró su novio—. Mi abejita hasta el culo de alcohol.

—Se acabó el colegio. Ya está. Finiquitado. Se acabó el uniforme para siempre. No veo nada.

Con suavidad, Wentworth le quitó lo que le cubría los ojos. El color volvió a llenarlo todo; pero no un color genérico, su mundo se llenó de un precioso rojo.

Los labios de Wentworth se curvaron en una sonrisa mientras le quitaba del todo el antifaz que se había puesto para la fiesta a la que acababan de asistir.

—Se te había bajado y te tapaba los ojos.

—¿Dónde está el tuyo?

—Me lo quité en tu coche para poder conducir.

—¡Odias conducir mi coche!

—Se me caló tres veces. No parece que vaya a cambiar de opinión sobre esa chatarra en un futuro próximo.

—Haces cosas que odias porque me quieres.

Wentworth dijo algo en voz baja y lo empujó hacia su habitación.

Elliot se desplomó sobre la cama, cantando la canción de Wentworth mientras él le quitaba los zapatos.

—La escribió mi novio. Y la canta muy bien —anunció, orgulloso —. Yo le sugerí la palabra, hum, *etreno*… Entero…

—Eterno.

—Eso. Eterno. —Elliot empezó a cantar otra vez—. ¡Amor eterno! Tú la cantas mejor.

—Eso espero.

—¿Me la cantas?

Wentworth le desabrochó los vaqueros y se los quitó mientras le cantaba en voz baja.

Elliot se incorporó lo suficiente como para agarrarlo de la camisa y tirar de él.

—Bésame. Bésame como si fuera la última vez que lo hicieras.

Wentworth se tumbó a su lado, le acunó la cabeza en sus manos grandes y cariñosas, y le dejó un suave beso en la comisura de los labios.

—¿Así sería un último beso?

Wentworth le apartó el pelo de la cara y lo miró con intensidad.

—Espero no saber nunca cómo sería un último beso contigo. Pero si tuviéramos que tener uno, sería de viejos, ambos cascarrabias y quizá artríticos. Nos tocaríamos con cuidado y sería el beso más dulce y cálido del mundo.

Elliot se acurrucó contra él y levantó la mirada hacia esos preciosos ojos.

—¿Te quedas a dormir?

—No puedo. La entrevista de trabajo de mañana es supertemprano.

—Lo conseguirás y tendremos que decir adiós a nuestro verano recorriendo la Isla Sur.

—Pues haremos otros planes. Lo decidiremos juntos, ¿vale?

—Dame otro beso artrítico.

La risa de Wentworth vibró a través de Elliot y otro dulce beso le tocó la comisura de los labios.

Lo tenía sujeto por la camisa, pegándolo a él. Wentworth gruñó y colocó un último beso sobre su labio superior.

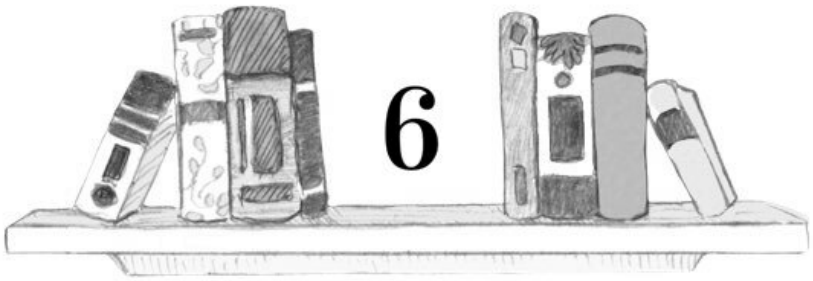
Se miraron a los ojos. Con intensidad. El corazón de Elliot latía con fuerza.

—¿Me lo vas a decir? —susurró.

Wentworth negó con la cabeza.

—Mañana, abejita. Cuando estés sobrio.

Capítulo Seis



Elliot gimoteó y se dio la vuelta en la cama buscando a Wentworth. Estaba solo.

Cierto; su novio tenía una entrevista *online* con Park Road para unirse a su equipo de compositores en un proyecto cinematográfico importante en el que estaban trabajando. Una gran oportunidad. Muchos viajes. Una puerta hacia Hollywood.

Se sentó aún medio dormido; le dolía la cabeza.

—Dios. —Se masajeó las sienes—. No. Vuelvo. A. Beber.

Buscó su teléfono y le deseó a Wentworth la mejor de las suertes para la entrevista. Carita sonriente incluida.

Le llegaron muchos corazones en respuesta y la promesa de ir a verlo esa noche. «Mi padre me ha liado para salir en barco justo después de la entrevista. Está en plan melancólico. No deja de lloriquear porque ya tengo edad suficiente para independizarme».

Un escalofrío le recorrió la columna.

Ya tenían edad para independizarse.

¡Ya tenían edad para independizarse!

Estaban en una gran encrucijada, un punto de inflexión; había tantas posibilidades, tantas rutas… Elliot había planeado estudiar allí, en la universidad de Port Rātapu, pero si Wentworth conseguía el trabajo… Podría estudiar en Wellington. Podrían buscar un piso y vivir juntos. Entrelazar sus caminos, ser uno el apoyo del otro. Podrían hacer cualquier cosa. Ser cualquier cosa. Elliot nunca había estado tan seguro de nada en su vida.

¿Y qué si aún eran jóvenes? Wentworth era el hombre de su vida. Elliot adoraba cada minuto en su compañía. Lo quería a su lado para siempre.

Dios, tenía que decírselo. Necesitaba decirle cuánto lo quería. Tenía que decirle que fijaría una puñetera fecha y todo. Quizá no hasta que tuvieran al menos veinticinco años, pero se desharía de su regla del tiempo, la enterraría hasta los cimientos y no la resucitaría jamás. Hablarían del futuro. Planearían su vida juntos.

Cogió el móvil y empezó a escribir.

«Por teléfono no, idiota».

Borró el mensaje.

Pero volvió a escribir de nuevo, porque tenía que decir algo. La emoción que le burbujeaba dentro necesitaba salir de algún modo.

Elliot: ¡Tenemos que hablar!

Con el corazón ligero como una pluma —ligereza que, por el contrario, no le llegaba a su pobre y dolorida cabecita—, saltó de la cama, se duchó e irrumpió en la cocina en busca de sustento. Le

apetecía un poco de pan, una tortilla con queso y, quizá, con algo de cebollino…

—¡Ah! —gritó. Su madre estaba sentada en una butaca en el salón, al sol. Nunca solía estar quieta, iba de un lado a otro de la casa, así que no había esperado verla ahí—. Vaya susto me has dado.

La risa de Elliot murió al instante. ¿Estaba… llorando?

Se puso en estado de alerta de inmediato. Se acercó a ella y se arrodilló junto al reposabrazos.

—¿Mamá?

Ella lo miró con los ojos vidriosos y alzó una mano para acariciarle la mejilla. El dolor de cabeza de Elliot desapareció en cuestión de segundos; una ola de frío lo heló por dentro congelándole hasta los huesos.

—¿Qué pasa?

—Tenía que esperar. Hasta que terminaras el colegio.

—¿Esperar para qué?

El miedo se hizo más potente y amenazó con ahogarlo, con arrastrarlo al fondo del océano, con lanzarlo fuera del camino que su corazón acababa de trazar.

—Lo siento mucho, Elliot.



Elliot llevaba desde los trece años participando en clubes de debate. Pronto se ganó la reputación de ser el mejor orador del colegio. Había entrenado a cuatro equipos. Los había llevado a semifinales y finales, a tres campeonatos distintos, e incluso había dejado huella en algunas competiciones entre Australia y Nueva Zelanda. Era rara la vez que no estaba a la altura de su reputación.

Esta era una de esas veces.

¿Cómo no iba a hacerlo? La mitad de su alma estaba discutiendo con la otra mitad.

Miró su reflejo en el espejo de la cómoda. Sus ojos parecían más oscuros, más hundidos; hinchados de tanto llorar. Tenía las mejillas pálidas, cenicientas. Como si le hubieran drenado el cuerpo de entusiasmo. Lo veía en su reflejo. Se notaba.

Recordó las lágrimas de su madre. Sintió el fantasma de su abrazo desesperado; su perfume, que aún notaba sobre él.

Estaba enferma. Muy muy enferma. Empezaría el tratamiento esa misma semana. El pronóstico a cinco años no era nada bueno. Pero quería luchar.

«No tienes que quedarte», le había dicho. Pero el miedo en sus ojos se le había clavado en el pecho y le había estrujado el corazón. Creía que le iba a explotar.

Elliot era todo lo que ella tenía en el mundo. No había lugar para la duda. No se iba a ir.

El hombre del espejo había envejecido diez años.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Wentworth, tenemos que hablar. —Carraspeó—. Wentworth, tenemos que hablar —repitió; su respiración, temblorosa—. Wentworth, tenemos que hablar.

Pero ¿qué le iba a decir?

Escuchó las discusiones que tenían lugar a gritos en su cabeza. Los argumentos a favor y en contra.

¿Le contaría la verdad, aun sabiendo que Wentworth se quedaría? Porque lo haría, Elliot no tenía ninguna duda.

¿O… lo dejaría marchar?



Por la tarde, Elliot condujo hasta el muelle y aparcó frente al embarcadero. A juzgar por la cuerda que Wentworth le lanzaba a su padre desde la cubierta del barco, acababan de regresar. Su chico estaba tan bonito y resplandeciente bajo el sol del atardecer…

Elliot había encontrado el antifaz de Wentworth en el coche; una simple tira de tela, y, mientras lo miraba, jugueteaba con el elástico, como si, al entrelazar los dedos en él, pudiera atar su amor.

Podía ser egoísta; podía retenerlo; podía… compensarlo por ello en algún momento de su futuro juntos.

Se golpeó la cabeza contra el respaldo del asiento.

¿Por qué su vida no podía ser una comedia romántica? ¿Por qué de repente se convertía en una tragedia?

Se tocó los labios, cada punto donde Wentworth lo había besado por última vez; en una comisura, en la otra, en el labio superior.

—Te quiero, Wentworth.

Se estremeció. Fue una delicia sentir esas palabras salir de su boca. Decirlas en voz alta sería mucho mejor. Podía… Podía hacer esa concesión, al menos, ¿no? Darles eso a ambos.

Cuando padre e hijo desaparecieron en el interior del barco, Elliot salió del coche.

Subió a bordo un poco a hurtadillas. No quería que el señor McAllister supiera que estaba allí. No quería tener que ver a nadie hasta llegar a Wentworth.

Llamó a la puerta de su camarote.

Él abrió casi al instante y una corriente de aire lo envolvió entero. La alegría de Wentworth al encontrarlo allí hizo que a Elliot se le revolviera el estómago.

—Estaba a punto de ir a verte.

Elliot fijó la mirada en un punto por encima del hombro de Wentworth.

—Yo, eh… Esto no puede esperar.

—¿Qué pasa? —la preocupación hizo que su voz sonara más profunda.

—Tenemos que hablar.

Wentworth le hizo un gesto para que pasara y Elliot se apretujó en la diminuta habitación. En cuanto se cerró la puerta, supo que

había sido un error entrar. El cuarto estaba tenuemente iluminado; era demasiado íntimo. La cama le recordaba todas las veces que habían hecho el amor. Y el piano, más de lo mismo.

Wentworth se recostó en la cama y Elliot comenzó a caminar, nervioso, por el pequeño espacio frente a ella.

—¿C-cómo ha ido la salida?

—Aparte de un par de charlas algo incómodas, bien —dijo Wentworth con el ceño fruncido.

—¿Y la entrevista? ¿Cómo fue?

¿Podría ser que no le hubieran dado el trabajo? ¿Podría haber opción de que se quedara en Port Rātapu?

Se odiaba por desearlo.

—Bueno, quería decírtelo en otro estado de ánimo, pero sí. El puesto es mío si lo quiero.

Elliot notó cómo se le hundía el corazón dentro del pecho. Se detuvo. Le escocían los ojos, y ver la pequeña sonrisa orgullosa de Wentworth… Este era su sueño. Y se estaba haciendo realidad.

Sabía lo que esta gran oportunidad —y era grandísima, gigantesca— suponía para él, lo feliz que lo hacía.

—Eso es maravilloso, Wentworth.

Lo decía de verdad, desde lo más profundo de su corazón.

La sonrisa de Wentworth era tan enorme que casi ni cabía en la habitación.

—Sé que esto cambia nuestros planes para el verano, pero… quieren que empiece la próxima semana, y al mes siguiente me llevarán a Los Ángeles para conocer al resto del equipo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vaya, eso es… Dios, es tremendo. Vas a ser famoso. Bueno, más de lo que ya lo eres.

—Y me han dicho que, si pagamos tu vuelo, estarán encantados de que vengas conmigo. ¿Te imaginas? ¿Nosotros en Hollywood? Será solo un par de meses; al principio, al menos. Y estaríamos de vuelta en Wellington a tiempo para empezar la universidad. Bueno, si… ¿Considerarías estudiar en Wellington?

Pero lo que en realidad estaba preguntando era: «¿Vamos a hacer esto juntos?».

Sus ojos azules brillaban llenos de esperanza.

Elliot agachó la cabeza.

—¿Elliot? —La tensión en la forma de susurrar su nombre era evidente.

«Dile la verdad. Dile que tu madre está enferma y necesitas quedarte».

«No, renunciará a su sueño, lo sabes. Nunca se quejará por ello, pero la herida siempre estará ahí. Se preguntará qué hubiera sido de él si… Las respuestas a esas preguntas lo atormentarán. Y te atormentarán a ti. Siempre».

De repente, un manto de calor lo envolvió. Elliot cerró los ojos y apoyó la frente en el cálido hombro de Wentworth, que lo abrazaba contra su cuerpo.

—¿Qué ocurre, abejita?

—No puedo ir contigo.

Wentworth retrocedió unos centímetros y lo miró a los ojos, confuso.

—Si es por el precio del vuelo, recuerda que ahora soy rico. No tienes que preocuparte por lo que nos costará.

Elliot negó con la cabeza.

—No es por el tema económico.

—Ey, ey. Mírame. ¿Qué pasa?

Los dedos bajo su barbilla eran tan suaves…

—Yo… He estado pensando.

—Tú siempre estás pensando.

La sonrisa orgullosa y llena de cariño de Wentworth lo estaba matando.

No había otra forma de hacerlo, era inevitable. Iba a hacerle daño. Iba a hacerles daño a ambos, pero si lo miraba por el lado bueno, Wentworth se repondría, Elliot solo era su primer novio. Se suponía que los primeros amores no eran definitivos, que las historias acababan.

—Creo que deberíamos separarnos por un tiempo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Ayer todo estaba bien. Estabas a punto de decirme…

—Ayer estaba borracho.

Wentworth negó con la cabeza.

—No, estás asustado. Y es normal. Lo entiendo. Lo superaremos.

—No estoy asustado.

—Pero… no tiene sentido. ¿Qué está pasando?

—Estamos en una encrucijada, Wentworth. Lo hemos pasado de maravilla, pero ahora es momento de pasar a otra cosa. Necesitamos vivir nuevas experiencias, aprovechar nuevas oportunidades. Descubrir más sobre nosotros mismos.

—¡Todo eso lo podemos hacer juntos!

—¡No quiero que lo hagamos juntos!

El dolor en la cara de Wentworth quedaría grabado para siempre en la mente y el corazón roto de Elliot.

—Pero… te quiero, Elliot.

«Yo también te quiero».

No podía decírselo. Solo había una manera de liberar a este hombre terco como un roble. Negó con la cabeza, la tristeza embargándolo.

—No puedo decir lo mismo.

Wentworth se tambaleó hacia atrás como si le hubieran apuñalado en el corazón.

—¿Ahora, te refieres?

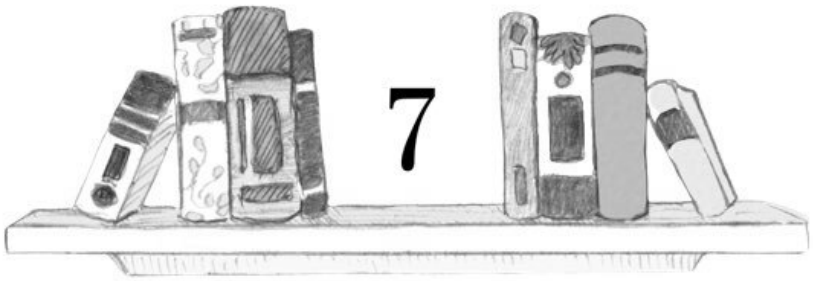
Elliot murió por dentro.

—Ni ahora ni nunca.

Parte II

QUINCE AÑOS DESPUÉS

Capítulo Siete



«Un aguijón en el
corazón.
El dolor permanece,
pero tú no».
W. McAllister, *Aguijonazo al corazón*.

Elliot se había sumido en una especie de sueño, un sopor que le permitía asentir de vez en cuando para aparentar que prestaba atención. Los asesores sentimentales deberían estar atentos y

escuchar siempre el punto de vista de cada parte implicada, pero era difícil cuando sus clientes ni siquiera intentaban comunicarse entre sí. Bueno, tampoco es que fueran clientes suyos como tales.

Eran actores de Pregúntale a Austen Film Studios, donde trabajaba de forma temporal como asesor de relaciones e intimidad. Desde que había empezado a trabajar allí hacía tres semanas, Beth y Walter Clay le habían pedido consejo fuera del horario laboral varias veces.

La primera semana, les dio consejos.

La segunda semana, les dio consejos.

La tercera semana, era evidente que no estaban dispuestos a aceptar ningún consejo.

—¿Elliot? —dijo Beth, sentada con rigidez en el sofá—. ¿Has oído lo que me acaba de llamar? No me parece apropiado.

Su marido, recostado contra los cojines, no parecía arrepentido en absoluto.

—Está exagerando.

—Si sigue así, acabará siendo un viejo insoportable y estará más solo que la una.

—Pues como ella no encuentre el sentido del humor que se le ha perdido, acabará siendo una vieja bruja.

Elliot se obligó a concentrarse y se movió en su silla giratoria, que hizo rodar frente a ellos.

—Beth, Walter, la clave de una relación sana es, y seguirá siendo, la comunicación. Sed abiertos el uno con el otro. Escuchad lo que cada uno tiene que decir, cómo os sentís.

—Yo ya sé cómo se siente él…

—No. *Crees* que lo sabes. Tenéis que ser claros. Expresaros.

Beth cogió el móvil y empezó a teclear.

Elliot ahogó un gemido.

—Aunque entiendo que te resulte más fácil escribírselo, los mensajes dejan demasiado a la interpretación. Se pierde el tono.

—No tal y como *yo* los escribo —le espetó ella.

—Mirad, esto es lo que quiero que hagáis: dad un paseo y hablad. Miraos a los ojos. Empezad las frases con «me siento…, porque…».

Beth soltó un bufido.

—No hemos acudido a ti para que nos des una lección de lingüística. Lo que mi marido necesita es un tercero imparcial que le diga que no tiene razón.

—Lo siento, estás hablando con el terapeuta equivocado.

Walter miró a Beth y le dijo algo en voz baja, pero no lo suficiente como para que Elliot no lo oyera:

—Él mismo lo ha dicho, no es el consejero adecuado. ¿Qué sabrá un soltero de relaciones?

Estaba preparado para que ese tipo de críticas no le afectaran. Muchas de las personas que acudían a él parecían preocupadas por su aparente falta de experiencia; pero él siempre tenía una respuesta que lo respaldaba: había estudiado Psicología y Asesoramiento Terapéutico durante cinco años, se había especializado en relaciones sentimentales y terapia de pareja, y había adquirido muchas habilidades y técnicas para ayudar e intervenir en relaciones con problemas.

No debería doler que Walter menospreciara su experiencia; pero los ataques personales dolían. Siempre dolían.

Tenía treinta y tres años, estaba soltero y ninguna de sus relaciones —salvo una— había durado más de medio año.

—Madre mía, es cierto. Es un consejero matrimonial que nunca se ha casado.

—¡Qué sabrá él!

—Y eso que es atractivo, ¿eh?; cuando sonríe, digo; así que no puede ser por falta de oportunidades. Será porque se le dan fatal las relaciones.

Elliot se aclaró la garganta y Beth se encogió de hombros.

—No te lo tomes a mal.

Por suerte, no tenía que tratarlos demasiado en el plató, porque no eran los mejores actores del mundo.

Beth y Walter se sonrieron el uno al otro.

—Eres una mujer muy asertiva.

—Lo sé.

—Me pone cachondísimo.

Beth soltó una risita y Elliot los observó mientras salían de su oficina a toda prisa. Puede que, a pesar de que su relación era como un tren a punto de descarrilar, lograran llegar a destino de alguna forma.

Y ese era un pensamiento de lo más reconfortante. Le gustaba la idea de que no hubiera causas perdidas.

Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla, alzó la vista y se quedó mirando el techo. No es que estuviera *tooooodo* el rato pensando en el pasado en plan taciturno. Solo… mucho tiempo. Y que su despacho provisional estuviera en el estudio de música —en uno de los dos que había, el más pequeño; no había otra cosa disponible— no ayudaba a su causa. El pasado le estaba dando en toda la cara y con la mano abierta.

En la pared donde estaba el sofá, había varias guitarras colgadas. Detrás de él había una mesa de sonido de aspecto complejo, que daba a una habitación insonorizada, y un gran escritorio en forma de media luna con equipo informático. En la otra pared, la más alejada de la puerta, había un piano y, al lado, en un rincón detrás de una palmera en una maceta, un viejo escritorio de roble que habían traído para que Elliot pudiera hacer todo el papeleo.

Pero es que… trabajar allí día tras día con un piano en su visión periférica…

Un golpeteo en su puerta abierta hizo que mirara en esa dirección: Louisa. Y no podía estar más agradecido de verla, porque venía con una bandeja de mimbre donde llevaba dos tazas de café y una cestita de fruta.

—Dios mío, sí —dijo.

Ella se rio, le dio una taza, dejó la bandeja en la mesita junto al sofá y se sentó.

Elliot dio un sorbo al néctar de los dioses que le pareció el café en esos momentos.

—Quería traer magdalenas de la sala de descanso, pero se habían acabado. Tendrás que conformarte con fruta.

—No tenías por qué traerme nada.

—Ya lo creo que sí. No comes a menos que alguien te lo recuerde. Y no te viene nada mal que te lo recuerden.

—¿Tan demacrado me ves?

—Iba a decir que parecías… agotado, pero demacrado me vale.

Elliot se rio. Estaba agotado, era cierto.

Y llevaba así mucho tiempo.

Se pasó una mano por el pelo enmarañado. La presión del agua en su casa era pésima y apenas se había podido aclarar; tenía que arreglar las tuberías. Pero era un problema que seguía posponiendo porque no era nada manitas y las reparaciones domésticas no eran lo suyo.

A su madre sí se le habían dado bien esas cosas.

Dejó el café y cogió un plátano, sujetándolo con fuerza durante unos segundos.

Louisa le dedicó una sonrisilla.

—Es curioso; cada vez que tocas un plátano, sonríes. No falla.

Elliot lo peló.

—Estaba pensando en mi madre.

—¿Quiero saber qué os traíais tu madre y tú con los plátanos, o no es apto para todos los públicos?

Elliot casi escupe lo que tenía en la boca, pero logró tragárselo antes de decir:

—No tienes filtro, ¿eh?

Louisa sonrió.

—Hace que todo sea más interesante. Y se supone que hay que buscar una comunicación sincera, ¿no?

—Hay momentos en los que está bien ser prudente.

—¿Es este uno de esos momentos?

Elliot se rio.

—Qué va, al revés. No me había reído así en… mucho tiempo.

—Menos mal, porque lo último que quiero es herir tus sentimientos; pero no soy prudente, es como una incapacidad. Parece que siempre necesito decir lo que pienso; *vivo* para decir lo que pienso.

A Elliot le sonó el teléfono.

—Disculpa un momento.

Suspiró. Era Mary, su vecina. Lo más probable era que quisiera que fuera a echarle un ojo a su cachorro otra vez. Y a Elliot le

encantaba hacerlo, muchísimo, pero no era nada profesional por su parte seguir dejando el trabajo para pasear a Cariño.

Dudó si cogérselo o no durante unos instantes y, a pesar de sentirse culpable por ello, dejó que saltara el buzón de voz. Cuando acabara su jornada laboral, la llamaría.

—Perdona, ¿por dónde íbamos? —le preguntó. Luego la miró con ojos entrecerrados fijándose en el encaje de la camisa con el que no dejaba de juguetear y que combinaba a la perfección con sus pantalones de un alegre estampado floral—. Qué elegante.

Normalmente, Louisa llevaba vaqueros desgastados, camisetas y zapatos cómodos para poder subir y bajar las tramoyas con facilidad.

Ella se señaló el cuerpo de pies a cabeza con un movimiento de la mano.

—Mantengo mi lienzo en buen estado, pero solo lo pinto cuando viene la realeza.

—¿Y hoy viene la realeza?

Louisa lo miró boquiabierta.

—¿No te has enterado? Brandon envió ayer un correo.

—¿Quizá excluyó del *mail* a los trabajadores temporales?

—Qué va, estaba tan feliz que puso en copia a todo el mundo. Le ha llegado a toda la empresa.

—Vale, pues se me habrá pasado; recibo unos cien correos al día.

E iba retrasadísimo contestándolos.

Louisa se cruzó de piernas y Elliot se fijó en que hasta llevaba tacones.

—Pues no te lo vas a creer. ¿Sabes que Excaliburry nos había cedido la música para la película? Bueno, pues al parecer se han echado atrás.

Elliot sacudió la pierna con impaciencia. Quería que fuera al grano. Hablar de cantautores famosos no era su pasatiempo favorito.

—Vamos, que han dejado a Brandon tirado. Así que necesitábamos un reemplazo. Alguien con talento pero que además estuviera dispuesto a trabajar en nuestra película; que, como bien

sabes, es un proyecto pequeñito, independiente y tan gay que todos cagamos arcoíris.

—Gracias por ser tan visual.

—De nada. Pero a lo que iba, que ha encontrado al tío perfecto.

—Qué bien. ¿Y de quién se trata?

—No te lo vas a creer.

—Pues como no me lo digas, no, la verdad.

—¡Wentworth McAllister!

Elliot se quedó sin riego sanguíneo. Palideció. Creyó que se iba a desmayar.

—Ya sabes, el famoso cantautor. El que escribió la canción de la abeja.

—*Aguijonazo al corazón* —susurró Elliot.

—Sí, esa, la de la abejita. Bueno, pues parece que hace un año o así dejó Hollywood y volvió a Nueva Zelanda. Ha estado trabajando en Wellington para Park Road, pero lo ha dejado hace poco. Le hicieron una superentrevista en Gala el mes pasado. No sé, quizá Brandon la leyera, hay una copia en la sala de descanso. Desde luego, parece caído del cielo. El caso es que le rogó que viniera a ayudarnos. Y Wentworth McAllister aceptó. ¡Aceptó!

Elliot no entendía nada. Louisa hablaba y hablaba, pero nada tenía sentido.

Debía de estar soñando.

Dios, ¿se había quedado dormido y Beth y Walter seguían discutiendo en su sofá?

Se pellizcó con fuerza, esperanzado; pero, aunque solo captara fragmentos de lo que Louisa decía, lo sabía; en lo más profundo de su corazón, sabía que era real. Que estaba pasando de verdad.

Wentworth McAllister.

Habían pasado quince años y no había olvidado su cara. ¿Cómo iba a hacerlo? Estaba en todas partes; en películas, en especiales de Netflix, en revistas de cotilleos. Y estaba igual que antes. Igual. El mismo brillo en los ojos, el mismo pelo rojo. Solo que ahora una corta y cuidada barba le cubría la cara.

Wentworth. Había estado viviendo su sueño durante la última década y media.

—¿Elliot?

Elliot devolvió la imagen de Wentworth a los recovecos de su mente y lo hizo con tremenda facilidad; tenía práctica.

—¿Y para ti es como de la realeza? ¿Él es el motivo por el que estás vestida así? —«Ay, Dios; un momento…—. ¿Eso significa que va a venir hoy?

—Míralo, pillándolas al vuelo. Llegará enseguida, y espero causarle una buenísima impresión.

Elliot frunció el ceño.

—¿Pensé que estaba saliendo con una mujer irlandesa? ¿Clara Walsh*?*

—No, esa tampoco le ha durado. Ninguna le dura.

Elliot no debería hallar consuelo en ello. Pero era humano, qué le iba a hacer.

Louisa movió las cejas de forma sugerente.

—Aún no ha conocido a la mujer adecuada.

—O al hombre adecuado.

—¿Eh?

Mierda.

—Creo que…, no sé, leí en alguna parte…

—Ah, sí. Aunque no recuerdo que haya salido con ningún chico. De hecho, nunca ha mencionado a ninguno; y eso que lo entrevistan mucho preguntándole sobre sus amoríos. Supongo que alguien habrá habido, y por eso sabe que es bisexual, pero no puede haber significado mucho o sabríamos algo más. Mi teoría es que tuvo una aventura con un chico, pero se inclina más hacia las mujeres.

Elliot no quería revolcarse en el dolor que le causaba aquella hipótesis. Así que se quedó mirando el atuendo de Louisa y su sonrisa soñadora, y trató de mantener la suya.

—Pareces… esperanzada.

—¡Lo estoy! Gala le preguntó cómo veía su futuro y adivina qué dijo.

Elliot se quedó mirando lo que quedaba de su café y se lo bebió de un trago. No quería saberlo, pero preguntaría. Tenía que hacerlo.

—¿Qué dijo?

—Que quiere sentar cabeza; casarse, tener hijos. Quiere una familia.

—Matrimonio. Familia. —Todo lo que Wentworth una vez quiso con él. A Elliot le dolía la cara de sonreír—. Espero que encuentre lo que quiere.

—Me gustan los hombres que saben lo que quieren. Y me parece un gran plan. No es muy diferente al mío. ¿Qué hay de ti, Elliot? ¿Qué quieres?

Un cambio.

Por eso había dejado su consulta y había aceptado la oportunidad de trabajar como asesor. No estaba seguro de adónde iría después y, en cierto modo, eso le resultaba emocionante en sí mismo.

—Quiero ver mundo.

No era mentira. Quería viajar. Dejar Port Rātapu y buscar aventuras en otra parte.

Pero también quería compartir esa experiencia con alguien.

Estaba cansado de vivir solo. Cansado de citas que siempre parecían equivocadas y que nunca pasaban de un mero encuentro sexual. Cansado de ver a sus amigos enamorarse, casarse y ser felices.

Estaba cansado de desear que ojalá las cosas hubieran salido de otra manera.

—También habló de su pareja ideal. ¿Quieres que te lo cuente?

Elliot no podía respirar.

—No hace falta, gracias.

Cameron, el hermano de su jefe y guionista de la película en la que estaban trabajando, pasó a toda velocidad por delante de su puerta abierta; luego retrocedió y se asomó, subiéndose las gafas.

—¡Wentworth McAllister ya está aquí!

«Joder, joder».

Louisa se puso en pie como un resorte.

—Elliot, ¿vienes?

—Eh, no. Tengo que… —Cogió el móvil—. Debería devolverle la llamada a Mary.

—Vale, pues nada. —Se enderezó la camisa y se subió los pechos —. Luego nos vemos.

Llamó a Mary. Tal como pensaba, Cariño había estado ladrando toda la mañana y los vecinos la habían llamado para quejarse; también, tal y como pensaba, ella no podía dejar sus importantísimas reuniones para sacarlo un rato de paseo y se preguntaba si Elliot sería tan amable de hacerlo él, como el estudio estaba a solo cinco minutos de su casa…

—Podría traérmelo al trabajo, para que esté acompañado —sugirió Elliot.

Mary estaba intentando enseñar a Cariño a quedarse solo; pero es que lo estaba la mayor parte del día y, en opinión de Elliot, ocho horas era demasiado tiempo; Cari era un cachorro. Mary había contratado a un paseador de perros para que lo sacara a mediodía, pero… el perro era muy pequeño; quería más compañía.

—Ay, no sé. Ya sabes que está un poco malito de los ojos. No mide bien las distancias. Podría resultarle un poco abrumador.

Elliot accedió a acercarse para ver cómo estaba. Salió a hurtadillas del edificio y se dirigió a casa. El cachorro lo recibió moviendo la cola, entre ladridos y lloriqueos de felicidad.

Estaba necesitado de atención, pobrecito.

—Ven aquí, Cariño.

«Cariño» era el nombre perfecto para él, porque era una suave bola de pelo color bronce, dulce y cariñosa. Incluso su olor era dulce. Elliot lo abrazó y le hizo cosquillas bajo la mandíbula. No podía dejarlo ahí.

—Tu madre no me dijo explícitamente que no te llevara al trabajo. Fue un «ay, no sé» un poco vago. Tendremos cuidado. ¿Qué te parece?

Cariño le lamió el cuello.

Salieron juntos a la calle y, al principio, Elliot encontró la compañía tranquilizadora; pero la sensación de calma fue desapareciendo a medida que se acercaban a Pregúntale a Austen; sus pasos se fueron ralentizando.

—Soy muy tonto, lo sé —le dijo al perro riéndose de sí mismo—. Puede que ni siquiera se acuerde de mí.

O puede que sí se acordara, aunque fuera de forma vaga, pero eso no significaba que reconociera al Elliot actual. Wentworth había conocido a miles de personas desde que terminó el colegio. Lo miraría y olvidaría su cara al instante.

Eso pasaría, sí. No había nada que temer.

Agacharía la cabeza y no hablaría. Su contrato solo duraba unas semanas más. Era posible que apenas se cruzaran. Elliot trabajaba en el estudio de música, sí, pero en el más pequeño; seguro que instalarían al famoso Wentworth McAllister en el grande.

Sí, sí, todo iba a estar bien.

Justo cuando subía el último peldaño de la escalera, oyó la canción.

Aguijonazo al corazón.

Procedía de uno de los despachos que se hallaban en el balcón en forma de U de la planta de arriba. Alguien había puesto la música a todo volumen, pero, claro ¿por qué no iban a hacerlo? Estaban entusiasmados. El creador estaba allí en persona.

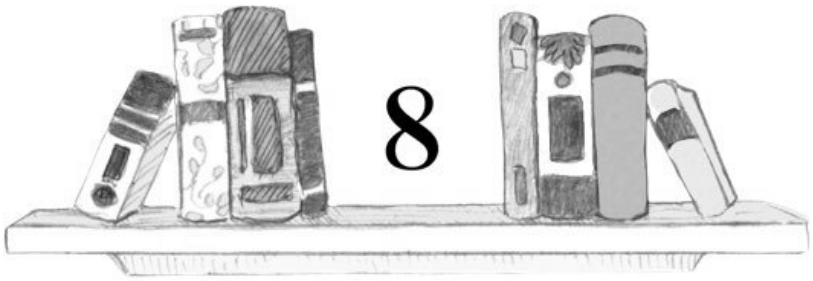
Aunque a él, como siempre, el mero hecho de escucharla le estrujaba el alma.

Levantó la vista y se quedó inmóvil.

Nada podía compararse al dolor de que el peor momento de tu vida hubiera quedado inmortalizado en la canción más popular, más escuchada y más reproducida de la última década y media.

Y nada podía compararse al dolor de ver al hombre al que Elliot había roto el corazón escuchando esa canción; apoyado en el marco de una puerta, sonriendo como si la letra no significara nada.

Capítulo Ocho



«Abejita, con tu aguijón,
me atravesaste el corazón».
W. McAllister, *Aguijonazo al corazón.*

Elliot aflojó el agarre que tenía en la correa y esta terminó en el suelo. Y puede que fuera porque la música estaba demasiado alta, o tal vez el perro había percibido la forma en la que Elliot se había tensado y eso lo había asustado; en cualquier caso, y fuera

cual fuera el motivo, el cachorro de Mary estaba suelto, corriendo por el pasillo y a punto de pasar por delante de Wentworth.

Pero Elliot no tenía tiempo de entrar en pánico; así que salió corriendo tras él.

—¿Eso era un cachorro? —chilló Louisa emocionada desde el interior del mismo despacho.

«Calla, calla, por Dios». Wentworth se daría la vuelta. De hecho, ya estaba a punto, se estaba girando y...

Por suerte, Elliot pasó por delante de él antes de que pivotara del todo. Y desde ese ángulo dudaba mucho que lo reconociera; el pelo se le había oscurecido con los años, podría ser cualquiera.

—Ey, amigo, ¿necesitas ayuda? —gritó Wentworth a su espalda.

Esa voz…

La tenía mucho más grave; y no había llegado a perder del todo el acento escocés, aunque el deje fuera más tenue.

Oírlo hablar le puso la piel de gallina.

—Todo bien —contestó fingiendo una voz más profunda.

Aceleró el paso y, al girar en el pasillo abalconado, trató de ocultar la cara mirando hacia otro lado. Siguió la correa de Cariño, que se arrastraba por la moqueta unos pasos por delante de él, hasta el despacho de Brandon.

«Mierda».

No sabía si se permitía traer mascotas al trabajo o no. Su idea había sido que Cariño pasara la mañana en un cojín en su escritorio sin llamar mucho la atención. No había planeado jugar al pillapilla por los estudios con el cachorro. Y menos aún, entrar en el despacho del jefe.

Por suerte, la oficina estaba vacía, lo que le proporcionó un alivio momentáneo. Hasta que el perro saltó sobre el gran escritorio de caoba y golpeó con la cola unos documentos que Elliot esperaba que no fueran importantes.

—Eso no se hace, Cari —lo reprendió con cariño antes de cogerlo en brazos—. No puedes separarte de mí.

—Estoy casi seguro de que el perro y el chico que lo perseguía han entrado en esa oficina de allí. Vamos a comprobar si la fierecilla está bajo control.

La alegre voz de Wentworth se llevó toda su capacidad de raciocinio y lo paralizó. Y, en lugar de salir del despacho y encararlo, en lugar de superar ese primer momento de incomodidad que suponía el reencuentro, decidió esconderse debajo del escritorio.

Se arrastró por el suelo como pudo hasta que Cariño y él quedaron más o menos ocultos.

Y ahí estaba él; arrodillado bajo un escritorio, con el cuello inclinado en un ángulo antinatural y agarrando tan fuerte al cachorro que podría estar asfixiándolo sin querer. Sin duda, uno de los momentos más lamentables de su vida.

Cariño se revolvió en sus brazos, lo miró con la cabeza ladeada y agitó las orejas. Elliot se llevó un dedo a los labios en un gesto desesperado que esperaba que el perro entendiera.

Se oyó el sonido de unos pasos entrando en la habitación. Luego, su voz:

—Juraría que los he visto entrar aquí.

—¿Quizá están en el despacho de al lado? —comentó Louisa.

—No, no; estoy seguro de que fue en este. Espera, ¿has oído eso?

Elliot se quedó muy quieto.

—Apenas puedo oír nada más allá del latido atronador de mi corazón —dijo Louisa, y soltó una risita a la que Wentworth se unió.

—No eres nada tímida, ¿eh?

—¿Debería?

—La mayoría lo es.

—Pero yo no soy la mayoría.

—Me gusta tu arrojo.

—Si usted me lo pide, señor Wentworth, me arrojo a sus brazos en un segundo.

—Ah, ¿sí?

Recordó la sonrisa sexi y divertida de Wentworth, el brillo en sus ojos antes de *arrojar* a Elliot a la cama; o a la banqueta del piano.

«No, por Dios, no».

—Cuando quieras y donde quieras —contestó ella con voz seductora.

Elliot pegó la cara al cuello de Cariño. Se moriría, literalmente, si su ex y su amiga se ponían cariñosos en el escritorio bajo el que estaba escondido. Meterse ahí había sido una idea terrible. Terrible.

—¿Ya está usted jadeando, señor McAllister?

—No me suelo dejar llevar hasta ese punto. No en el trabajo, al menos.

—Pues los jadeos no son míos —dijo Louisa.

No, no eran suyos. Eran de Cariño.

«Ay, no; *nononono*».

—Y si ninguno de nosotros está jadeando… —dijo Wentworth.

—Aún —matizó Louisa en tono juguetón.

—Entonces… —Unos pasos sobre la alfombra se acercaron de forma lenta e inevitable hacia donde Elliot estaba agazapado—, una cosita mona y adorable debe de estar escondida detrás del escritorio.

Ni siquiera estaba detrás; ojalá. Estaba debajo, que era mucho más humillante.

Le iba el corazón a mil; Cariño debió de notarlo, porque se removió en sus brazos y ladró, y Elliot se maldijo a sí mismo por no haberse enrollado la correa alrededor de la muñeca, porque, una vez más, el cachorro salió corriendo fuera de su agarre.

Elliot se abalanzó sobre el extremo de la correa para que no se le escapara; y lo logró, más o menos; la atrapó con la palma de la mano contra el suelo.

De rodillas y con medio cuerpo debajo del escritorio, se detuvo ante un par de grandes y elegantes botas marrones por dentro de las cuales se escondía el bajo de unos vaqueros oscuros; vaqueros sobre los que Cariño empezó a saltar y a trepar, lloriqueando de pura alegría, como si él también fuera fan de Wentworth, como si le estuviera pidiendo que le pusiera sus preciosas y talentosas manos encima y lo acariciara.

La mortificación amenazaba con ahogarlo, así que se la tragó y rezó para que le bajara por la garganta y que el cuello de su camisa enmascarara el rubor de la vergüenza.

Ahí estaba.

Wentworth.

Elliot fingió despreocupación. O lo intentó. Fingió que verlo en carne y hueso, con ese cuerpazo y aún más deslumbrante que hace años, no le afectaba.

Wentworth sonreía al cachorro mientras lo mimaba con esas manos enormes, más grandes, más experimentadas y con las venas más pronunciadas por la edad.

—Vaya energía tie… —empezó a decir. Hasta que vio a Elliot y su sonrisa se desvaneció. Se enderezó con brusquedad.

Louisa apareció en el campo de visión de Elliot y, al verlo ahí, dio un chillido.

—¿Qué estás haciendo?

A Elliot se le había pegado la lengua al paladar; no podía hablar.

—¿Estás bien? —Se rio su amiga—. Señor McAllister, parece que tiene otro supermegafán.

A Wentworth no le brillaban los ojos; de hecho, el azul marino de su mirada parecía más oscuro de lo que él recordaba.

—Nada que no me haya pasado mil veces. —Atravesó a Elliot con la mirada, como diciendo: «Eres una pequeña parte de mi pasado, nada especial»—. ¿Y tú eres?

Dolía; pero se suponía que tenía que doler.

—Este es Elliot —dijo Louisa en tono alegre—. Es el experto en parejas de la película.

—¿Experto en parejas? —preguntó Wentworth en una especie de rugido.

Luego se rio, y Elliot supo exactamente a qué se debía su risa de incredulidad.

Louisa, sin embargo, no lo entendió.

—Es una práctica bastante común en los últimos tiempos —le explicó—. Elliot, además, es asesor de relaciones íntimas, así que está muy involucrado en las escenas sexuales de la película.

Los ojos oscuros de Wentworth no le abandonaron ni un instante.

Cariño lloriqueó pidiendo atención.

—Dime, ¿qué hace un experto en parejas escondido bajo un escritorio?

Por fin, ¡por fin!, Elliot encontró la voz. Incluso consiguió mantenerla estable cuando dijo:

—Perseguía al cachorro de mi vecina.

—¿Y eso requería pasar tanto tiempo ahí de rodillas? ¿El perro se quedó atascado? ¿Pesa mucho?

«¿O te estás escondiendo de mí?», quería decir en realidad.

Elliot logró no agachar la cabeza y contestó:

—Es un truco psicológico. Se trata de estar al mismo nivel que aquel con el que quieres comunicarte. Por eso estaba en el suelo a su lado, por el equilibrio de poder.

Wentworth lo miró con fijeza. Algo oscuro acechaba en sus ojos; rabia, ira.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Pruébalo alguna vez, funciona.

—No pienso ponerme de rodillas ante ti.

Cariño dio un tirón y Elliot perdió el agarre que tenía sobre la correa. La aventurera bola de pelo pasó por delante de Wentworth y de Louisa, que parecía desconcertada, y salió corriendo por la puerta.

«Por el amor de Dios, otra vez no».

Wentworth se hizo a un lado.

—Está claro que tus trucos psicológicos están funcionando a las mil maravillas.

—Funcionarán. Establecer buenos hábitos de comunicación lleva tiempo.

Y, con toda la dignidad que pudo, Elliot salió a cuatro patas de la oficina gritando «Cariño, Cariño» tras el perro.

Por dentro, se estaba muriendo.

El cachorro se subió de un salto a una silla del balcón y entonces…

Elliot se puso de pie, muerto de miedo.

—¡Cari, no!

Pero el perro ya se había subido a la barandilla. Si se caía hacia el lado del balcón por el que se había subido, lo haría sobre la alfombra y no pasaría nada. Si se caía hacia el otro… sería un

suicidio. ¡Y no veía bien! El perrete tenía mal la vista y quizá no percibía lo lejos que estaba de la planta de abajo.

Elliot intentó tranquilizarlo, pero cada vez que se acercaba a la barandilla, Cariño empezaba a dar brincos de alegría. Un paso en falso y…

Tragó saliva. No, no podía pasarle nada. Y no le pasaría nada. No lo haría.

—Ey, peque. Venga, ven aquí. ¿Quieres que te cante? Te cantaré una canción, va: «El perrito bonito…».

Elliot estaba sudando a mares.

La pesada mirada de Wentworth no ayudaba. Él y Louisa —y unos cuantos más— habían salido a ver qué ocurría. Se escucharon gritos de horror y todo; aunque, pensándolo bien, era posible que fueran suyos.

La voz le temblaba.

—Quizá debería ser el señor McAllister quien cantara —dijo Louisa.

Elliot la fulminó con la mirada.

Ella alzó ambas manos y añadió:

—Solo digo que, si fuera yo quien estuviera al borde de un precipicio y me cantaras así, me tiraría.

Wentworth se abrió camino, dejó a Louisa atrás y se sacó del bolsillo un paquete de las típicas galletitas que te dan en el avión.

—Cariño, toma, ven.

El perro se acercó a Wentworth por la barandilla. Sus patitas parecían de gelatina.

Elliot noto un retortijón en el estómago de puro miedo, y le costó lo indecible mantenerse en pie.

—Wentworth —le dijo en tono de súplica—. Por favor.

Wentworth se acercó a Cariño, que empezó a retroceder, su patita trasera resbalándose un poco y…

—Ni hablar, cachorrillo; no volverás a escaparte —dijo mientras lo cogía por el cogote y se lo colocaba contra el pecho.

Wentworth cerró los ojos y sostuvo al cachorro durante unos instantes, tiempo durante el cual el corazón de Elliot pasó de «velocidad salvaje» a «caótico, pero no taquicárdico».

Wentworth siguió abrazado a Cariño durante un rato más. Era increíble, ni siquiera lo conocía y ya parecía profesarle un amor enorme. Ese era el Wentworth que Elliot recordaba; el compasivo, el del corazón tan grande y generoso que podría albergar amor suficiente para todo el mundo.

Bueno, menos para Elliot, por supuesto.

Wentworth besó la parte superior de la cabeza del perro y la tensión abandonó sus hombros de forma visible. Pero entonces miró a Elliot y volvió a cuadrar su postura. Dio un paso hacia él y le entregó al cachorro.

Elliot susurró un «gracias» antes de rodear a Cariño con los brazos. Pero, a pesar de tenerlo abrazado, casi se le cae otra vez cuando Wentworth le rozó la mano para entregarle la correa.

Wentworth alzó la vista y se encontró con la mirada de Elliot. Cuando habló, su voz sonó fría:

—Quieres mucho a tu perro.

—No es mío. Pero sí, lo quiero.

—Pues esta vez intenta no dejarlo escapar.



Más tarde, Elliot se encontró con Louisa al salir del despacho de Brandon con Cariño bien sujeto.

—¿Estaba enfadado? —le preguntó ella en un susurro.

Elliot suspiró y negó con la cabeza.

—Tenía todo el derecho a estarlo, pero Brandon es la persona más compasiva del mundo. Quería conocer al granuja que la había liado parda antes en el balcón. Me ha dicho que, mientras lo tenga controlado y no vaya al plató, Cariño es bienvenido y puede formar parte del equipo de Pregúntale a Austen.

Louisa también suspiró.

—Si Brandon me mirara, solo eso, una mirada, me desmayaría.

—Creía que solo tenías ojos para cierto cantautor.

A ella se le iluminó la cara.

—¿Nos has oído flirtear? ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

Era como si alguien estuviera tocando un solo de batería en el estómago de Elliot.

Quince años. Hacía quince años de lo suyo. Era absurdo sentirse así, tan nervioso, tan agitado. Quince años era tiempo más que suficiente para que ambos hubieran sanado sus heridas. Pero a Elliot le sudaban las manos y le temblaban las rodillas.

Louisa arqueó una ceja, esperando su respuesta.

—Esto… Hum… Yo es que estaba centrado en Cariño, no sé.

—Bueno, pues yo creo que hubo coqueteo por su parte también. ¡Y cómo le ha salvado la vida a Cariño! Ha sido tan cálido y amable con todo el mundo… —Louisa lo miró con el ceño fruncido antes de añadir—: Excepto contigo. Contigo es diferente.

—Lo de Cariño lo ha dejado un poco fuera de juego. Solo eso.

—Podría ser, sí. ¿O tal vez lo que lo ha dejado fuera de juego ha sido encontrarse de nuevo con un compañero de clase? —dijo acompañando sus palabras con un ligero puñetazo en el brazo de Elliot—. ¿Cómo has podido callarte una información tan vital?

—¿Porque solo te conozco desde hace tres semanas?

—¡Pero habíamos estado hablando de él! —Acarició a Cariño en la cabeza—. Desde luego, él no ha tenido ningún problema en hablarme de ti.

Elliot casi se tropieza.

Ojalá no quisiera saber qué había dicho Wentworth de él, pero, por desgracia, era lo único en lo que podía pensar.

La intriga se lo iba a comer vivo. Tenía que preguntar. Iba a hacerlo. Mierda, iba a…

Por suerte, Louisa, bendita fuera, decidió darle la información sin necesidad de que Elliot tuviera que mendigar.

—Me ha dicho que estás tan distinto que casi no te reconoce.

Eso escocía.

—Distinto —murmuró Elliot. Y, en esa ocasión, permitió que el ardor que le quemaba la garganta subiera y consumiera sus palabras.

—Ahora desembucha y cuéntame todo lo que haya que saber del Wentworth McAllister adolescente. ¿Qué hiciste para que ahora no le gustes? ¿Eras un abusón o algo así?

Habían llegado al estudio de música que hacía las veces de su despacho y Elliot aprovechó que tenía que organizarle un espacio al perro para darle la espalda a Louisa y que ella no viera su expresión.

Así que estaba distinto… Pues Wentworth apenas había cambiado; o puede que sí lo hubiera hecho, porque parecía más alto, más vivaz y más guapo que nunca. Cerró los ojos.

No importaba. Que Wentworth lo viera como quisiera. ¿Y qué si Elliot estaba demacrado y parecía siempre cansado mientras que el escocés había florecido y se había convertido en algo que el mundo encontraba maravilloso?

«Estás tan distinto que casi no te reconoce».

Sus palabras dolían, pero… también eran una especie de cierre, como si ya pudiera pasar página. Y eso era algo bueno; sí, muy bueno. Le ponían los pies sobre la tierra, calmaban en cierto modo su enorme agitación.

Le había quedado claro. Wentworth no lo había perdonado. Elliot le había hecho daño. No había nada que reparar porque no había nada.

Eran dos piezas de puzle y ambas estaban rotas; nunca volverían a encajar.

«¡Quince años, Elliot! ¡Han pasado quince años! Esto es ridículo».

—Bueno, ¿y? —le preguntó Louisa, sentada cómodamente en el sofá.

Elliot esperaba que se le hubiera olvidado.

—¿Alguna vez trabajas, Louisa?

Ella sonrió.

—Hay problemas técnicos. No puedo volver al plató hasta que los solucionen. Ahora desembucha.

—Qué casualidad, justo el día que llega Wentworth.

—He jurado guardar el secreto. —Sonrió, orgullosa—. Venga, cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar. Apenas recuerdo nuestros años de colegio.

Un fuerte toctoc en la puerta abierta; Elliot y Louisa se volvieron hacia ella. Cameron. Y Wentworth.

Los habían escuchado. No había manera de que no lo hubieran hecho.

—Este es el otro estudio, es más pequeño, como ya te han dicho —explicó Cameron mientras la fría mirada de Wentworth encontraba la de Elliot y se clavaba en ella.

El teléfono de Cameron empezó a vibrar.

—Reunión urgente en el plató. Tú también tienes que venir —añadió, mirando a Louisa. Luego, se dirigió a Wentworth—: Señor McAllister…

—Llámame Wentworth, por favor. Todo el mundo debería hacerlo —dijo, sonriendo a Louisa.

—Wentworth —accedió Cameron—. Cotillea lo que quieras y dime dónde prefieres instalarte.

Elliot se puso en pie de un salto.

—¿Instalarse?

Cameron señaló a Elliot, pero siguió hablando con Wentworth:

—Como ves, estamos justos de espacio, así que elijas lo que elijas, me temo que tendrás que compartir estudio. —Luego, dedicó una cálida sonrisa a Elliot y, para él, añadió—: No te preocupes, los auriculares están maravillosamente insonorizados y te aislarán de todo.

Wentworth miró a la mesa de sonido, a Elliot, al perrete que dormía acurrucado junto a la maceta y, de nuevo, a la mesa de sonido. En un gesto de determinación que tensó su expresión, pareció decidirse. No volvió a mirar a Elliot.

—Este espacio se adapta mejor a mis necesidades.

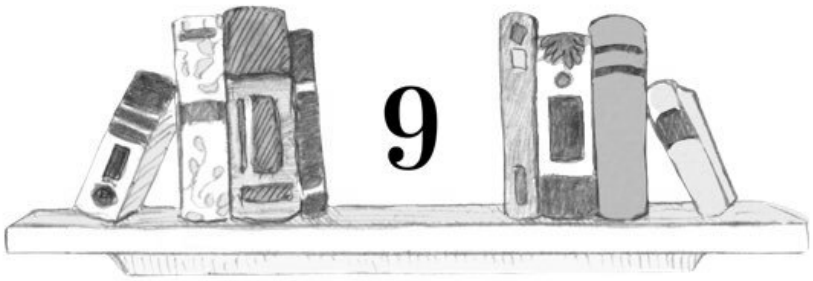
—Estupendo. Elliot, ¿puedes ayudar a Wentworth a instalarse? Louisa, ¿estás lista?

Louisa se marchó con Cameron, regalando una gran sonrisa a Wentworth al pasar a su lado.

El sonido de sus pasos se perdió por el pasillo y, entonces, Wentworth entró en la oficina y cerró la puerta de golpe con el pie.



Capítulo Nueve



«Brillante como la luz del sol.
Como la luz del sol llegó a quemar.
Me caí del cielo.
Y no sabía volar».
W. McAllister, *Aguijonazo al corazón.*

La puerta se cerró con un golpe seco y muy significativo.

Wentworth estudió su nuevo escritorio sin dejar de caminar de un lado a otro; tenía todo el cuerpo en tensión.

—Si este estudio se adapta mejor a tus necesidades, podría intentar que me cambiaran a mí de oficina —sugirió Elliot en un murmullo.

—No hace falta. Estás bien donde estás.

—No parece que quieras compartir espacio conmigo.

Los ojos brillantes de Wentworth se encontraron con los suyos.

—Puedo sobrevivir unas semanas. Dios sabe que es algo que se me da bien.

—Podría trasladar mis cosas al otro estudio.

—Tendrías que compartirlo también. Y no hay sofá.

—Me las arreglaría sin sofá.

—El tipo que trabaja en el estudio grande se dedica al montaje y ahora mismo no tiene ninguna película que montar. Y habla por los codos. Encima, mientras he estado allí, no ha parado de dar golpecitos en el suelo con sus zapatos de piel de cocodrilo.

—Sí, ese debe de ser Philip.

—Odias ese tipo de golpeteo constante.

—Puedo ponerme auriculares y…

—Quédate aquí. —Wentworth cerró los ojos durante un breve instante—. No quiero que la gente se pregunte por qué has dejado esta oficina. Somos adultos. No pasa nada porque compartamos espacio de trabajo.

Elliot entendió lo que Wentworth quería decir. La gente siempre estaba hablando de él, de su vida; tenía que ser agotador.

—Tienes razón. Somos adultos. ¿Cómo quieres que nos organicemos?

—¿Te reúnes con actores aquí?

—Solo cuando vienen a verme fuera del horario laboral. Utilizo el estudio sobre todo para el papeleo. Estoy en el plató casi todas las mañanas; luego vengo a la hora de comer y pasó aquí la tarde.

—Vale, me organizaré en base a eso.

El silencio que se hizo a continuación estuvo cargado de tensión. Elliot se dio cuenta de que su respiración había cambiado; la de Wentworth también. Se volvió a sentar en la silla giratoria y las ruedas chirriaron antes de rodar sobre el suelo. Wentworth lo miró.

Las líneas de expresión alrededor de sus ojos parecían pesarle, como si el mero hecho de mirarlo lo cansara.

—Entonces, ¿apenas recuerdas nuestros años de colegio?

Elliot se puso rígido de golpe; el comentario lo confundió y ese estado de agitación que se había relajado volvió a resurgir.

Se aclaró la garganta.

—No quería hablar con Louisa sobre nosotros. Siento si te he hecho daño con mi mentira.

—¿Daño? —Se rio—. Por supuesto que no me has hecho daño.

Elliot frunció el ceño. Wentworth apartó la mirada y la clavó en el escritorio.

—Ya nada me duele.

Nada le… ¿Quién era esta alma torturada? ¿Qué le había pasado para parecer tan resentido? ¿O era culpa de Elliot que fuera así?

—Quizá es conveniente que hablemos…

Wentworth intervino antes de que acabara la frase:

—Si estás pensando en sacar a relucir el pasado, más te vale que no lo hagas.

—Wentworth, soy consejero sentimental y eres tú quien ha sacado el tema…

—No. No digas nada más. No necesito terapia, y si la necesitara, tú serías la puta última persona con quien la haría.

Elliot dejó que el escozor se le extendiera por el cuerpo; dejó que picara. No pasaba nada. Todo estaba bien. Wentworth no estaba preparado para hablar de su pasado juntos. Y, puestos a ser honestos, Elliot tampoco. El día había estado lleno de sorpresas para ambos y era todo tan abrumador… Necesitaban tiempo.

—Si cambias de opinión…

—Voy a poner una regla. Si no recuerdo mal, siempre te han gustado mucho.

Elliot era consciente de que Wentworth se negaba a hacer contacto visual.

—¿Qué tipo de regla?

La sonrisa de Wentworth no parecía para nada divertida.

—De las que evitan expectativas poco realistas.

—¿Por qué me suena familiar?

—No, ahora a ti te toca decir: «¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar?

«Respira, respira».

—¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar?

—Las reglas están para que las respetemos, no para que nos gusten.

Elliot tragó saliva. Wentworth lo recordaba todo. Cada puñetera palabra que habían intercambiado.

—Pues dígame, señor McAllister, ¿qué regla quiere que siga?

«Yo también lo recuerdo todo».

Wentworth parpadeó, sorprendido por un momento, antes de que su mirada se oscureciera de nuevo.

—Quiero que intentemos tolerarnos, un pasito cada día.

«Tolerarnos». Intercambiarían saludos, se despedirían de forma educada y mantendrían sus interacciones al mínimo y corteses. Como si nunca hubieran sido importantes el uno para el otro.

—Y que no hablemos del pasado más allá de lo que haya ocurrido la semana anterior.

—De verdad que creo que en algún momento deberíamos…

—Prométemelo.

Elliot se levantó y cruzó el estudio hasta donde estaba Wentworth irradiando calor. Se detuvo a medio metro, levantó la barbilla y se encontró con aquellos ojos llenos de determinación.

—Como quieras, Wentworth.



Nunca creyó que estaría agradecido de que Beth Clay apareciera en su puerta. Las últimas horas de la tarde habían sido un horror. Wentworth, malhumorado, había organizado sus cosas en el

escritorio y se había metido de lleno a currar. Y ni una mirada a Elliot, por supuesto. Superincómodo todo.

—¡Claro que podemos hablar, Beth! Pero mejor vamos a otro sitio, no quiero molestar a mi compañero de oficina.

Elliot dio un saltito del susto que se llevó al oír la voz de Wentworth.

—No me molestáis. Podéis hablar, sin problema.

—Supongo que Beth quiere un poco de privacidad, así que…

—Uy, no, qué va; estoy bien —dijo Beth pasando por delante de él y entrando en el estudio sin quitarle la vista de encima a Wentworth, que estaba de espaldas, concentrado en su portátil, con los auriculares colgando del cuello—. No me importa quién escuche.

Terminó la frase recolocándose un mechón de pelo que ya estaba perfecto donde estaba. Ni un pelo fuera de lugar tenía.

—¿Y quién es tu nuevo compañero?

Elliot ahogó un gemido. Beth sabía quién era Wentworth. Seguro que lo había visto antes y había venido a echarle un vistazo, no porque necesitara su ayuda profesional.

—Beth, ¿por qué no tomas asiento y me cuentas a qué se debe esta visita?

—¿Qué? Ah…, sí, eso. —Se sentó en el borde del sofá tal y como había hecho antes; como si le repugnara—. Siento si antes te ofendí.

No parecía arrepentida en absoluto. De hecho, seguía mirando fijamente a Wentworth, como si estuviera deseando que se diera la vuelta.

—¿Sí? ¿Lo sientes? Lo cierto es que sería más creíble si me miraras mientras te disculpas.

Ella lo miró, irritada.

—Siento haber dicho que no sabes nada de relaciones porque apenas has tenido ninguna.

¿Se lo había imaginado o Wentworth había dejado de teclear?

—Relaciones románticas, quiero decir. Ginny, la de contabilidad, me dijo que saliste con ella la friolera de dos meses, y que puede que haya sido la pareja con la que más tiempo has estado.

Elliot se sonrojó; la silla de Wentworth crujió y, al mirar en su dirección, le pareció que se había girado un poco hacia ellos.

—Ya hemos hablado de esto, Beth. Estoy más que cualificado para hacer mi trabajo —dijo y, con una sonrisa temblorosa, añadió —: Y preferiría que no se especulara de forma tan insensible sobre mi vida privada.

Ella le hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Ya no eres el centro de atención; ahora todo el mundo habla de *ya sabes quién.*

—¿De Wentworth McAllister?

—Eso es.

Wentworth se dio la vuelta.

—¿Alguien ha dicho mi nombre?

Como si no hubiera estado escuchando cada palabra.

Beth sonrió y agitó las pestañas de forma exagerada.

—Todo el mundo habla de ti.

—¿Y qué dicen? —preguntó con una ceja alzada.

—Que eres todavía más guapo de cerca. La mitad de los tíos de Pregúntale a Austen esperan despertar tu interés.

Las facciones de Wentworth se tensaron; puede que fuera algo imperceptible para quien no lo conociera bien, pero Elliot lo notó.

—Me temo que se van a sentir decepcionados. Según mi experiencia, a los hombres no les interesan las relaciones largas. Son volubles; un día te quieren y al día siguiente no. Hace mucho que no salgo con un hombre y no veo que eso vaya a cambiar en un futuro próximo.

A Elliot se le cayó el bolígrafo al suelo. Se agachó para tratar de cogerlo con la esperanza de que el revoltijo que era su estómago en ese momento se le asentara.

—Bueno —dijo Beth, para nada decepcionada—. Los chicos estarán destrozados. Pero para nosotras, las mujeres, es un subidón tremendo.

—Dudo que tu marido esté de acuerdo —dijo Elliot entre dientes.

Ella se quedó mirándolo.

—Mi marido y yo tenemos una relación abierta. Él se acuesta con quien quiere y yo también.

Wentworth se aclaró la garganta.

—Yo prefiero la monogamia.

Beth hizo un mohín, pero, al segundo, se encogió de hombros.

Wentworth continuó hablando, y lo hizo con mucho entusiasmo:

—Pero estoy más que dispuesto a perder la cabeza por alguien. Me gustaría encontrar a una persona entre treinta y cuarenta años. —Su mirada fue directa a Elliot, como pidiéndole que prestara mucha atención a lo que iba a decir a continuación—: Que le gusten las muestras públicas de afecto y el sexo. Alguien amable, generoso e ingenioso. Alguien que quiera formar una familia conmigo y desee envejecer a mi lado. Alguien capaz de amar.

Elliot se quedó mirando el bolígrafo.

Entonces Wentworth se levantó, cerró el portátil y cogió su cartera.

—Esa es mi pareja ideal. No tiene que ser una persona perfecta, solo tiene que quererme bien.

Beth también se levantó.

—¿Conoces a alguien en la ciudad? ¿Dónde te alojas? Podemos ir a tomar algo después del trabajo, si quieres.

—Gracias, pero tengo planes. Y sí, antes vivía aquí. Acabo de instalarme en el que era el barco de mi padre y esta noche voy a ir a ver a un queridísimo amigo.

—¿También es famoso?

—El doctor Benwick trabaja en Urgencias. Las personas a las que salvó la vida lo adoran, así que tiene unos cuantos admiradores, sí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

A Elliot se le volvió a caer el bolígrafo, pero esta vez no se agachó a recogerlo. Se limitó a estremecerse ante las palabras de Wentworth.

—Porque soy uno de esos admiradores.



Elliot llevó a Cariño a casa; tenía el estómago revuelto, las emociones del día le habían pasado factura.

«Porque soy uno de esos admiradores».

Cada novia, cada mal día que había tenido, cada mínimo hito de la vida personal de Wentworth había aparecido en las revistas. *Aguijonazo al corazón* había sonado en todos los supermercados. Elliot había pensado que lo que se decía de él pintaba una imagen clara de cómo le habían ido las cosas desde que se fue.

Pero…

Había sugerido que el doctor Benwick le había salvado la vida. ¡La vida!

Se le aceleró la respiración y las casas de su calle se desdibujaron. Cariño percibió que algo le pasaba y le tocó el tobillo con una pata.

Elliot se apoyó en el tronco de un árbol y sujetó con fuerza la correa del cachorro antes de buscar a tientas su teléfono y llamar a Ethan.

—Me cago en la leche, Wentworth está en Port Rātapu.

—¿Lo sabes? —preguntó Elliot, sorprendido.

—Acabo de verlo en Twitter. Está trabajando en Pregúntale a Austen… ¿Lo has visto?

—Lo he visto, sí.

«No solo lo he visto, compartimos oficina».

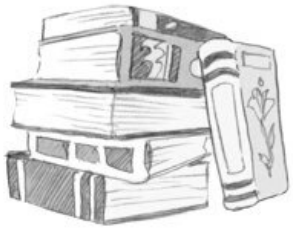
—¿Necesitas que vayamos?

—No, yo… Creo que primero necesito procesarlo. Pero nos vemos en el *brunch* de este finde. Toca en casa de Noah, ¿no?

—Eso es.

Elliot hizo una pausa y luego, en voz baja, preguntó:

—Tú me conocías en el colegio. ¿Crees…? ¿Crees que estoy muy cambiado?



El *brunch* llegó y se fue, y durante la semana siguiente Elliot y Wentworth parecían compartir todos y cada uno de los espacios existentes. Solo las mañanas suponían un respiro, porque era cuando Elliot trabajaba las escenas en el plató. Esas horas pasaban volando. Sin embargo, las que pasaba en el estudio de música…

Las llamadas que cada noche le hacían sus amigos, aquellas que le recordaban que «distinto» podía ser algo bueno, fueron lo único que lo mantuvieron cuerdo durante esa semana.

Una vez fueron tan íntimos, estuvieron tan unidos y tan en sintonía el uno con el otro… Y ahora, nada. Pensar que hubo un momento en sus vidas en que terminaban las frases del otro…

Ahora actuaban como dos desconocidos. No, eran peor que desconocidos. Porque nunca podrían volver a verse por primera vez. Apenas hablaban y, cuando lo hacían, no era de nada importante; «hola», «adiós», «¿te importa si…?». Wentworth era educado, eso sí; mucho. Y dolía.

Con Cariño, sin embargo… Con él era dulce y juguetón. Cada vez que Elliot salía de la oficina, Wentworth se arrodillaba y le hacía arrumacos.

Lo había pillado en múltiples ocasiones y, como intuía que Wentworth no quería que se supiera lo mucho que quería al cachorro, cuando llegaba a la puerta y lo veía, retrocedía unos pasos y armaba un buen alboroto para anunciar su llegada.

Wentworth volvía a su escritorio como un rayo y actuaba con indiferencia.

En los últimos días, los había empezado a visitar más gente de la habitual. Wentworth los animaba, los llenaba de luz. Siempre tenía historias que contar, divertidas o espeluznantes. Las narraba con esa

voz profunda y llena de matices; y hacía que los visitantes se sentaran y le concedieran toda su atención. Inspiraba risas y encima sabía escuchar. Su interés —cortés y real—hacía que quien hablara sintiera que su historia era digna de ser apreciada.

Durante aquellas visitas, Wentworth apenas miraba a Elliot. Ni siquiera dejaba que sus ojos vagaran en su dirección. Pero… Elliot sentía en lo más profundo de su ser que era imposible que se hubiera olvidado de que estaba allí. Era imposible que no se perdiera constantemente en recuerdos de su pasado juntos.

El viernes, tras terminar de repasar con los actores la escena de sexo más importante de la película, Elliot volvió al estudio de música y encontró a Wentworth charlando con Louisa. Ella estaba sentada en el lado izquierdo de su escritorio y él recostado en la silla frente a ella.

Elliot desvió la mirada lo más rápido que pudo y se sentó en el sofá. A su lado, en la mesita auxiliar, de nuevo había otro tentempié para él. Un *smoothie* verde, dos sándwiches de pollo con mayonesa —sus favoritos— y un *muffin* enorme de chocolate. Sonrió. Desde que Louisa le dijo que era consciente de que se le olvidaba comer si nadie se lo recordaba, había estado trayéndole la comida sin decirle nada. Y, tal y como estaban las cosas, estos avituallamientos suponían su momento más feliz del día.

Debería decirle que tenía intención de pagarle.

Dio un mordisco al sándwich y dejó escapar un gemido de placer. Lo que —como cada día— hizo que Wentworth lo mirara. Y puede que fuera su imaginación —o su tripa feliz hablando por él—, pero sus ojos parecían más suaves.

Sin dejar de hablar con Louisa, Wentworth buscó su mirada e incluso le hizo un gesto, señalándose la barbilla con el dedo; el signo universal para «a lo mejor necesitas una servilleta».

Elliot se limpió el hilillo de mayonesa que le caía desde el labio inferior y se hundió más en el sofá para degustar su sándwich.

—¿Fue duro irte a Hollywood y empezar a componer allí? —preguntó Louisa.

—El cambio me vino muy bien.

—¿No estabas abrumadísimo? ¿No tenías miedo de cagarla?

—Estar abrumado fue una bendición. En aquella época, lo único que quería era estar ocupado; y lo estaba, tanto que no podía pensar en otra cosa que no fuera el trabajo.

—Me gusta Hollywood, como idea —dijo Louisa—. Pero no es mi objetivo en la vida.

—¿Cuál es tu objetivo en la vida?

—Formar una familia. El reloj biológico me empieza a hacer tictac.

—No aparentas más de treinta años.

—Súmale cinco —contestó ella antes de que algo vibrara—. Mierda, se me acabó el descanso. —Luego, miró a Elliot y añadió—: ¿Lo de esta noche sigue en pie?

Elliot asintió, antes de decir:

—Organizamos el tema «coches» como siempre, ¿no?

—*Sip* —contestó ella, y se bajó del escritorio.

Elliot le sonrió.

—Por cierto, gracias por las comidas. Luego te pago lo que te debo.

Louisa frunció el ceño.

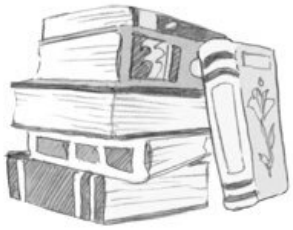
—¿Las comi…?

—No me ha quedado claro —dijo Wentworth, cortando a Louisa —, ¿estoy invitado a las copas de los viernes o no?

—Por supuesto que estás invitado —contestó ella con una sonrisilla.

Elliot apenas se dio cuenta de que Louisa salía de la oficina, tenía la mirada clavada en el perfil de Wentworth que, a su vez, tenía los ojos fijos en la puerta; pero, por algún motivo, parecía que su concentración estaba en su visión periférica, en él. Y durante unos instantes Elliot debatió consigo mismo sobre si debía decirle que se acababa de dar cuenta de que era él quien le traía las comidas, o si debía dejarlo estar.

Wentworth tomó la decisión por él, dándole la espalda con brusquedad y poniéndose los auriculares.



AUN ASÍ, ELLIOT NO SE LO QUITABA DE LA CABEZA.

Tenía que decir algo.

Si Wentworth no quería hablarlo de viva voz, vale, había otro canal de comunicación disponible. No era su opción favorita, pero era útil.

Al entrar en la plataforma de mensajes de la empresa, Wentworth aparecía «en línea» y Elliot abrió un chat privado.

Elliot: Wentworth…

Wentworth se movió en su silla, que chirrió, haciendo que Elliot levantara la vista y lo viera leyendo su mensaje. Empezó a teclear.

Wentworth: Solo es comida.

Elliot: Aun así.

Wentworth: No es nada. Me sobra el dinero.

Elliot: Gracias.

Wentworth: Parece que necesitas que cuiden de ti.

Elliot: Gracias por traerme la comida, Wentworth.

Wentworth frunció el ceño y cerró el portátil.

Giró en su silla, el pecho le subía y bajaba de forma evidente, como si quisiera decir algo, pero algo pesado lo contuviera. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Apartó la mirada, frustrado.

—¿Dónde está Cariño hoy?

—Mary tenía el día libre. Quería que se quedara en casa con ella.

—Ah.

—¿Lo echas de menos? —le preguntó Elliot en tono divertido.

Wentworth frunció el ceño sin apartar la vista de sus botas.

—Sí.

—Volverá la semana que viene. Mary está feliz de que los vecinos no la llamen todo el rato para quejarse de sus ladridos.

Tras un asentimiento, Wentworth cogió su teléfono y se lo metió en el bolsillo.

—Tengo que… Adiós. Nos vemos en las copas de esta tarde.

Elliot parpadeó hacia el espacio donde un segundo antes había estado Wentworth.



Cuando salió del trabajo, Elliot se metió en el coche con el café que había comprado en Tranquil Café y le dio un sorbo. Estaba demasiado caliente, así que lo dejó en el portavasos y aprovechó para echar un vistazo a sus correos electrónicos. Louisa le envió un mensaje diciéndole que seguía en el plató y que se uniría a ellos más tarde.

Vio salir del aparcamiento el coche de Cameron y Henry, quienes lo saludaron y le hicieron un gesto con la mano que venía a decir «ahora nos vemos».

Les contestó con un asentimiento de cabeza y, cuando los perdió de vista, apoyó la cabeza en el volante y gimoteó durante un buen rato. ¿Por qué estaba tan nervioso por las copas *after work* si ya había ido a varias?

La puerta del copiloto se abrió y un soplo de aire fresco y con olor a lluvia inundó el coche. Elliot levantó la cabeza al mismo tiempo que Wentworth se sentaba y daba un respingo al verlo a él al

volante. La sorpresa hizo que se olvidara de su exquisita educación y soltó un par de improperios.

—¡Lo siento! No sabía que era tu coche. Louisa me dijo que me subiera al Mercedes verde.

Wentworth echó un vistazo al asiento trasero, como si esperara que hubiera alguien escondido allí.

—No, está bien —dijo Elliot—. Soy yo quien suele llevar a Louisa. Ella bebe y yo no. Por eso he venido hoy en coche al trabajo.

Wentworth lo miró.

—¿Para hacer de chófer?

—Eso mismo.

—¿No bebes?

—Hace mucho que no.

Desde que acabaron el colegio.

—Yo me tomo alguna cerveza de vez en cuando.

—Pues el sitio donde vamos tiene buena cerveza, o eso dice todo el mundo. Abróchate el cinturón y vamos a que te pidas una.

Wentworth se puso el cinturón y Elliot se quedó mirando su camisa verde militar, que dejaba entrever el cuello de la camiseta blanca que llevaba debajo y un destello del vello de su pecho. Parecía enorme en el asiento del copiloto, pero… encajaba.

—Veo que has reemplazado la vieja chatarra que conducías antes.

—Seis meses más me duró —dijo Elliot en tono divertido.

Al darse cuenta de que había roto las reglas, Wentworth se aclaró la garganta y cambió de tema.

—Así que tienen buena cerveza, ¿eh?

«Oh, Wentworth».

Elliot cogió su café y le dio un sorbo para disimular su enorme y repentino nerviosismo y, entonces…, la tapa se salió y el café se le cayó sobre la camisa y el regazo. Siseó.

«Joder, joder, quema, quema».

Wentworth se abalanzó sobre la consola que separaba sus asientos y le agarró la camisa por la zona de los botones, separando la tela empapada y caliente de su piel.

—Quítate los pantalones, rápido.

Elliot dejó caer el vaso ya vacío al suelo y se bajó los pantalones hasta las pantorrillas. Wentworth le deslizó sus frías manos por los muslos, provocándole un suspiro de alivio.

—Tienes la piel un poco rosa, pero no hay quemaduras.

Wentworth estaba concentrado en sus muslos, la preocupación evidente en su mirada; lo inspeccionaba muy de cerca para asegurarse de que no había pasado nada por alto. Las palmas de sus manos, ya tibias por el contacto, fueron sustituidas por sus fríos nudillos, que aliviaron la piel enrojecida de Elliot al instante.

Cerró los ojos y rogó que su escalofrío no fuera evidente. La sensación de las manos de Wentworth sobre él… Siempre lo había tocado con impaciencia, con propósito, con deleite. Siempre se había asegurado de avivar cada terminación nerviosa de su cuerpo.

El recuerdo de su tacto era muy intenso, pero no era nada comparado con la gloriosa presión de sus manos en la vida real.

Cuando abrió los ojos, Wentworth se miraba las manos con el ceño fruncido y, en un rápido roce que le hizo cosquillas en el muslo, se las quitó de encima.

—¿Y cómo es que estás tomando café tan tarde?

No había podido contenerse. No había sido la necesidad de cafeína la que lo había llevado hasta allí, sino la necesidad de imaginarse a Wentworth en la cafetería. Había visto la etiqueta del *smoothie* y había ido directo al establecimiento.

Podría haber dicho que no quería nada, que solo estaba comprobando algo; y eso hubiera hecho si hubiera tenido la cabeza donde debía. Pero había estado en las nubes imaginándose a Wentworth haciendo cola todos los días en hora punta para comprarle su comida favorita. Había menús de oferta, pero él elegía entre las cosas que creía que más podían gustarle.

—Un antojo.

Wentworth cogió el vaso del suelo y se quedó mirando el logotipo de la cafetería.

—¿Te gusta este sitio, entonces?

Elliot lo miró.

—Me encanta; muchísimo.

Wentworth asintió y, tras inhalar con intensidad, dejó el café vacío en el portavasos.

—¿Vives lejos? Lo digo porque quizá quieras cambiarte.

Elliot se quitó con torpeza los pantalones y se los entregó a Wentworth, que los dobló con meticulosidad. Con los zapatos de vestir aún puestos, la camisa mojada y en bóxer, Elliot rodeó con un brazo el respaldo del asiento del copiloto y salió marcha atrás del aparcamiento.

Menos de un minuto después, aparcó delante de su casa.

Wentworth lo adelantó y avanzó por el camino de entrada como solía hacer en el pasado.

—¿Sigues viviendo con tu madre o tienes ropa aquí por si acaso?

Elliot introdujo la llave en la cerradura y mantuvo la puerta abierta mientras Wentworth entraba. Le notó en la espalda cómo respiraba hondo e inhalaba el aroma de su casa. ¿Le resultaría familiar?

—Ahora es mía.

—¿Tuya?

El resto de la pregunta flotó en el aire, y Elliot la respondió:

—La heredé.

Wentworth se giró hacia él de forma tan abrupta que Elliot se chocó contra su pecho. El contacto lo sobresaltó, saltaron chispas, y se echó hacia atrás con rapidez. Unos ojos azul marino lo miraban, angustiados.

—Dios, Elliot. Lo siento mucho. Sé cuánto la querías.

La compasión de Wentworth desencadenó algo en su interior que tenía muchas probabilidades de convertirse en un sollozo. Creía haber derramado todas las lágrimas posibles por su madre, pero la compasión de Wentworth —esa que tanto ansiaba— desbloqueó una parte de él que no sabía que estaba ahí.

—Era muy divertida —continuó Wentworth—. También podía ser muy mordaz.

Elliot tragó saliva.

Wentworth entró en la sala de estar y respiró tan hondo que… No. Elliot no podía soportarlo más.

—Disculpa.

Salió a toda prisa hacia su habitación y cerró la puerta tras él lo más rápido que pudo. «Treinta segundos. Eso es lo que tienes para recomponerte».

Se dejó caer contra la puerta y se frotó las palmas de las manos en la alfombra.

«Puede que no te haya perdonado», se dijo. «Pero de verdad siente que tu madre haya muerto».

Y estaba ahí, en su casa. Otra vez. No había duda de que él también estaba recordando cosas.

Puede que no estuviera preparado para hablar del pasado, pero sin duda estaba pensando en él.

Elliot se tomó un momento para valorar la enormidad de sus sentimientos, lo contradictorios que resultaban: el dolor de perder a su madre; el dolor —aún lacerante— de haber alejado a Wentworth cuando más lo necesitaba a su lado; el miedo —ese miedo agonizante— de no haber superado su relación y de no saber si lo haría alguna vez; y la esperanza…, esa esperanza desesperada de que tal vez Wentworth tampoco lo hubiera superado.

Anhelo. Puro anhelo.

Imaginaciones suyas, su mente hiperactiva tratando de descifrar cada expresión de Wentworth. El hecho de que Elliot se hubiera sabido cada gesto y cada matiz de su cara en el pasado no quería decir que en la actualidad tuvieran el mismo significado. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos. Demasiados años. Demasiado… todo.

Wentworth llamó a la puerta y él sintió la vibración de la madera hasta en el alma.

—Tienes un visitante dando saltitos en la puerta principal; cuando puedas.

Un ladrido emocionado lo hizo sonreír. Se levantó y se vistió. No se molestó en ducharse —el aroma del café no era desagradable en sí mismo y las puñeteras tuberías seguían dándole problemas—, se puso los vaqueros que se había comprado el fin de semana anterior y una camisa nueva.

Se miró al espejo y le gustó el resultado; no era un gran cambio, pero estaba bien.

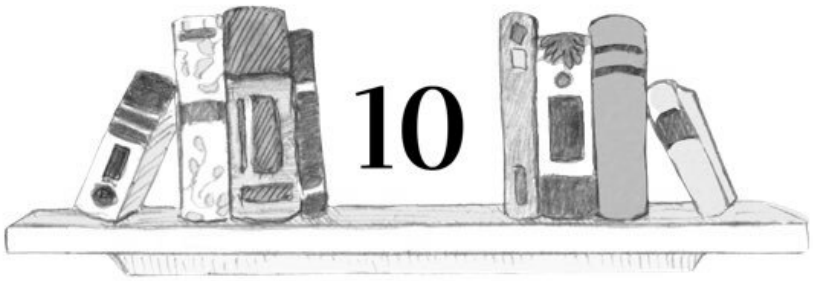
Negó con la cabeza. ¿Por qué había tenido que esperar a que Wentworth volviera para renovar su vestuario?

Las cosas que uno hacía por…

Las cosas que uno hacía. Punto.

Se atusó el pelo y se dirigió a la puerta. Miró una vez más su reflejo por encima del hombro, asintió y giró el pomo.

Capítulo Diez



«Esa sonrisa, siempre brillaba.
Ahora ya no está».
W. McAllister, *Aguijonazo al corazón.*

Aún no había llegado a la puerta principal, cuando Wentworth y Cariño, llenísimo de barro, por cierto, lo vieron.

Wentworth parpadeó varias veces; parecía atónito. Hasta dio un paso atrás por la sorpresa. Cariño, sin embargo, se abalanzó hacia él con sus sucias patas.

Elliot hizo una mueca, preparándose para que el cachorro le llenara su ropa nueva de barro, pero eso nunca llegó a suceder. Wentworth lo agarró antes de que se le subiera encima.

Levantó al cachorro con cuidado y le susurró que era de mala educación poner sus patas sucias sobre alguien recién vestido con ropa limpia. Lo sacó fuera y se sentó con él en el porche mientras Elliot se ponía unas deportivas informales.

A Elliot se le aceleró aún más el corazón. La voz de Wentworth era tranquila y firme mientras le explicaba a Cariño por qué no era apropiado que entrara corriendo en la casa sin antes limpiarse las patitas en el felpudo de la entrada. Era una tontería, por supuesto, pero era muy dulce. Elliot podía imaginárselo como un padre paciente y divertido. Quería darle las gracias por ser tan considerado; por cómo había cogido en brazos a la fierecilla y por cómo seguía entreteniéndolo mientras no dejaba de acariciarlo entre las orejas.

Wentworth miró hacia atrás y, al ver a Elliot ya listo, se puso de pie.

—Le dije a tu vecina que le llevaríamos a Cariño cuando nos fuéramos.

—Necesitas tu dosis diaria, ¿eh?

—Es cierto, es adictivo. —Su mirada recorrió a Elliot de nuevo de pies a cabeza. Y en cada parte donde se posaron sus ojos, él sintió un cosquilleo—. Estás… —Apretó la mandíbula y apartó la mirada—. Deberíamos irnos.

No volvió a mirarlo. Mantuvo los ojos fijos en cualquier sitio que no fuera él: en el cachorro, en el salpicadero del coche, en su cerveza; y, luego, en Louisa, que apareció en el bar diez minutos después que ellos.

Esa noche solo eran cinco: Louisa, Wentworth, Cameron, su novio Henry y él.

Henry y Wentworth, ambos de personalidad arrolladora, tenían embelesado a medio *pub*. La gente no dejaba de acercarse a su mesa; se tomaban algo con ellos, encantados de tener su atención. Porque ambos respondían a todo con amabilidad y simpatía. Pero la atención real de Henry —sus sonrisas furtivas y sus aún más furtivos

susurros— era toda enterita para Cameron; que se sonrojaba y no paraba de subirse las gafas. La atención de Wentworth, en cambio, estaba en todas partes menos en Elliot.

Por el sonido de sus enormes carcajadas, Louisa lo tenía entretenido; pero, aun así, había cierta rigidez en su postura.

Elliot no podía evitar pensar que a Wentworth no le gustaba *taaaaanto* Louisa. Le gustaba, sí, eso estaba claro; aunque parecía que intentaba parecer más interesado de lo que en realidad estaba. Si Elliot comparaba su actitud actual con cómo solía ser en el pasado…

¿Quizá sus celos estaban haciendo acto de presencia y hablando por él?

—¿No os parece injusto? —preguntó Louisa—. Nosotros cuatro flirteando y el pobre Elliot de sujetavelas. Vamos a ver, ¿quién podría pegar contigo?

—Louisa —dijo Elliot—. Estoy bien.

Ella bufó.

—No me lo creo. ¿Qué me dices de la chica de las horquillas de mariposa que está junto a esa ventana? ¿O te apetece más un hombre? Hay un *twink* monísimo al lado de la mesa de billar.

—No me atraen los *twinks*.

—¿Porque tú lo eres? —preguntó Louisa.

Wentworth se atragantó con su cerveza y Elliot le dio una palmada en la espalda. Fue como un acto reflejo, apartó el brazo en cuanto se percató de lo que hacía.

—Soy un poco mayor para pasar por *twink*.

—Pero eres monísimo. —Louisa frunció el ceño e hizo un gesto con la mano señalando el interior del bar—. ¿Cuál es tu tipo entonces?

—No se trata solo de algo físico, Louisa.

—Pero también importa. —Ladeó la cabeza—. ¿Te gustan los hombres altos y grandes, como Wentworth, por ejemplo?

Elliot enmudeció.

Wentworth también se quedó callado durante unos instantes, luego soltó un carcajada tensa y dijo:

—El silencio lo dice todo, ¿eh? No quiere ofenderme diciendo que no. No te preocupes, Elliot. No me ofendo. —«Ya no», pareció decir —. Yo tampoco te elegiría a ti.

Louisa se rio.

Elliot se levantó con brusquedad de la silla, que chirrió sobre el suelo.

—Yo, eh, me toca esta ronda.

Pidió lo que estaba tomando cada uno y se alegró cuando el camarero se tomó su tiempo en preparar las bebidas; la espera le ayudó a controlar las ganas de llorar.

Miró hacia atrás y vio a Wentworth contándoles una de sus historias, con Louisa sentada sobre su muslo.

Se entretuvo echándole una mano al camarero, colocando las cervezas y los cócteles en la bandeja. Agradeció el frío momentáneo de los vasos —humedecidos por la condensación— porque, de alguna forma, ayudó a despejar sus pensamientos sobrecalentados.

Contó las bebidas y sintió cierto alivio al ver que faltaba una. La pidió y esperó. Tuvo la extraña sensación de que lo observaban. Era Wentworth, eso lo sabía seguro por los escalofríos que le recorrían la columna vertebral. Pero ¿por qué lo miraba durante tanto tiempo? ¿Estaba catalogando lo mucho que había cambiado con la edad? ¿Intentaba ver más allá de la ruina en la que se había convertido? ¿Buscaba su antigua cara, su cuerpo de antes, ese del que había besado cada centímetro? ¿Ese rostro que una vez le pareció atractivo?

Cuando las bebidas estuvieron listas y se le agotaron las excusas para demorarse más, levantó la bandeja y se dirigió a su mesa. Wentworth se había dado la vuelta, Louisa ya no estaba sobre su pierna y su conversación en voz baja flotó hacia él a medida que se acercaba a donde estaban.

Wentworth les estaba preguntando a los demás si Elliot tenía muchos amigos. «Buenos amigos», habían sido sus palabras exactas.

Todos se quedaron callados. Elliot se sonrojó. Pero… sí que tenía amigos. De los de verdad. De los que habían visto lo mejor y lo peor de él y seguían organizando *brunchs* con él cada fin de semana. Las

personas que se habían quedado sin palabras en ese bar sin saber cómo responder a la indiscreta pregunta de Wentworth, solo lo conocían desde hacía tres semanas. ¿Cómo iban a saberlo?

Elliot llegó a la mesa y repartió las bebidas.

—Voy a devolver la bandeja.

Wentworth se levantó y le cedió su silla.

—Siéntate. Voy yo.

—No, está bien. Yo me encargo.

Huyó de nuevo hacia la barra y, una vez allí, se preguntó por qué no había ralentizado un poquito más el paso y tardado más.

—¿Ya estás de vuelta? ¿Tan pronto?

Elliot miró al camarero. Era alto, de piel oscura, con el pelo corto a los lados, pero más largo por la parte de arriba. Tenía los ojos negros llenos de humor y sus labios dibujaban una preciosa sonrisa con hoyuelos. Era muy muy atractivo, y cuando le guiñó un ojo…

Hacía tiempo que nadie coqueteaba con él y la atención le pareció… bienvenida. Elliot sonrió.

—Eres guapísimo, pero ya no me van los chicos.

—¿«Ya»? ¿Acabaste mal con alguno?

—Podría decirse que sí.

—Es una lástima.

—No creo que pases mucho tiempo soltero con una sonrisa como esa —dijo Elliot—. Solo que no seré yo quien se enamore de ella.

—¿Estás seguro?

—Cien por cien.

Elliot volvió a su mesa, pero al descubrir a Wentworth mirándolo fijamente, casi se tropieza. Ya debería haber apartado la mirada.

—¿Quién es? —le preguntó Wentworth en voz baja.

—Nadie.

—Se estaba riendo de lo que sea que le has dicho.

Elliot lo miró de soslayo y levantó su zumo de naranja.

—Soy un tío gracioso.

—Oye, Elliot —los interrumpió Louisa—. Estábamos pensando en hacer senderismo este fin de semana. Haríamos el recorrido que va por el lazo este del *town belt* hasta la cumbre y vuelta. ¿Quieres venir con nosotros?

—Siempre que no me lo pidas por lástima, porque resulta que crees que no tengo amigos.

Todos se callaron.

Wentworth dejó escapar un suspiro.

Elliot lo miró y trató de mantener una expresión neutra.

—Tendría que ser el sábado; los domingos quedo siempre para comer, y no puedo faltar, porque estamos organizando una boda y no queda nada para el gran día. Es en primavera.

—Debe haber algo en el agua. Mi padre y su novio también están pendientes de una gran boda a la que irán en primavera.

—¿Quizá sea la misma? ¿Quién es tu padre? —preguntó Elliot.

—Darcy Tilney y…

—Espera, espera ¿Darcy es tu padre? Bennet viene a comer con nosotros de vez en cuando.

Henry se rio, feliz.

—El mundo es un pañuelo.

—Pues sí; yo fui al instituto con Finley, él y Bennet son muy amigos.

Wentworth se giró para mirarlo.

—¿Finley? ¿Seguís siendo amigos?

—Sí. Se va a casar con Ethan.

—¿Qué? ¿No eran hermanos*?*

—Hermanastros. Y ahora casi maridos. La boda es en unos meses.

Wentworth frunció el ceño, como si estuviera intentando recomponer los años en los que habíamos estado separados; como si intentara averiguar cuándo se podría haber forjado esta amistad, esta relación estrecha con quienes un día fueron compañeros de colegio.

—Cuando empezaron a vivir juntos se mudaron a la casa en la que ahora vive Mary. Fuimos vecinos durante unos años. Ahí es donde empezó todo.

—Vaya… Guau. ¿Vas a ir solo?

Qué giro tan interesante. Pero no; Elliot no se vendría arriba.

—La invitación incluye a un acompañante.

—¿Quién es tu acompañante?

Elliot se quedó mirándolo.

—Aún no lo sé. ¿Te estás ofreciendo a venir conmigo?

Wentworth dirigió la vista a su bebida.

—Puede que tu amigo el camarero vaya contigo.

—Vale, pero ¿qué pasa con lo de mañana? —preguntó Louisa—. ¿Vienes o no, Elliot?

Elliot los miró a todos uno por uno hasta llegar a Wentworth, que estaba cabizbajo concentrado en su cerveza.

—Es un camino circular, mi casa está muy cerca del inicio, recogedme cuando queráis salir.



¿Qué se estaba haciendo a sí mismo?

Estaba jugando con fuego. Debería haberse negado, haber dejado que fueran ellos a su bola. No necesitaba presenciar más de… lo que fuera que estuviera pasando entre Wentworth y Louisa. Se suponía que tenía dos dedos de frente.

Pero, el hecho de que hubiera estudiado Psicología y comprendiera que la gente a veces hacía cosas que no eran saludables para ellos, no significaba que fuera menos susceptible a hacerlas él mismo. El corazón lograba encontrar la forma de anular el sentido común, y Elliot había sucumbido de inmediato.

Quería estar cerca de Wentworth. Le gustaba sentir que su alma volvía a la vida. «Aunque sea unilateral», le susurró a su reflejo en el espejo; se acababa de duchar —con agua fría, eso sí, puñeteras tuberías— y ya estaba listo para salir.

Sonó el timbre y Elliot salió disparado hacia la puerta.

Esperaba encontrárselos a todos apiñados en el porche, pero, en lugar de eso, las únicas botas sobre su felpudo eran las de

Wentworth. Llevaba unos pantalones cortos, una camisa abierta sobre una camiseta ajustada y una mochila a la espalda. Aún tenía barba, pero la llevaba un poco más corta. Siempre había sido guapo, pero la primera vez que Elliot había visto esa barba… Había sido en un supermercado, en el pasillo de las revistas; pasó largos minutos sin poder apartar la vista de la portada. Había sido duro verlo pasar página, ver lo sexi que era en cada cosa que hacía; pero había sobrevivido pensando que él había sido su primero en todo.

Sin embargo, no sabía cómo sería sentir su barba contra la cara interna de los muslos y los celos se lo comían vivo. Notaba una bola de fuego ardiente y dolorosa en las entrañas. Se lo había imaginado cientos de veces, eso sí.

No sabía por qué había aceptado hacer senderismo con esta gente. Iba a ser una tortura.

—¿Dónde están los demás?

—¿Decepcionado?

En absoluto. Elliot lo miró con una ceja alzada.

—¿Quieres que te responda con total honestidad?

Wentworth se quedó muy quieto antes de meterse las manos en los bolsillos y responder:

—Están en el aparcamiento. No sabían dónde vivías y yo sí. Me ofrecí a venir a buscarte.

—Venga, pues vamos. —Elliot cogió su parka del perchero y se la puso.

Acababa de cerrar la puerta cuando Mary salió de su casa y lo saludó con excesivo entusiasmo desde el porche.

—Mary.

—Me alegro de haberte pillado —dijo, nerviosa.

Mary siempre estaba muy roja y muy nerviosa.

—Dame un segundo.

No quería gritar de una casa a otra con una valla de por medio, así que le hizo un gesto con la cabeza a Wentworth para que lo siguiera y ambos se encontraron con Mary en su porche.

Ella les sonrió y sus ojos fueron del uno al otro con curiosidad.

—Ayer también te vi. Elliot, ¿es tu…?

—Compañero de trabajo —atajó Elliot, manteniendo la sonrisa de milagro.

—¿Y dónde vais tú y tu guapísimo compañero de trabajo?

Sus ojos se clavaron en Wentworth como si lo reconociera de algo pero no supiera de qué.

—A dar una caminata por el bosque —contestó él.

Eso hizo que a Mary se le iluminaran los ojos.

—Ay, pero qué bien. —Miró a Elliot—. Puedes llevarte a Cariño.

Luego volvió a mirar a Wentworth y lo hizo como si fuera algo comestible.

—A Cariño le encanta salir y hoy estoy muy ocupada. He quedado en ir a casa de una amiga y es alérgica a los perros, lo que significa que tendría que dejar al pobre cachorrito aquí y…

—Nos lo llevaremos, Mary —dijo Elliot de forma cortante antes de llamar a Cariño, que salió corriendo hacia ellos—. Pero no entiendo por qué tienes un perro si nunca tienes tiempo para estar con él. Ni para entrenarlo.

Ella lo miró boquiabierta.

—¡Elliot! Yo adoro a Cariño.

—Eso dices, pero… —dijo, e introdujo la mano por la puerta abierta para coger la correa del gancho de la entrada del que sabía que estaba colgada—. Los hechos demuestran más que las palabras; mucho más.

Elliot le puso la correa y se encontró con las miradas de Mary y Wentworth fijas en él. Ella, colorada y avergonzada; él, pensativo.

—¿Listo? —preguntó Elliot.

Wentworth dio un paso fuera del porche.

—Sí. —Se despidió de Mary con un amable asentimiento de cabeza que hizo que Elliot se sintiera un poco tonto y, luego, añadió —: Cuidaremos bien de él, Mary.

Ella bufó, pero al parecer no estaba lo bastante indignada como para cambiar de opinión respecto a que se llevaran al perro. Cerró la puerta de un portazo.

—Vamos a pasar por casa y te cogemos las galletitas que tanto te gustan —le dijo Elliot a Cariño antes de besarlo entre las orejas.

Wentworth extendió los brazos para cogerlo y hacer lo mismo. Elliot se estremeció ante el dulce beso que le dio al perro; justo en el mismo sitio en el que él lo acababa de besar.

Wentworth lo miró.

—Lo sé. Podría haber tenido un poco más de tacto.

—Le dijiste lo que pensabas —dijo Wentworth con la voz ronca y un deje de tristeza—. Y eso es importante.



Haber accedido a esto había sido una pésima idea.

Cameron y Henry caminaban a paso rápido por el bosque, a la cabeza, y Elliot iba detrás de todos con Cariño, intentando poner distancia entre él y el espectáculo que estaban montando Wentworth y Louisa.

No hacían más que detenerse a ver cosas. Trepaban a los árboles y cogían hojas que luego comparaban, o hacían fotos de crías de pájaros en sus nidos.

A Elliot le sorprendió lo mucho que Wentworth sabía sobre follaje, hojas, árboles… ¿Era algo nuevo? ¿Un interés adquirido durante el tiempo que habían pasado separados? ¿Qué otros *hobbies* tendría ahora?

Por fuera no había cambiado mucho. ¿Cuánto habría cambiado por dentro?

Louisa no dejaba de tocarlo; lo agarraba del brazo, se apoyaba en él, se reía y le pedía que la llevara a caballito. Tenía treinta y cinco años, por el amor de Dios, que dejara de comportarse como una adolescente.

«Muestra la misma madurez que tú al aceptar esta invitación».

Louisa empezó a bajar un pōhutukawa de enormes ramas, se detuvo en la bifurcación del tronco y se quedó mirando a Wentworth.

—Venga, salta —Wentworth se rio—. Yo te cojo.

Ella saltó; Wentworth la agarró con destreza y la puso en tierra firme. Elliot se detuvo a medio paso, transportado de golpe a todas las veces que Wentworth le había dicho eso.

«—¡Ahí está mi abejita!

Elliot se rio desde la mesa de la fiesta de fin de curso sobre la que estaba subido, un poco achispado, pero muy muy feliz.

—En las sabias y ligeramente adaptadas palabras del inmortal doctor Seuss: "Oh, la de lugares que nos quedan por conocer"».

Wentworth extendió los brazos hacia él, diciéndole:

—Deja que yo te cuente todos los lugares que a ti y a mí nos quedan por conocer. Salta, yo te cojo.

Elliot sonrió y, sin dudar, saltó a los brazos de su novio. La risa en su oído le hizo cosquillas.

—¿Has cogido unos kilitos, amor?».

Fue sacado de su recuerdo cuando Louisa le apretó el bíceps a Wentworth y guiñó un ojo a Elliot, feliz de la vida.

—Lo que nos gusta un hombre lo bastante fuerte como para cogernos al vuelo, ¿eh?

Cariño ladró indicando su acuerdo.

Elliot sintió un alivio enorme cuando por fin se detuvieron para comer algo. No tanto por la comida en sí misma, sino porque por fin Louisa dejaría de saltar sobre Wentworth.

Malhumorado, se metió el sándwich casi entero en la boca. Y entonces vio los ojos asombrados de Wentworth sobre él.

No había forma elegante de tragar.

—Estoy hambriento —se excusó.

Y era cierto; lo había estado toda la semana. Era como si hubiera redescubierto el placer de comer.

Wentworth soltó una risita y le puso la segunda mitad de su propio sándwich en la mano.

—Yo…

—Cómetelo.

—Gracias.

Wentworth acarició a Cariño, que mordisqueaba sus galletitas feliz junto al tronco caído que había entre ellos.

—Wentworth —dijo Louisa, poniéndose de pie. Señaló la arboleda a sus espaldas—. Mira, avellanos.

Desaparecieron entre los árboles. Sus voces se fueron apagando a medida que se adentraron en la avellaneda, pero pronto emprendieron el camino de vuelta y Elliot, con Cariño en su regazo, pudo escuchar su conversación:

—Así que acogí a la gata —dijo ella—. No puedo comprender que la gente sea tan voluble. Es horrible. Si decides acoger a un nuevo miembro en tu familia, no puedes cambiar de opinión. Yo sería incapaz de echarme atrás en algo a lo que me he comprometido. Cuando tomo una decisión, no importa lo que venga, vivo con ello. Dar la espalda a Slinky de esa manera… Tremendo.

—Pues yo creo que Slinky es muy afortunada; tiene suerte de tener a una persona tan cariñosa como tú, que la quiere y la cuida. Amas con intensidad. Es un rasgo muy atractivo, Louisa.

—No estoy diciendo que la gata no sea de armas tomar. A veces me la lía; pero, a pesar de tener nuestros más y nuestros menos, la quiero con locura. Nunca me desharía de ella.

—Yo tampoco. Ni de un perro, ni de un gato, ni de una abejita. La valía del amor está en su adaptabilidad, en su capacidad para capear los temporales. Es como estos avellanos; sobreviven en terrenos muy diversos. Crecen en los suelos ácidos de las montañas turcas, en la costa de Escocia, son capaces de florecer azotados por el viento en Irlanda, enraizados en piedra caliza. Se adaptan a inviernos helados, a primaveras lluviosas, a veranos sofocantes. Yo quiero un amor como el del avellano. Uno que nunca deje de crecer, sin importar el paisaje emocional en el que le toque vivir. Altibajos, subidas trepidantes, caídas en picado… Siempre y cuando envejezcamos juntos.

Wentworth hablaba con tanta calidez y sinceridad que Elliot se quedó como petrificado en el tronco en el que estaba sentado agarrando con excesiva fuerza la correa de Cariño.

—Me parece que Elliot y Cariño están en esa ladera —dijo Louisa —. Qué cachorro tan mono. Yo creo que a Elliot le gustaría que fuera suyo. Le pregunté la semana pasada por qué no se acercaba a la protectora y adoptaba un perro.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te dijo?

—Pues algo muy triste, la verdad.

—¿Triste? ¿Por?

—Porque dice que no cree poder tener un perro; que al final enfermaría y moriría, y que su corazón no podría soportar la muerte de otro ser querido.

Wentworth no dijo nada y Elliot cerró los ojos; sabía que no era sano, pero no pudo evitar visualizar su cara, su expresión al escuchar a Louisa, y se lo imaginó frunciendo el ceño con afecto. Ojalá no le doliera tanto recordar todas y cada una de las expresiones de Wentworth. Ojalá no fuera capaz de equiparar cada gesto a un tono de voz determinado.

Esos ojos cálidos y llenos de cariño que tendían a centrarse en él cuando estaba nervioso. El brillo de su mirada cuando tonteaban. Cómo apretaba los labios cuando discutían.

Aquellas muecas que desaparecían cuando estrechaba a Elliot entre sus brazos y el mal humor desaparecía por el mero contacto. Cómo respiraba sobre su pelo mientras se empapaban el uno del otro.

Louisa continuó:

—Estuve hablando con Ginny y me dijo que Elliot lo pasó muy mal con la enfermedad de su madre. Que estuvo a su lado en todo momento, durante los seis años que duró la lucha. Que al final no lo logró. Y, no sé…, era tan joven, creo que lo dejó tocado.

—¿Cuándo ocurrió eso? —La voz de Wentworth sonaba seca.

Elliot abrazó fuerte a Cariño.

—No estoy segura. En el último año de colegio o algo así. Ay, Dios, Wentworth, ¿estás bien?

—Eh…, solo necesito un minuto. Demasiado… sol. Adelántate. Ahora te alcanzo.

Elliot escuchó los pasos de Louisa acercándose y apenas tuvo veinte segundos para recomponerse. Sabía que era sano dejarse

llevar, pero ahora no era el momento. Controlaría sus emociones como pudiera y las purgaría más tarde. Quizá con una buena tarrina de helado mientras veía el torneo de debate de Australasia.

No estaba seguro de qué le afectaba más: que Wentworth lo viera como un ser incapaz de amar o de dejar que el amor se adaptara a las circunstancias, o que acabara de entender lo que había ocurrido en realidad. Que se hubiera dado cuenta de que Elliot lo había alejado justo cuando su madre se había puesto enferma.

Cameron y Henry se reincorporaron al grupo y les contaron cómo había sido el desvío que habían tomado. Lo despeinados que estaban y lo arrugada que tenían la ropa contaban una historia totalmente distinta.

—Estamos cerca de la mansión Tilney —dijo Cameron con un estremecimiento.

Henry alzó las cejas.

—Aquí es donde me perdí aquella noche cuando tenía trece años.

—¿La noche en la que creíste que era un fantasma? —preguntó Henry, divertido.

—Deja de reírte. Me morí de miedo. Oye, te he dicho que dejes de reírte.

—Jamás. Me encanta cuando te ruborizas así.

Wentworth regresó con la mirada fija en el camino de tierra, y todos siguieron adelante con la caminata. Henry y Cameron eran los que más hablaban, llenándolo todo de risas y coqueteo. Louisa intentó llamar la atención de Wentworth con historias que pretendían hacerlo reír, pero él no hizo más que gruñir.

Una gran zanja fangosa se abrió ante ellos y Henry indicó un árbol caído que podría servir como puente para cruzarla.

De uno en uno, eso es lo que hicieron.

Henry; Cameron.

Louisa.

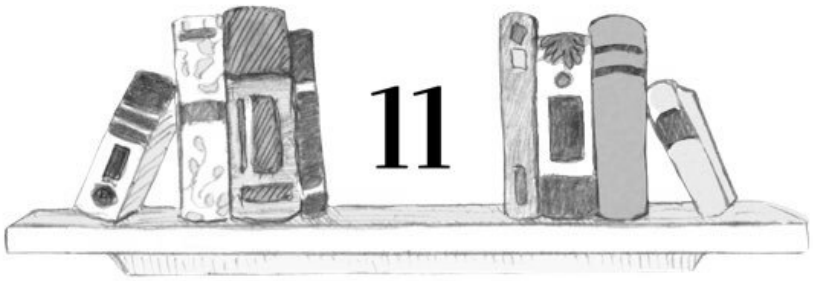
Wentworth.

Elliot y Cariño fueron los últimos.

La corteza del tronco tenía musgo. Resbalaba.

Elliot perdió el equilibrio y se precipitó hacia la zanja.

Capítulo Once



«Cada vez que cantaba
sus ojos brillaban».
W. McAllister, *Aguijonazo al corazón.*

En un acto reflejo, Elliot soltó la correa de Cariño y este fue ladrando hasta terreno seguro.

La gravedad de la corta caída le atravesó de pies a cabeza hasta que se detuvo en el fondo de la zanja, sobre el barro blando y

viscoso. De repente, Wentworth estaba de rodillas sobre el tronco, con gesto preocupado, gritando su nombre y tratando de alcanzarlo.

—¡Louisa, coge al cachorro! —gritó mientras agarraba su mano llena de barro, lo ayudaba a ponerse en pie y tiraba de él hasta ponerlo a salvo.

Los ojos azul marino de Wentworth, oscuros y frustrados, recorrieron cada centímetro de su cuerpo, evaluando los daños.

—¿Por qué tuviste que… dejarlo marchar? —le preguntó.

Manchado, pegajoso y con dolor en un pie, Elliot decidió que estaba harto de contener sus emociones. Así que él también lo fulminó con la mirada y le dijo:

—Si no lo hubiera hecho, estaría en esa zanja conmigo, cubierto de barro y muy infeliz. Lo dejé ir por su propio bien.

—Él te adoraba. Hubiera estado feliz contigo incluso cubierto de barro.

—Él no tiene ni idea de lo dura que fue la caída.

El pecho de Wentworth subía y bajaba de forma visible y tenía los labios apretados en una fina línea.

—Quizá no habría sido tan dura si lo hubieras dejado caer contigo.

Entonces, se dio la vuelta y se dirigió hacia los demás.

Elliot se acercó a Louisa, que llevaba a Cariño sujeto con la correa caminando a su lado.

Wentworth, aún con una tempestad en los ojos, miró hacia atrás y captó la ligera cojera de Elliot; estaba bien, le dolía un poco el pie al pisar, pero nada grave, aunque la expresión desgarrada del escocés parecía sugerir lo contrario. Elliot se estremeció y el escalofrío no hizo sino intensificarse cuando lo vio acercarse a él.

En dos zancadas estuvo a su lado; le rodeó la cintura con un brazo y Elliot dejó de respirar, convencido de que podría ahogarse en las miles de sensaciones que le atravesaban el cuerpo.

El ligero movimiento de los dedos de Wentworth en sus costillas mientras lo guiaba por el terreno irregular; el calor que desprendía contra su costado; el olor a mar que le llenaba los pulmones… Si cerraba los ojos, Elliot podía imaginar que volvía a tener diecisiete años. Y lo que sintió de solo pensarlo le llenó el pecho de añoranza.

Wentworth lo podría haber dejado cojeando a su suerte. Podría haber sugerido que otro lo ayudara mientras él se ocupaba de Cariño. Pero, a pesar de su evidente frustración, había optado por ayudarlo. Por sostenerlo.

El acto hablaba por sí solo, y la familiaridad de su tacto dolía. Elliot se estremeció, algo que Wentworth tuvo que notar; algo a lo que habría respondido en el pasado con una caricia o un ligero apretón en la cintura.

Esta vez, sin embargo, lo ignoró, y el dolor —la añoranza— se hizo más profundo. Nunca volvería a tener diecisiete años; nunca volvería a tener a ese Wentworth cuidando de él.

Wentworth le dijo al resto que sería conveniente salir de la ruta y buscar un sitio desde donde llamar y esperar a un taxi.

—No hace falta —dijo Henry cuando el camino boscoso desembocó en un cementerio adyacente a una enorme mansión neogótica—. Cameron y yo podemos llevarlo a casa en el coche de mi padre.

—Me he torcido el tobillo, no es nada —murmuró Elliot—. En cuanto descanse unos minutos estaré bien.

—Gracias, Henry —contestó Wentworth, ignorándolo—. Dejadlo en la misma puerta, por favor.

Henry entró a por las llaves y salió de la casa presionando un control remoto que hizo que un elegante coche negro se abriera. Al segundo, Wentworth se encontraba en una de las puertas traseras y la abría para Elliot mientras lo sujetaba con tremendo cuidado. Lo ayudó a sentarse sobre una manta e incluso le pasó el cinturón de seguridad por el pecho, que le subía y bajaba de forma acelerada, como su corazón.

—A mis manos no les pasa nada.

Wentworth hizo una pausa al escucharlo, pero se limitó a abrocharle el cinturón sin mirarlo.

—¿Dónde está Cariño? —preguntó en su lugar.

Louisa metió al cachorro en el coche y Wentworth lo acomodó sobre el regazo de Elliot.

—Sube —dijo Henry—, os llevaremos hasta donde Louisa ha dejado el coche.

Wentworth se apartó y se irguió.

—No, gracias. No estamos lejos. Me apetece caminar. ¿Louisa?

—Te acompaño —contestó ella con una sonrisa.

Durante todo el trayecto a casa, Elliot sintió cómo le hormigueaba cada parte del cuerpo que Wentworth le había tocado.

Puede que Elliot no fuera su persona favorita, pero seguía preocupándose por él. No aguantaba verlo herido. Y su impulso de ayudarlo había sido un recordatorio de lo que fueron una vez. De cómo se protegían entre ellos, de cómo habrían hecho cualquier cosa el uno por el otro. Del respeto y amor que se habían tenido.

Aquella puerta se había cerrado; con cerrojo y todo. Elliot lo sabía y no se engañaba creyendo que podrían retomar la relación donde la habían dejado. Pero tal vez… ¿Y si pudieran llegar a algún tipo de entendimiento? Para poder pasar página. Así, cuando volvieran a separarse —y lo harían, en un par de semanas—, quizá pudieran hacerlo sin cargar con todo el dolor del pasado a sus espaldas.

Quizá ser amigos fuera pedir demasiado, pero si Wentworth lo perdonara…

Elliot se guardó la esperanza en el pecho, cerca del corazón, y acarició con suavidad a Cariño.

—¿Tú qué crees, Elliot? —le preguntó Cameron.

—¿Eh?

—¿Crees que Wentworth y Louisa harían buena pareja?

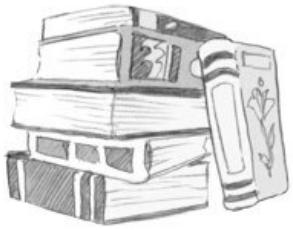
—Hum… Supongo que depende de qué consideres que es hacer «buena pareja».

—Yo sé quién es bueno para mí, eso seguro —dijo Henry—. Un chico precioso que se esconde en su propia fiesta, al que logro embaucar para que baile conmigo y del que me enamoro en, no sé, me atrevería a decir que cuestión de minutos.

Cameron miró a Henry con un cariño enorme.

—No mucha gente cree en el amor a primera vista, Henry. Puede que Elliot no crea que una pareja que se enamora tan rápido pueda ser tan feliz.

—Sí que creo —murmuró Elliot—. Y deseo que os aferréis al otro con todo vuestro corazón. Espero que no lo perdáis nunca.



A Ethan y a Finley les tocó ser los anfitriones del *brunch* de ese domingo y Elliot y Noah compartieron coche hasta Mansfield, donde hicieron un pícnic junto al río. Trataron temas de la boda, organizando las mesas del banquete mientras comían gofres y las primeras peras de la temporada; luego se quedaron en bañador y se dieron un chapuzón en el río. Cuando salían, Finley notó la cojera de Elliot.

—¿*Kei te pēhea koe*?

—*Kei te pai*.

—¿En serio?

Elliot se tumbó en la toalla antes de contestar:

—Noah me ha traído en coche, así que ahora me duele menos.

Ethan y Finley buscaron la mirada de Noah con evidente curiosidad y Elliot se preparó para la inquisición que estaba por venir.

—No he logrado sacarle mucha información en el trayecto hasta aquí.

Era cierto. No se veía capaz de hablar de ello. La noche anterior apenas había dormido dándole vueltas al hecho de que ahora Wentworth supiera la verdad. Estaba cansado. Confundido.

—Fui a hacer senderismo por el bosque de avellanos y me caí.

Ethan siseó.

—Es un sitio peligroso. —Se giró y les enseñó la cicatriz que tenía en la cadera—. Me caí desde el mirador.

Finley se pegó más a su prometido.

—Nunca lo olvidaré —dijo.

Elliot hizo un ruidito de asentimiento. No, él tampoco lo olvidaría.

Se hizo el silencio durante unos instantes; silencio interrumpido por el largo suspiro de Noah, que, con la mirada fija en la luz que se

filtraba por el dosel de hojas sobre sus cabezas, dijo:

—¿Es una locura que quiera a un Josh Lucas en mi vida?

—¿Josh Lucas? ¿El tío del que se enamora la chica de *Clueless*?

—Ese mismo. Interpretado por Paul Rudd. Es de fiar, tiene los pies en la tierra, es inteligente, con sentido del humor…

—¿Estamos con añoranza de tiempos pasados?

Noah suspiró.

—Zachary me hizo ver más de una docena películas románticas clásicas la semana pasada. Parece pensar que crearme altas expectativas me ayudará a superar mi ruptura.

Elliot se rio.

—Hazme saber si funciona.

—Pues ¿sabéis qué? Comparando a los protagonistas con mi ex, me he dado cuenta de que le faltaban algunas cualidades clave, cosas que me gustaría tener en una relación seria.

—¿Amor, por ejemplo?

—Me hubiera conformado con «gustar», fíjate lo que te digo. —Noah suspiró—. Aunque supongo que cada relación tiene sus propios desafíos.

—Eso es cierto —dijo Finley, e intercambió una significativa mirada con Ethan.

Elliot cerró los ojos y recordó la frustración y la preocupación de Wentworth, cómo en su cara convergían ambas emociones, fluctuantes. Aún notaba el efecto de su mano en la espalda, donde lo había agarrado. Su tobillo también recordaba cada toque y aún le hormigueaba.

Suspiró con intensidad y tres pares de ojos se volvieron hacia él.

—Venga, dinos qué pasa —dijo Finley—. No, espera, déjame adivinar. Está relacionado con Wentworth.

—Ooooh, sí. Hablemos del regreso de Wentworth.

Elliot puso los ojos en blanco ante el entusiasmo. Panda de entrometidos.

—Nunca debí contaros nada.

Mentira. Estaba superagradecido por el apoyo de sus amigos. Ellos sabían bien por lo que había pasado después de dejar marchar a Wentworth. Lo habían visto fracasar en cada relación que había

tenido desde entonces. Habían estado ahí cuando su madre había muerto. Ethan y Finley en todo momento, y luego Noah; los tres se habían convertido en la base de su sistema de apoyo.

—¿Nos lo vas a contar o tendremos que torturarte para sacártelo? —La pregunta fue hecha con un guiño de ojo juguetón y la amenaza de lanzarle el té helado a la cabeza.

Elliot se rio y eso lo ayudó a destensarse un poco.

Ethan salvó su integridad física, robándole la botella de té a su novio.

—Fin, es casero, lo he hecho yo.

Finley arrugó la nariz.

—Lo sé. Iba a matar dos pájaros de un tiro.

Forcejearon, ambos tratando de hacerse con la botella, y la camiseta de Ethan terminó empapada y pegada a su torso. Finley lo miró con ojos brillantes.

—Ahora sí podría bebérmelo.

Noah soltó una risotada.

—Buscaos una habitación.

—Eso haremos —dijo Ethan, las ganas evidentes en su voz—. Pero no antes de que Elliot nos lo cuente todo.

—Mira que sois pesados.

Ethan arqueó una ceja, a la espera.

—Descubrió la verdad. —Elliot posó la vista en todos ellos, uno por uno, antes de añadir—: Y ahora…

—«Y ahora» ¿qué?



Elliot lo notaba en el tono controlado de la voz de Wentworth, en cómo respiraba hondo antes de hablar, en las sonrisas falsas que

dedicaba a cada persona que entraba en la oficina, en cómo en los últimos días lo había visto apretar los puños, frustrado, en más de una ocasión.

Se estaba conteniendo para no expresar su enfado.

Sus llamadas comerciales carecían de entusiasmo; eran educadas, pero iba directo al grano. Ese no era el Wentworth que él conocía. El Wentworth del pasado tenía carácter, se encendía rápido; aunque lo cierto era que también se le pasaba igual de rápido.

Esa represión de emociones era cosa del nuevo Wentworth, y a Elliot le daba mucha pena que hubiera cambiado tanto. Sin embargo, apreciar esas diferencias, tener la oportunidad de reaprenderlo, era algo que lo hacía sentir…

«No, no, para».

Cariño cambió de postura en su camita porque una de las hojas de la palmera le caía sobre una oreja y le molestaba. Elliot podía mover la cama del perro, por supuesto, pero es que la planta era enorme y con la maceta en medio no podía ver bien el escritorio de Wentworth… Si la movía medio palmo hacia la izquierda…

Se agachó, el macetero pesaba mucho más de lo que imaginaba. Alzó la vista y vio a Wentworth mirándolo.

—¿Me echas una mano?

Wentworth siguió mirándolo sin decir nada, un caleidoscopio de emociones visible en su rostro. Entonces, se levantó de la silla y salió de la habitación sin mediar palabra.



A pesar del enfado, Wentworth seguía dejándole tentempiés en la mesita auxiliar cada día; Elliot se lo comía todo con el corazón en un puño.

Lo había traicionado al alejarlo; lo sabía. Pero siempre pensó que, si algún día descubría la verdad, lo entendería. Podría no estar de acuerdo con lo que Elliot había hecho, pero comprendería por qué tuvo que hacerlo.

Pero la tensión entre ellos no había hecho más que aumentar. La traición parecía ser mucho más profunda de lo que Elliot imaginaba.

Y sentía que se ahogaba. No sabía qué hacer. Era terapeuta, debería tratar de aplicar la lógica a la situación, pero en esos momentos era como una olla a presión, las emociones lo desbordaban. Y lo que se estaba cociendo ahí dentro era tan embriagador que lo último que podía hacer era pensar con claridad.

Elliot trató de ponerse en su lugar, de verlo desde su perspectiva. ¿Cómo se habría sentido él si Wentworth lo hubiera alejado de su lado? Con el corazón roto. ¿Cómo se sentiría si supiera que era porque el padre de Wentworth se estaba muriendo y no quería que Elliot renunciara a sus sueños?

Elliot cerró los ojos.

Una enorme angustia se apoderó de él y le clavó los dientes, y mordió y mordió hasta que empezó a sangrar por dentro.

Elliot sintió la presencia de Wentworth acercándose al piano; el ambiente crepitaba cuando estaba cerca. Era muy intenso.

Una música grave y furiosa envolvió la oficina. Los mismos sonidos, una y otra vez, pero con ciertos matices distintos. Normalmente, trabajaba con auriculares y solo utilizaba instrumentos cuando Elliot estaba en el plató. Pero tal y como estaba tocando en esos momentos hacía imposible que Elliot se concentrara en el trabajo, y puede que ese fuera su objetivo.

—Lo entiendo —dijo Elliot durante una de las brevísimas pausas —. Estás molesto. Preferirías no tener que verme.

Wentworth volvió a aporrear las teclas.

Elliot apretó los dientes. Aquel comportamiento era infantil y frío. No recordaba a Wentworth tan… ¿severo? O tal vez en el pasado lo hubiera percibido de forma distinta. Aun así, esa silenciosa ira le sentaba bien, estaba guapísimo; su aura crepitaba mientras mantenía la vista fija en la partitura, la mandíbula apretada. Sin embargo, las comisuras de los labios le temblaban; era algo tenue,

pero estaba ahí. Y a Elliot le pareció una reacción muy tierna, y despertó cada instinto protector en su interior.

—¿Qué te hace pensar… —Wentworth dejó la pregunta en el aire unos instantes, con el pie golpeando el pedal y alargando la resonancia de las teclas— que no quiero verte?

Elliot soltó una carcajada para nada divertida.

—¿En serio? ¿Todo este ruido no es para echarme de la oficina?

Wentworth empezó con otra melodía oscura y Elliot agarró la tapa y la bajó sobre las teclas. Wentworth apartó las manos antes de que se cerrara.

—Estos dedos son los que me dan de comer, Elliot.

—No creo que aceptaras este trabajo porque necesites el dinero.

Wentworth giró la cara, pero Elliot vio cómo tragaba con dificultad.

—No fue por dinero, no.

Eso despertó la curiosidad de Elliot que, con el ceño fruncido, le preguntó:

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—No creo que eso importe.

Elliot ladeó la cabeza y lo vio cambiar de postura.

—Sí que importa.

Wentworth se giró para mirarlo; bueno, para fulminarlo con la mirada.

—No fue porque esperara volver a verte, si eso es lo que crees.

—Confieso que lo he podido llegar a pensar.

—Pues no lo hagas.

—Vale, no lo haré.

Wentworth frunció el ceño y se quedó mirando la brillante tapa del piano.

—Lo último que esperaba era encontrarte trabajando aquí.

—Para mí también fue una sorpresa enorme que aparecieras de repente.

Wentworth trató de contener la sonrisa.

—No hace falta que lo jures.

Elliot lo miró con una ceja alzada.

—A menos que tengas la costumbre de esconderte debajo de escritorios a diario.

—No, por desgracia, eso es lo más emocionante que ha pasado en mi vida en los últimos tiempos.

Otro amago de sonrisa.

—No sé si me alegra oír eso o no.

Sus miradas se encontraron y notó la vacilación en los ojos de Wentworth. Y eso le afectó mucho más que la música enfurecida del piano. Esa incertidumbre, esa inseguridad. Como si ya no estuviera seguro de si confiaba en Elliot.

—A mí no me alegra, te lo aseguro. Cuando acabe aquí, me tomaré unos meses sabáticos para viajar.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo terminas aquí?

—A finales de la semana que viene.

Wentworth se quedó petrificado.

—¿Sorprendido?

—Pensé que tendría…

—Pensaste que tendrías, ¿qué?

—Pensé que tendría que aguantarte más tiempo.

Elliot se llevó una mano al corazón.

—Me ofendes —dijo.

Y, aunque las palabras fueron exageradas y teatrales para sonar triviales, el sentimiento era de verdad.

Wentworth se quedó en silencio unos segundos y, cuando habló, lo hizo en voz baja. Como si viera a través de las palabras de Elliot. Siempre había sido capaz de hacerlo. Menos la última vez.

—Eso va en ambos sentidos. Tú tampoco tendrás que soportarme mucho más.

—Soportarte a ti es más llevadero. La música enfurecida, sin embargo…

Wentworth dejó salir un suspiro que pareció relajar la tensión en su postura

—Estoy cabreado. Tu madre… Tú… —Apretó los dientes—. Estoy la hostia de cabreado —dijo, y se bajó del taburete para dirigirse a su escritorio.

Elliot hizo rodar su silla, rodeó la maceta y se acercó al escritorio de Wentworth. Se colocó frente a él.

—Soy fuerte. Puedes gritarme si lo necesitas.

—Y tú lo aceptarías sin más, ¿no? —Su voz estaba cargada de resentimiento—. Puedes con todo tu solito. Nunca te apoyarías en nadie.

Elliot se quedó mirándolo y sintió la frustración pulsarle bajo la piel. Sin embargo, Wentworth tenía razón.

—No *querría* tener que apoyarme en nadie.

Wentworth alzó la vista y sus ojos buscaron la mirada de Elliot; aún oscuros, aún llenos de incertidumbre.

Abrió la boca para decir algo y Elliot se inclinó hacia delante, desesperado por escuchar…

Unos golpecitos en la puerta: Cameron.

—Reunión de personal en el comedor, chicos.

Elliot nunca había visto a nadie moverse tan deprisa. Salió casi corriendo y dejó su silla girando y girando mientras él desaparecía.

Elliot lo siguió y entró cojeando en el comedor, ya abarrotado de gente. Wentworth se colocó en la pared más alejada de la puerta, con los brazos cruzados y una bota apoyada en la pared. Parecía relajado, cómodo y, a la vez, listo para largarse en cualquier momento.

Tenía la mirada clavada en Cameron, que se acercaba a su hermano, pero Elliot tenía una sensación…, la piel de gallina en el cuello… Tragó saliva y se centró en los fundadores de Pregúntale a Austen.

Brandon y Cameron eran muy parecidos —el pelo oscuro y abundante, los ojos amables y cálidos—, pero Brandon era más alto, más fuerte, de mandíbula más cuadrada. Era muy atractivo y a todos en Pregúntale a Austen les gustaba, aunque él parecía no darse cuenta de cómo todo el mundo se giraba a mirarlo cuando pasaba por delante, de cómo hacía suspirar a todos en el plató.

Elliot tenía una cosa muy clara: la persona de quien Brandon se enamorara sería mimada y amada toda la vida.

—Más o menos la mitad de vosotros estaréis trabajando en las localizaciones de Cubworthy el próximo martes; os quedaréis allí

toda la semana.

Brandon enumeró a quienes estarían en cada sitio y cuándo.

Elliot era de los primeros en irse a Cubworthy, se iría el martes, y estaba entusiasmado. Poder viajar y trabajar en exteriores era la parte de su contrato que más le había atraído. Solo había que verlo en esos momentos, sonriendo como un niño por el mero hecho de estar planificándolo.

Cambió de postura y vio los ojos de Wentworth fijos en él. Dejó de mirarlo en cuanto se percató de que Elliot se había dado cuenta.

—Acordaos de que el lunes la mayoría del equipo empezará rodando en la playa. Rezad para que el tiempo acompañe. Por la tarde, empezaremos a rodar las escenas de sexo en el plató Lima.

Cuando terminó la reunión, Brandon pidió disculpas por tener que irse tan rápido; tenía otro compromiso. Louisa se abrió paso entre la multitud y se acercó a Wentworth.

—¿Tienes que ir a la playa el lunes? —le preguntó.

—No. Estaré aquí.

Elliot también.

—¡Genial! —exclamó ella—. Así no estaré sola.

—Ejem. Disculpad un momento, tengo un anuncio rápido que hacer.

Elliot dejó de mirar a la pareja y centró su atención en el chico guapísimo que en esos momentos se ponía de pie en una silla. Lo había visto en un par de ocasiones, pero nunca los habían presentado.

—Ese es Lake —le dijo Louisa a Wentworth en voz alta—, del departamento de edición. Es un tío muy divertido, pero no se te ocurra decirle que estás soltero. Es un casamentero.

—Gracias por eso, Louisa —le dijo Lake, mostrando unos preciosos hoyuelos.

—De nada —contestó ella.

—Bueno, a lo que iba —dijo Lake—. Traigo malas noticias; la barbacoa trimestral del estudio no va a poder celebrarse como siempre. Se ha roto una tubería en nuestra calle, y creedme, no queréis venir a nuestra casa tal y como está el alcantarillado.

El anuncio fue recibido con gestos de pena y decepción.

—Una mierda, lo sé. Y nadie lo lamenta más que mi Knight; mi caballero de brillante armadura está destrozadito. Hay que levantar su precioso jardín para arreglar el problema. Yo estaré todo el fin de semana consolándolo en un hotel. Pero, no sé, ¿quizá alguien más pueda ejercer de anfitrión esta vez?

Elliot se sobresaltó al escuchar la voz de Wentworth.

—¿De cuántos invitados estamos hablando? En mi barco caben hasta treinta personas.

Lake señaló extasiado a Wentworth.

—Gente, ahí tenéis a vuestro salvador. Y en un barco, nada menos.

—¿Para cuándo estaba prevista la barbacoa?

—Para el sábado por la tarde-noche.

Wentworth asintió y se dirigió a toda la sala:

—Espero veros el sábado. Os espero en los muelles, en Potluck, mi barco es el Frederick.

La sala se vació en una procesión de agradecimientos, *hasta luegos* y sonrisas encantadas. La de Louisa —que fue la última en cruzar la puerta—, la más enorme de todas.

Wentworth salía tras ella, pero se detuvo frente a Elliot.

—¿Por qué frunces el ceño?

—¿Estás viviendo en el Frederick? ¿Tu padre…? Espero que esté bien.

Eso fue recibido con una larga pausa.

—Está bien. Él y Jane se mudaron a una casa en el sur; mi padre me vendió el barco. —Wentworth siguió andando—. Supongo que nos veremos allí el sábado.

—¿Estoy invitado?

—Por supuesto. No voy a dejar fuera a nadie.

—Eso no es lo mismo que invitar a alguien de forma directa.

Wentworth salió al pasillo y dijo:

—Te invito de forma directa.

Pero Elliot conocía ese tono; la falta de contacto visual. No iba a ir.



A la mañana siguiente, Elliot llegó tarde a trabajar. Había caminado en exceso la noche anterior y el pie le estaba pasando factura. Saludó a Wentworth con una inclinación de cabeza y se dirigió a su lado de la oficina en silencio.

Tras acomodar a Cariño en su sitio, se dejó caer en la silla, siseando de dolor cuando se dio en el pie contra una de las ruedas.

Le llegó un mensaje al móvil; Elliot lo hubiera ignorado, pero volvió a sonar, despertando a Cariño.

Un mensaje en el chat del correo electrónico.

Wentworth: ¿Qué te pasa? ¿Te duele algo?

Wentworth: ¿Es el pie?

Elliot lo miró a través de las hojas de la palmera; Wentworth estaba sentado frente a su escritorio con los ojos entrecerrados fijos en la pantalla.

Quería rodar en su silla hasta allí, sostenerle la mirada, hablar, pero… si ese era el único modo de comunicación que funcionaba para él, Elliot lo respetaría.

Abrió su portátil y respondió en el chat privado.

Elliot: Estoy bien. Quiero decir, no creo que pueda correr un maratón, pero bien.

Wentworth: ¿Estás seguro?

Elliot: Estoy seguro.

Wentworth: Parecía que te dolía.

Elliot: Nada digno de preocupación.

Elliot se quedó mirando el chat, deseando que apareciera un nuevo mensaje, que la conversación continuara. ¿Quizá debería continuarla él? ¿O levantarse y acercarse, sin más? O… No, era mejor dejar que fuera el propio Wentworth quien dictara el ritmo.

Así que decidió que leería todos los correos atrasados que tenía en la bandeja de entrada, pero, antes de ponerse, le llegó un nuevo mensaje:

Wentworth: ¿Corres maratones?

Elliot: ¿Perdón?

Wentworth: Has dicho que no podrías correr un maratón.

Elliot: Uno metafórico. No corro. Nado.

Elliot sintió que Wentworth levantaba la cabeza para mirarlo.

Elliot: Nunca se sabe cuándo podría tener que rescatar a un admirador borracho en una piscina.

Wentworth no respondió. Pero tampoco hubiera podido si hubiera querido, porque Brandon entró en el estudio y empezaron a hablar de música y del significado tras las letras de las canciones. También trabajaron juntos en una canción que simbolizaba la muerte de una relación y la profunda voz de Wentworth cantando «el barco se aleja, el agua es del color de las lágrimas» siguió a Elliot hasta el plató.

Y durante el resto del día.

Y a las copas de esa tarde, a las que no fue Wentworth.

Elliot no dejaba de mirar el móvil, los mensajes que se habían mandado. Pero no pudo leer nada nuevo hasta el sábado por la noche.

Wentworth: Te dije que estabas invitado. ¿Por qué no estás aquí?

Elliot: Mira, no quiero hacerte sentir incómodo en un espacio que es tuyo, personal.

Sin embargo, era Wentworth quien había contactado con él. Algo que una persona no haría si pensara que se había librado de una visita incómoda. A Elliot se le aceleró el pulso mientras miraba cómo los tres puntitos de «escribiendo» no paraban de saltar.

Wentworth: La gente hará preguntas si no vienes. Louisa ya está en ello, de hecho. Y tu ex, Ginny, que claramente sigue loca por ti, no entiende por qué no has venido, dado que, al parecer, te apetecía ir a la barbacoa de Lake. La gente va a creer que no tenemos buena relación. Y, encima, ha venido una periodista.

Elliot: ¿Qué quieres de mí?

Wentworth: Qué vengas. ¿Puedes ayudarme?

Elliot: ¿Que vaya? ¿Sin más?

Wentworth: Y que charles conmigo y con mis amigos. Seguir con nuestra fachada de tolerancia.

Elliot: ¿Solo tolerancia? ¿Sin más?

Wentworth: Cordialidad, Elliot. A menos que sea demasiado difícil para ti.

Elliot: No es para nada difícil. Me encantaría tener la oportunidad de estar bien contigo. Aunque tú estés fingiendo.

Wentworth: Te veo ahora.

Elliot frunció el ceño mientras releía los mensajes. Esperaba que el hecho de que Wentworth hubiera contactado con él fuera señal de que su relación estaba evolucionando.

¿Debería ir? No creía que a ninguna periodista le importara si acudía o no a una fiesta de Pregúntale a Austen, pero Wentworth quería que fuera y se mostrara… cordial. Y esa era tan buena excusa como cualquier otra para un acercamiento entre ellos; y Elliot se alegraba.

Aparcó donde solía hacerlo en el pasado, donde había aparcado el día que rompió con él, y se tomó unos largos minutos para

controlar sus emociones. El agua estaba en calma, el anochecer se vestía de colores y emitía destellos sobre la superficie. Las casas flotantes amarradas a lo largo del muelle se mecían con el agua. Y allí estaba la de Wentworth: el mismo viejo pesquero de siempre, aunque tal vez recién pintado y, en esos momentos, vestido de gala con la presencia de sus compañeros de trabajo.

Una vez a bordo, la primera en verlo fue Louisa, que de forma inmediata le buscó un zumo de naranja y se lo puso en la mano.

—¿No es increíble?

Para Elliot fue como retroceder en el tiempo. Los recuerdos le llenaban los sentidos… La disposición del barco, el olor de la madera, el ligero bamboleo bajo los pies. Se le olvidó respirar.

Ginny, apoyada en la barandilla a unos metros de él, dio un sorbo a un cóctel y lo saludó con un movimiento de dedos. Él sonrió, pero cuando dio un paso en su dirección, Louisa lo detuvo.

—Me ha pedido que te mantenga alejado. Está intentando superarlo.

«Oh».

Elliot le hizo un gesto con la cabeza, haciéndole ver que aceptaba sus límites, y dejó que Louisa lo arrastrara hasta la popa. Wentworth estaba apoyado en la barandilla, hablando con un hombre de origen indio de pelo negro muy corto con un anorak naranja brillante. Cuando Wentworth vio a Elliot, se enderezó.

—Benny, este es Elliot, mi… de los estudios. El que se hizo daño en el pie. —Wentworth señaló a Benny—. Este es el doctor Benwick Singh, un buen amigo.

—Benny —dijo Elliot—. En-encantado de conocerte.

Wentworth puso una mano en el hombro de su amigo, sonriendo con calidez, y luego, en voz baja, le dijo:

—Es el pie izquierdo.

—Estoy bien —les aseguró Elliot.

—Benny es el mejor médico que hay —dijo Wentworth frotándose la mandíbula.

Benny tragó saliva y desvió la mirada hacia el mar.

—No estoy tan seguro de eso.

Wentworth le masajeó el hombro.

Elliot se quedó mirándolos y le conmovió el enorme cariño y la preocupación por Benny que podía percibirse en los ojos de Wentworth. En un primer momento, creyó que el comentario del pie había sido porque estaba preocupado por el estado de su tobillo, pero quizá quien le preocupaba era Benny.

—A ver, lo tengo un poco dolorido —matizó Elliot—. ¿Cuánto puede durar un esguince? ¿Cuándo debería consultar a un médico?

—¿Cuánto hace que te lo hiciste?

—El sábado pasado —respondió Wentworth.

—¿Algún cardenal?

—No, ninguno —de nuevo Wentworth.

—¿Hinchazón?

—Ya no. Pero parece que sigue molestándole al andar.

Elliot se quedó mirándolo. Pues sí que le había prestado atención.

—Es verdad —murmuró—. Pero hoy estoy mucho mejor.

Benny asintió.

—Un vendaje ajustado o un poco de esparadrapo te ayudará. Si en una semana sigue mal, algo de fisioterapia.

Elliot sonrió y le dio las gracias.

—Disculpad un momento —dijo Wentworth de repente—. Tengo que advertir a esos idiotas de que no se suban al mástil.

Se marchó de forma abrupta con una curiosa Louisa tras él; Elliot y Benny se quedaron solos.

Elliot estaba acostumbrado a conocer gente nueva. Su trabajo consistía en calibrar rápidamente las necesidades de los demás, su capacidad para abrirse en cada momento. Claro que era más fácil hacerlo cuando sus emociones no estaban implicadas. Benny parecía estar pasándolo mal, y no parecía ser por el ligero balanceo del barco. Su lenguaje corporal transmitía tristeza, pero la forma en que no dejaba de mirarlo sugería que quería hablar.

—Y, dime —dijo Elliot—. ¿Eres tan fan de Wentworth como él de ti?

Benny se rio.

—Ma-más incluso. Wentworth ha sido muy bueno conmigo desde que mi novia… —Dejó de hablar de forma abrupta y luego añadió—:

Hum… Se murió.

—Lo siento mucho.

Benny asintió con la cabeza.

—Wentworth me ha mandado mensajes todos los días desde que pasó. Hace un año ya.

—Eso suena a buen amigo, de los que merece la pena tener.

—Así es.

—¿Cómo os conocisteis?

—Bueno, es que… En ci-cierto modo, le salvé la vida.

Elliot agarró su zumo con tanta fuerza que el vaso se le escapó de la mano y aterrizó sobre la cubierta. Lo ignoró.

—Vivo ahí al lado —Benny señaló el muelle—. Por aquel entonces, acababa de empezar en Urgencias y, una noche, cuando me dirigía al hospital, oí un chapoteo y me di cuenta de que había un cuerpo en el agua.

«Porque soy uno de esos admiradores», había dicho Wentworth.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Me lancé a toda prisa y saqué al pobre chico del agua. Tenía apenas dieciocho años.

Elliot cerró los ojos.

—¿Qué había pasado?

—Una mala ruptura. Había bebido demasiado, se quedó inconsciente y se cayó al agua. Le hice la RCP y luego lo llevamos a Urgencias.

RCP… Elliot notó que una ola de horror lo inundaba. Wentworth casi… Casi había…

—Muerto. Podría haber muerto.

—So-sospecho que por eso dice que es mi admirador número uno.

Alguien se aclaró la garganta; Wentworth.

—También hace la mejor ensalada de patatas del mundo.

Elliot se sobresaltó al verlo a su lado y luego se percató de la que había liado con el zumo. Se agachó y recogió el vaso; por suerte, no estaba roto.

Wentworth se agachó también y se lo quitó de la mano, sus dedos rozándose; fue como recibir una descarga eléctrica.

—No te preocupes. Yo me encargo.

Elliot se quedó mirando el charco de zumo.

—Lo siento mucho.

—Es solo zumo.

Elliot alzó la vista y lo miró a los ojos.

—No es eso lo que siento.

La mirada oscura de Wentworth se chocó con la suya con la fuerza de un relámpago. Cada terminación nerviosa de su cuerpo saltó a la vida.

La alegre voz de Louisa les llegó por encima de sus cabezas.

—¿De qué estamos hablando?

Wentworth se puso de pie, nervioso, con la mandíbula apretada, abrumado; Elliot también se levantó y se encargó de facilitar las cosas:

—Wentworth es superfán de la ensalada de patatas de Benny, y resulta que Benny, a su vez, es superfán de… —Elliot lo miró.

—De *Aguijonazo al corazón*, por supuesto.

Puede que Benny estuviera triste, pero tímido no era, desde luego. Se puso una mano en el corazón y cantó la canción. Louisa canturreó con él, feliz.

Elliot hizo una mueca de dolor.

—Venga, ya está bien —dijo Wentworth, cortándoles en la última estrofa.

—¿Y tú, Elliot? —Louisa levantó una ceja—. Debes de tener alguna canción favorita.

En un primer momento, Elliot se quedó callado, pero luego, cantó:

—«Y allí estaba él, de brazos cruzados. Mi amigo, mi futuro soñado. La abejita que me había cautivado».

Louisa frunció el ceño.

—Esa no la conozco. ¿Wentworth? ¿Es tuya?

Wentworth había palidecido; Elliot se reprendió a sí mismo. Eso era algo privado, solo de ellos. No debería haberlo compartido.

—¿Wentworth? —insistió.

—Ah, sí. Una muy antigua. La cantaba en el instituto. Nunca se lanzó.

—¡Eso no puede ser! Me encantaría oírla alguna vez. —Louisa miró a Benny—. ¿No estás de acuerdo?

—Su-suena demasiado feliz para mí.

—A Benny le gustan las canciones que le llegan al corazón —dijo Wentworth.

—A mí también —murmuró Elliot.

El estómago de Louisa rugió con fuerza en esos momentos. Se rio.

—Esa es la señal que indica que tengo que hincarle el diente a esa ensalada de patatas. Benny, ¿me dices cuál es?

Benny se fue con ella. Elliot respiró hondo y…

Una sonriente reportera lo interrumpió:

—¿Os importa si os hago una foto? —preguntó, con la cámara en las manos.

Wentworth miró a Elliot.

—No tienes por qué.

—No me importa.

—Estupendo —dijo la periodista—. Si pudierais… acercaros un poquito más.

Elliot se acercó, pero no tanto como para incomodar a Wentworth.

Wentworth lo hizo por él; le rodeó los hombros con un brazo y lo pegó a su costado. Elliot sabía que estaba actuando, que era por la periodista, pero el contacto le resultó tan familiar, y encima ahí, en ese barco…

—Pareces asustado —murmuró Wentworth a media voz—. Di patata.

Elliot se relajó contra su calidez y, cuando sonrió, no había nada de falso en el gesto.

La cámara hizo clic.

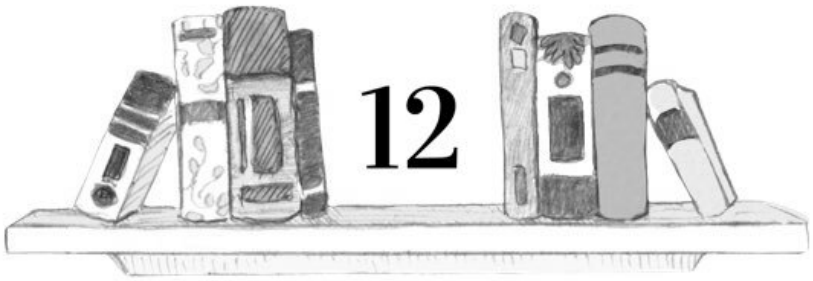
—Gracias —dijo ella—. Estáis estupendos.

La reportera miró a Elliot con ojos codiciosos.

—Si pudieras concederme unas palabras sobre cómo es trabajar al lado de Wentworth McAllister…



Capítulo Doce



«Bajo el doloroso silencio,
mi alma se queda dormida para siempre».
W. McAllister, *Aguijonazo al corazón.*

Elliot parpadeó varias veces ante la pregunta de la periodista, que esperaba su opinión sobre lo que suponía ver a Wentworth todos los días.

—Es imposible aburrirse. Uno nunca sabe qué va a salir de su boca. Y nunca me voy a casa sin aprender algo nuevo.

El cuello le zumbaba donde el cálido brazo de Wentworth le rozaba la piel, pero la cara le zumbaba aún más, porque sabía que tenía los ojos clavados en su perfil. Elliot no sabía qué pensaría Wentworth de su declaración. ¿Lo habría entendido? Continuó hablando:

—Espero que su estancia aquí lo inspire y surjan más palabras.

—¿Te refieres a canciones? —preguntó la periodista.

—Lo que sea que le nazca del alma.

Tras decirlo, Elliot se rio, como si fuera una broma, pero el sutil aumento de presión en su nuca le reveló que Wentworth lo había entendido.

Se atrevió a mirarlo. Tenía el ceño fruncido y cierto recelo en la mirada, pero sus ojos no eran tan fríos como lo habían sido durante la semana.

Una vez la periodista consiguió lo que quería, se retiró a paso rápido por la cubierta.

Lo que pareció suceder a cámara lenta fue la retirada del brazo de Wentworth, que permaneció sobre sus hombros unos instantes más.

—¡McAllister! —lo llamó alguien—. Necesitamos tu opinión.

Wentworth lo soltó y se marchó, y Elliot aprovechó para ir bajo cubierta y respirar la tranquilidad del interior del barco.

Solo que no había ninguna tranquilidad. Y no porque hubiera gente en sus estrechas estancias, sino porque los recuerdos abarrotaban cada rincón. Y hacían ruido, mucho. Le palpitaba la cabeza.

No debería estar ahí dentro. Nadie lo había invitado a bajar. Sin embargo, no pudo evitarlo. Abrió la puerta del camarote.

La cama individual, el piano digital, la guitarra… Todo estaba tal y como Elliot lo recordaba.

«Todo esto podría haber sido nuestro… Podríamos haber creado diez mil recuerdos más juntos».

El móvil le empezó a vibrar y se lo sacó del bolsillo para silenciarlo. No quería que, si algún invitado bajaba al baño, supiera que había alguien allí y se lo contara a Wentworth.

Se sentó en la banqueta del piano, dejó el teléfono en la parte superior y arrastró los dedos por las frías teclas. Los recuerdos lo llenaron todo: Wentworth tocando, riendo, componiendo; las teclas sonando bajo sus cuerpos desnudos; el silencio que reinaba mientras el instrumento era testigo de lo que ocurrió aquel día.

«—Pero… te quiero, Elliot.

—No puedo decir lo mismo.

—¿Ahora, te refieres?.

—Ni ahora ni nunca».

Un sonido fuera del camarote lo sobresaltó y Elliot se asomó con discreción al pasillo. Alguien se dirigía al lavabo.

Esa era su señal para volver a la fiesta.



ESTABA EXPERIMENTANDO UN CASO GRAVE DE *DÉJÀ VU*.

Debería haberse despedido de la gente y haber vuelto a casa hacía mucho. Debería llevar horas en la cama con la única compañía de su mano derecha.

En cambio, el cielo era azul marino, había alcanzado su tono más oscuro, y un compañero de trabajo, Philip, lo había acorralado en la parte trasera del barco y para lo único que estaba usando su mano derecha era para mantener a distancia al tipo y que no lo vomitara encima.

Philip se echó a reír y Elliot deseó que una fuerte brisa los azotara y se llevara el olor a alcohol. A su alrededor, la gente seguía charlando, algunos incluso bailando al ritmo de la música que les llegaba desde abajo, donde Wentworth, Louisa, Benny, Henry y Cameron habían desaparecido para jugar unas partidas de póquer.

—Eres tan guapo… —dijo Philip—. Un ocho, como mínimo. Un nueve, bajo el prisma etílico de la cerveza.

—Vaya forma de entrarme, qué tentador.

—Pues es mejor que ser un cuatro o un cinco.

—Espero que no tengas la costumbre de decirle a la gente el número con el que la valoras.

—Es una cuestión de honestidad —dijo Philip.

—No, Philip. En ocasiones, ser sincero causa más mal que bien. —Elliot suspiró y se quedó mirando el agua, que salpicaba el casco del barco con suavidad—. No importa lo necesario que decir la verdad pueda parecer.

—Pensaba que a la gente le gustaba saber si era un siete o más. Quiero decir, ser un siete es muy guay.

—Creo que te deberías ir a casa. Mañana tendrás una resaca horrible.

La música se detuvo y las parejas que habían estado bailando se lo tomaron como una señal para marcharse. Philip no se dio por aludido y se quedó ahí, intentando guiñarle un ojo, pero consiguiendo poco más que parpadear.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó, tras un hipo, tratando de sonar seductor.

Qué tío.

—Toma, bebe —le dijo Elliot tendiéndole el vaso de agua que le había traído antes—. Mañana me lo agradecerás.

—Pero yo lo que quiero beberme es…

Elliot le tapó la boca con una mano y suspiró.

—No me enrollo con chicos.

Eso fue recibido con una sonrisa burlona.

—Pero quieres.

—¿Perdona?

—He visto cómo miras a Wentworth McAllister. Sé cuando a un tío le interesa otro tío.

—No tengo eso tan claro.

—Te gusta. Pero él nunca se enamorará de ti. Le gusta Louisa.

Elliot intentó pasarle el vaso de nuevo.

Philip no lo aceptó. Levantó las manos y se apartó un poco.

—Vale, no pasa nada. Estás confundido. No sabes qué te gusta y qué no. No tenemos que hacer nada esta noche. Pero cuando estés listo…

Philip le guiñó un ojo y retrocedió, tropezándose; Elliot dejó caer el vaso —el segundo que tiraba esa noche, maravilloso— y lo agarró por la camisa antes de que se cayera por la borda.

Al menos la sonrisa con la que lo recompensó fue bonita.

—¿Ves? Tenemos potencial.

A su espalda, Wentworth se aclaró la garganta. Elliot no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba ahí, en las sombras; esperaba que no mucho.

—Creo que es hora de que Philip se vaya a casa.

—Una idea excelente. Hay dos taxis en el muelle esperando al grupo que se está yendo en estos momentos; debería haber sitio para uno más.

Wentworth agarró a Philip y se lo llevó.

Elliot, al darse cuenta de que era la última persona que quedaba en cubierta, recogió el vaso que se le había caído y lo llevó a la mesa. Estaba a punto de marcharse, cuando Wentworth regresó.

—No eres nada fan de mis vasos, ¿eh?

Elliot se rio.

—Lo siento.

La sonrisa de Wentworth hizo que le brillaran los ojos de forma tan potente que incluso le iluminaron el alma a Elliot.

—Ese tal Philip… parece estar loco por ti.

—No creo que haya pasado conmigo el tiempo suficiente como para estar loco por mí.

—No creo que para eso se necesite más de un minuto.

Toda esa belleza en estado puro, esa fuerza; su pelo rojizo, su barba oscurecida por la noche, sus ojos…, que recorrían a Elliot de pies a cabeza; con dulzura; de forma apreciativa.

Wentworth suspiró. No parecía ser consciente del impacto que esas palabras —y ese suspiro— habían tenido en Elliot. Era como una ola arrasándolo; magnífica, enorme, llena de esperanza y… aterradora.

—Me alegro de que nadie haya acabado en el agua esta noche —dijo Wentworth—. Hace un frío espantoso y no me apetece nada pillarme un catarro.

—¿Quién dice que serías tú el que acabaría resfriado?

Wentworth lo miró fijamente.

—Sería yo, sin duda.

Había tantas cosas que podían interpretarse en esa conversación… Elliot casi podía saborear el perdón en el aire. Si presionaba un poco, incluso podría oírselo decir.

Pero era tarde. Ambos estaban cansados. Y Wentworth había estado bebiendo.

Elliot no haría trampas, se curraría su camino hasta el perdón. No dejaría que Wentworth dijera o hiciera nada que no haría a la sobria luz del día. No dejaría que lo perdonara cuando Elliot no se había disculpado con propiedad.

Aunque quería que eso ocurriera; con todas sus fuerzas.

—Debería irme a casa.

Wentworth se acercó un paso y el placer que Elliot sintió al tenerlo tan cerca fue abrumador y dificultó sobremanera su capacidad para moverse. Su cercanía hacía casi imposible hacer lo correcto.

Pero tenía que irse. Sacó las llaves del coche, el tintineo del llavero fue una señal para ambos de que la noche había terminado.

—Elliot…

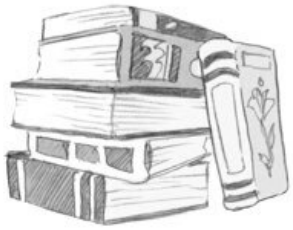
Dios, si se acercaba un poco más, la única forma de huir sería empujarlo y salir corriendo. Nunca había tenido mucha fuerza de voluntad cuando se trataba de ignorar a un Wentworth… dispuesto. Logró retroceder apenas unos centímetros y se limitó a esperar, como desafiando a Wentworth a que lo persuadiera de quedarse.

—Elliot…

Elliot agarró sus llaves con fuerza y logró ponerse en marcha.

—Buenas noches, Wentworth —le dijo al pasar por su lado.

No se atrevió a mirar atrás.



Aún vestido, se dejó caer en la cama y siguió rumiando su decisión.

Había hecho lo correcto, pero…

Respiró hondo. No le iba a dar más vueltas. Hora de dormir; mañana el *brunch* era en su casa y quería estar medio lúcido para recibir a sus amigos. Pondría la alarma y…

«Ay, no».

Su teléfono.

Elliot se incorporó, se palpó los bolsillos, se acercó a la puerta y echó un vistazo a los de la chaqueta. No recordaba tenerlo en el coche. Siempre le pasaba lo mismo, dejaba el móvil en cualquier sitio y luego se le olvidaba. Si fuera un poco más adicto a él, estas cosas no le sucederían.

El último sitio donde lo había tenido…

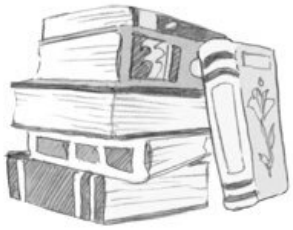
Se quedó inmóvil.

El piano de la habitación de Wentworth. Cerró los ojos. Adiós a lo de que no se enterara de que había estado en su camarote.

Volvió a tumbarse en la cama, cogió una almohada, se la puso sobre la cabeza y ahogó un gemido.

Bueno, ya no podía hacer nada para remediarlo. Pasaría por allí al día siguiente después de comer con sus amigos.

Quizá tuvieran un momento para… charlar.



—Ahora mismo no me caes demasiado bien —le dijo Elliot a la alcachofa de la ducha mientras permanecía bajo ella, desnudo, con apenas un chorrito de agua tibia cayendo sobre él. Tal vez si tocaba…

Vale, sí, funcionaba; salía más agua, pero… ¡no por donde tenía que salir! Se estaba filtrando por las tuberías.

Había llegado la hora de llamar a un fontanero.

Elliot suspiró y renunció a ducharse. Cerró el grifo, se puso una toalla en la cintura y abrió la ventana de par en par. Ya lo que le faltaba era que le saliera moho.

Mary, que estaba al otro lado de la valla regando su jardín, lo saludó con la mano.

—Parece que Cariño quiere salir —dijo Elliot cuando escuchó el ladrido del perro procedente del interior de la casa.

—Cuidar el jardín es imposible con él corriendo por todas partes.

Elliot se contuvo de contestarle, pero solo porque en esos momentos sonó el timbre. Se dirigió hacia la puerta. Serían Finley, Ethan y Noah.

Al abrir, un soplo de aire fresco se coló en el interior de la casa y Elliot se aferró al pomo de la puerta con fuerza.

Allí, a la sombra de su porche, guapísimo, enfundado en unos vaqueros y con una camisa blanca con el primer botón desabrochado, estaba Wentworth. Llevaba el pelo un poco revuelto y las gafas de sol sugerían que tenía un poco de resaca.

Se colocó las gafas en la cabeza y miró a Elliot con sorpresa, parpadeando mucho y muy rápido.

—Wentworth —lo saludó.

Solo podía haber una razón para que estuviera allí; Elliot lo miró de arriba abajo en busca de su teléfono. No estaba a la vista. Lo tendría en algún bolsillo.

La mirada de Wentworth bajó por su torso húmedo y descendió hasta la toalla en sus caderas.

—Te estabas duchando.

Elliot soltó una carcajada.

—Ya quisiera. Eso es lo que pretendía, pero mis tuberías se han puesto tontas. Gotean tanto que ha llegado un punto en que se

duchan más ellas que yo.

—¿Has llamado a un fontanero?

—Está en mi lista de cosas por hacer.

Wentworth se bajó la cremallera de la fina chaqueta que llevaba sobre la camisa, la colgó en el gancho de la entrada y se quitó las botas.

—Echaré un vistazo.

—Vale —dijo Elliot, siguiéndolo.

De repente se sintió… aturdido. No porque probablemente el único motivo por el que Wentworth estaba allí era para devolverle el teléfono. Ni porque lo estuviera viendo casi desnudo, con solo una toalla a la cintura, por primera vez en quince años. Ni siquiera por el hecho de que se moviera por su casa como si nunca se hubiera ido.

Estaba aturdido porque Wentworth estaba canturreando y sus ojos, a pesar de estar resacosos, brillaban con… ternura. Tanto si él era consciente de ello como si no, parecía que estaba justo donde quería estar.

Elliot se apoyó en la pared del cuarto de baño, en lo que esperaba pareciera una postura relajada, mientras Wentworth se metía en la bañera y empezaba a hacer cosas supervaroniles con las tuberías.

—¿Elliot?

—¿Hum?

—¿Tienes una caja de herramientas? Necesito una llave inglesa. O alicates, si no hay otra cosa.

Cuando Elliot regresó con una polvorienta caja de herramientas, Wentworth estaba probando el agua.

—Creo que se trata de…

El agua salió disparada por una grieta en las tuberías, pillando a Wentworth por sorpresa y empapándolo. La camisa se le volvió transparente al instante y dejó ver su abdomen marcado, sus duros pezones y una suave mata de vello en el pecho.

Soltando un gruñido, Wentworth agarró la tubería, tapó la grieta con la mano, y cubrió el chorro de agua.

—¿Puedes cerrar…?

Elliot se dirigió al grifo. Pero era una postura muy incómoda y además estaba durísimo. Así que se metió en la bañera y se agachó, estudiando el agarre de Wentworth sobre la parte superior de las tuberías.

—¿Si me pongo así, delante de ti, aún llegas bien?

—Lo tengo controlado.

Elliot agarró el rígido grifo y lo giró hacia la derecha, apretándolo.

Wentworth suspiró, aliviado, y sacudió una mano.

Elliot, aún de rodillas, se giró en la bañera, y le agarró la muñeca. Esperaba que la línea roja que tenía en la palma de la mano fuera por la fuerza que había ejercido al sujetar la tubería y no una quemadura. Levantó la vista y vio que Wentworth lo miraba fijamente con un destello de algo muy familiar en los ojos; no era la primera vez que se encontraban en esa posición.

A Elliot le cayeron unas gotas de agua en la cara y tragó saliva.

Wentworth apartó la vista y salió de la bañera. Buscó una toalla limpia y se la tendió a Elliot; luego se quitó la camisa y los vaqueros mojados y los llevó a la secadora, que estaba en el cuarto adyacente.

Sonó el timbre y Elliot maldijo.

—¡*Brunch*!

Wentworth apareció de nuevo.

—¿Has quedado?

—Estás invitado, si te apetece. Pero te lo advierto —Elliot señaló sus cuerpos casi desnudos—, van a hacer preguntas.

Wentworth vaciló un instante y el timbre volvió a sonar.

—Necesito ropa interior.

—Antes abriste la puerta en toalla.

—No tengo nada en contra de abrir la puerta en toalla, pero ahora parece más una tienda de campaña. Un bóxer apretado lo contendrá y pondrá cada cosa en su lugar.

Wentworth soltó una carcajada, pero, cuando se dio cuenta de que lo estaba haciendo, se apresuró a contenerla y se aclaró la garganta.

—Yo tengo una imagen mental a la que recurro cuando me pasa algo así. —La forma en que lo dijo, su mirada…—. Yo me encargo de

la puerta.

Se dirigieron a extremos opuestos del pasillo y, justo antes de llegar a su dormitorio, Elliot oyó la estruendosa voz de Wentworth:

—¡Vecina Mary! ¿En qué podemos ayudarte?

¿Mary?

Su voz sonaba más chillona de lo normal.

—¿Podéis Elliot y tú dejar de… darle tan fuerte?

Se hizo el silencio durante unos instantes y Elliot se imaginó a Wentworth mirándola con atención, posiblemente con los ojos entrecerrados. Sin duda, de brazos cruzados.

—Aún no hemos terminado. Así que vamos a seguir… dándole un rato más.

—¿Podríais esperar a que deje de regar el jardín?

—No. Tenemos que hacerlo ahora.

—¿Y podéis hacer un poco menos de ruido?

—Es un acto ruidoso, qué le vamos a hacer. La tubería de Elliot necesita *mucha* atención.

Mary jadeó.

—Tienes dos opciones: dejar que nos pongamos manos a la obra otra vez, o entrar y mirar cómo lo hacemos.

La puerta se cerró de golpe.

—Eso pensaba yo.

Elliot soltó una carcajada y se acercó a Wentworth.

—Cree que nos lo estamos montando.

Wentworth le dedicó una sonrisa.

—Lo sé. Me ha gustado tomarle el pelo. —Su mirada recorrió a Elliot de nuevo; luego sus ojos parecieron nublarse, como si, una vez más, se hubiera olvidado de la situación. Frunció el ceño y se dirigió pasillo abajo—. Cerraré la llave del agua y echaré otro vistazo.

Elliot lo siguió con la mirada y suspiró.

Una vez estuvo del todo vestido, con vaqueros y camiseta, volvió a entrar —no sin cierta prudencia— en el cuarto de baño.

Wentworth seguía tocando aquí y allá, pero tenía el ceño cada vez más fruncido.

—¿Cómo están las tuberías? —preguntó Elliot.

Wentworth negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de cómo arreglarlas.

—Quizá no se pueda; puede que estén demasiado rotas y necesite unas nuevas.

Wentworth lo miró y apretó los labios de una forma que llevó a Elliot a pensar que ya no estaban hablando de tuberías.

—Puede ser.

Una punzada de pánico hizo que a Elliot se le revolviera el estómago y miró a Wentworth a los ojos.

—Ojalá las tuberías pudieran hablar… Si así fuera, podrían decirme dónde está el problema.

—Saberlo no significa que sean más fáciles de arreglar.

—Pero es un comienzo. —Elliot se aclaró la garganta—. Quizá estén hechas de buen material y se pueda construir algo nuevo con sus cimientos, ¿no? Puede que no funcionen igual que antes, pero si se pudieran rescatar ciertas partes…, estas podrían ser la base de algo sólido.

—Tal vez.

Era un «tal vez» incierto, pero era un «tal vez».

Wentworth se apartó de él y levantó un metafórico muro entre ellos; una súplica para que dejara el tema.

Elliot asintió a su espalda —a su espalda ancha y musculosa— y cambió de tema:

—Bueno, ¿y Benny? —le preguntó—. Me pareció encantador. Triste, eso sí. Y, oye, ¿fueron imaginaciones mías o él y Louisa…?

—¿Se pasaron una hora recitándose poemas el uno al otro? Sí. A ambos les encantan los clásicos. Quieren que adapte algunos y los convierta en canciones.

—¿Lo harás?

—No creo que pueda sacar otra canción deprimente más.

—Me dijo que su novia había muerto, qué pena.

—Sí, un accidente de coche. Ella llegó a Urgencias cuando Benny estaba de guardia. No debería haberla operado él, con toda la implicación emocional que eso conlleva, pero había poco personal y tuvo que hacerlo. No pudo salvarla. Se culpa por ello.

—Qué traumático.

—Su familia está muy unida. Lo quieren mucho y han estado ahí para él, y ahora que yo he vuelto, lo invito a cenar un par de noches a la semana. —La secadora emitió un pitido, señal de que la ropa estaba lista. Wentworth pasó junto a él y sus miradas se encontraron—. Sienta bien estar ahí cuando alguien a quien quieres te necesita.

Elliot se apoyó contra la pared y se quedó mirando al techo mientras Wentworth se movía en el cuarto de la colada.

Por tercera vez ese día, sonó el timbre.

Elliot abrió la puerta y se encontró a Finley e Ethan dándose un beso y a Noah a su lado mirándolos con anhelo. Les hizo un gesto para que entraran y eso hicieron, sonrientes, alzando las cejas hasta el infinito cuando Wentworth hizo acto de presencia.

—¿Wentworth?

Elliot vio cómo se le caía la máscara que se había puesto para ocultar lo que fuera que sintiera en esos momentos; al instante, el aire a su alrededor crepitó lleno de entusiasmo y vida. Charlaron, se rieron, hasta que Wentworth dijo que tenía que irse, pero que le encantaría quedar un día para tomar café y ponerse al día.

Finley no dejaba de mirar a Elliot de un modo que dejaba claro que quería saberlo todo y con todo lujo de detalles.

—Chicos, podríais, no sé, ¿ir poniendo la cafetera?

—Claro.

Eran inteligentes, así que se fueron a la cocina y los dejaron solos.

Wentworth se puso las botas, la chaqueta, y abrió la puerta.

—Supongo que te veré mañana.

Elliot se acercó mucho a él. Fijó la mirada en sus ojos preocupados y dijo:

—Gracias por intentar arreglar las tuberías.

Su respuesta fue una inclinación de cabeza.

—Sin embargo, creo que has venido por otra razón.

Wentworth, que pareció acordarse de repente de qué hacía allí, metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el teléfono de Elliot.

Sus dedos se rozaron. Elliot se estremeció, pero no apartó la mirada de la expresión de Wentworth, que parecía pasar por mil emociones a la vez; quería decir algo, pero no se atrevía.

Elliot habló por él:

—No pude evitarlo. Tu camarote estaba justo ahí y… me vi dominado por mis sentimientos. Lo siento.

—Sentim… —Wentworth se interrumpió; apretó la mandíbula, como si le costara mucho esfuerzo contenerse—. No pasa nada. Yo… No pasa nada, está bien. —Hizo una mueca, asintió y salió al porche.

De mala gana, Elliot empezó a cerrar la puerta, pero Wentworth metió una mano y se lo impidió.

—¿Quieres palabras, Elliot? —Su voz era suave, tranquila. Elliot recordó lo que le había dicho a la periodista cuando le había preguntado cómo era trabajar con Wentworth—. Habría hecho cualquier cosa por ti —dijo, quitando la mano que tenía en el marco de la puerta—. Lo que nunca entendiste fue que —tragó saliva— en aquel entonces, hubiera muerto por ti. Sin dudarlo.

Elliot quería decir algo, pero tenía la boca seca.

—Estuviste aquí con ella, solo, afligido, mientras yo me ahogaba en autocompasión y me aseguraba de que el mundo entero lo supiera.

—Wentworth…

Con los ojos vidriosos, Wentworth se alejó.

—Te veré mañana.

Elliot se quedó mirando el camino de entrada y dejó que sus palabras le calaran. El estómago le dio un vuelco ante la perspectiva de «mañana». ¿Estaba deseándolo, ahora que Wentworth empezaba a comunicarse? ¿O temía descubrir que no había posibilidad de arreglar lo suyo?

El aroma del café le llegó desde el interior de la casa y lo siguió hasta la mesa del comedor.

Finley, Ethan y Noah lo miraron por encima de sus cafés con ojos expectantes y sonrisas tiernas.

—¿Bueno y…?

—¿Y?

—¿Entonces…?

Elliot soltó una risa nerviosa y se dejó caer en la silla, cogió el café que le habían preparado y se dispuso a contarlo todo.

—Pues…



—¡Benny! —dijo Elliot con Cariño tirando de la correa, ansioso por resguardarse del chaparrón que estaba cayendo. Eran las nueve de la mañana y acababan de llegar a los estudios—. ¿Qué haces aquí?

Cobijado bajo el porche de la entrada, Benny sonrió, nervioso.

—Ca-Cameron me invitó para hacer un *tour*. Dijo que hoy casi todo el mundo estaría rodando en la playa…, ¿no?

Elliot asintió.

—Si, hoy estaremos muy pocos. Será tranquilo.

Benny pareció aliviado al oírlo.

—Mira, ahí está Cameron.

Cameron salió de su coche y corrió hacia ellos a través de la lluvia.

—Espero que el día se despeje o Brandon y el equipo lo van a tener complicado.

Elliot miró las nubes grises e hizo una mueca antes de decir:

—Crucemos los dedos.

—Hablando del rey de Roma —dijo Cameron antes de descolgar el teléfono—. Brandon.

Elliot le dio un codazo a Benny y, sonriendo, le preguntó:

—¿Sabe Wentworth que venías de visita?

—Me ofrecí a traerlo, como no tiene coche… Pero me dijo que caminar lo ayuda a despejar la mente. Que lo necesita para prepararse para el día. Como trabaja con su ex…

—Ya, claro.

Aunque lo cierto era que no lo tenía del todo claro.

Cariño ladró y Elliot se despidió de Cameron y Benny, les deseó que se divirtieran y entró en el edificio.

«Lo necesita para prepararse para el día. Como trabaja con su ex…».

¿Sabía Benny que el ex era él? Parecía un tío sensato y con tacto. No creía que le hubiera soltado algo así si lo hubiera sabido.

Una vez dentro, se cruzó con Louisa, que se detuvo al verlo. Sus mejillas estaban tan rosas como el color de las zapatillas que llevaba puestas.

—¡Elliot!

—¿Sí?

—Me acaban de llamar. El equipo va a volver enseguida y quieren rodar la primera escena íntima.

—¿Y la playa?

—Parece que no despejará hasta la tarde, así que vamos a hacer un cambio.

—Vale, entonces me necesitarán en el plató.

—¿Puedes ayudarme a mí un momento antes de que lleguen? Solo te robaré diez minutos. Tengo que ajustar las luces del estudio Lima y necesito actores; o cuerpos, sin más. Esperaba que pudieras echarme una mano. Y ya si traes a Wentworth contigo…

Elliot se aferró a la correa de Cariño con fuerza.

—¿Qué quieres decir con que necesitas «cuerpos»?

—Es por la iluminación; necesito ver el efecto de las luces sobre cuerpos reales. Mira, no te lo pediría, pero con el cambio de horario no tengo tiempo y no hay más actores en el estudio.

Elliot se quedó mirándola, su mente repasando el guion a toda velocidad. Ya había trabajado la teoría con los actores. Era una escena de sexo. En una cama con dosel. Los cuerpos en cuestión tendrían que…

—Louisa…

Pero ella ya se había ido.

Capítulo Trece



«Sueño con nuestro último beso
y el corazón se me rompe cuando despierto».
W. McAllister, *Aguijonazo al corazón*.

Wentworth no lo iba a querer hacer. De ninguna manera.

En cuanto se lo mencionara, palidecería, se encerraría de nuevo en su caparazón, y cualquier avance que hubieran experimentado desaparecería.

Pero Elliot quería hacerlo.

Tener intimidad con él, aunque no fuera real… Dios, echaba de menos lo maravilloso que era sentirse arropado por su cuerpo, por toda esa fuerza. Puede que solo fueran quince minutos de aparentar una intimidad que no tenían, pero la mera posibilidad de estar así de cerca, de sentir el corazón de Wentworth latiendo contra el suyo, de notar la caricia de su respiración en la mejilla, en la oreja, en el cuello…

Saborearía cada momento, cada roce; lo grabaría todo en la memoria para que, cuando se separaran, tuviera algo con lo que quedarse.

Entró a toda prisa en el estudio de música, aún soñando despierto, pero se detuvo nada más entrar y se quedó mirando a Wentworth, que estaba sentado frente a su escritorio; Elliot no se dio cuenta de que se había quedado ensimismado hasta que Cariño ladró y Wentworth se giró en la silla hacia ellos.

Tenía el pelo despeinado —por el viento de fuera, probablemente — y no le vendría mal recortarse un poco la barba; y aquellos ojos… Aquellos ojos eran del color de la parte más profunda del mar, esa que ansiaba explorar pero no podía.

Wentworth acarició a Cariño, que se le había subido a las piernas moviendo la cola de un lado a otro. Luego levantó la vista hacia él y enarcó una ceja.

—He visto a Benny fuera —dijo Elliot.

—Sí, Cameron le va a enseñar las instalaciones y luego vamos a comer algo rápido juntos.

—Dice que vienes andando todos los días —le soltó.

—Eso hago, sí.

—Dice que tienes que hacerlo. Para despejar la mente y prepararte.

—Es cierto.

—Dice que es porque tienes que trabajar con tu ex.

Wentworth cambió de postura.

Elliot volvió a hablar:

—Si esto es demasiado para tu salud mental, creo que debería cambiarme de estudio y…

—¡*Holaaaaaa*!

Ambos se giraron a la vez hacia la puerta y allí estaba Philip, muy elegante con su traje, sus relucientes zapatos y un ramo de rosas amarillas en la mano. Les dedicó una gran sonrisa y entró en la oficina.

—Para ti —le dijo a Elliot, que miró con suspicacia la ofrenda que le tendía—. Para disculparme —aclaró—. Por lo del fin de semana. Bebí de más y estuve fuera de lugar. —Philip intentó sostenerle la mirada, pero el sentimiento de culpa que parecía embargarlo le hizo bajar la barbilla—. Lo siento.

Elliot cogió las rosas que le ofrecía.

—Bueno, malinterpretaste la situación. Cometiste un error. No pasa nada.

Philip asintió y sonrió aliviado. Se balanceó sobre sus talones y, dando unas palmadas, dijo:

—Pues nada, será mejor que me vaya. —Sus ojos fueron de uno a otro y luego salió de la estancia.

Elliot miró a Wentworth, que observaba con el ceño fruncido la puerta por la que acababa de salir Philip.

—Lo que te decía: puedo mudarme a su oficina.

Wentworth se giró hacia él tan rápido que Cariño dio un brinco.

—¡¿Con ese tío?!

—Tal vez no sea la mejor opción del mundo, pero supongo que será mejor que esto.

Wentworth dejó escapar una carcajada.

—Pensaba que era más difícil para mí que para ti.

—No quiero que sufras por mi culpa.

—Estoy acostumbrado.

—Wentworth, tenemos que hablar, tenemos que establecer una comunicación efectiva. No estás listo, lo entiendo y lo respeto, pero para mí es una tortura seguir esperando. Verte todos los días y no ser capaz de explicarte las cosas; de disculparme, de hablar de verdad.

Wentworth cerró los ojos durante unos segundos antes de decir:

—Que te vayas a la oficina de Philip no solucionará esas cosas. Además, ¿rosas amarillas? ¿En serio? Se supone que simbolizan un amor poco profundo e infidelidad. Vaya ojo tiene el tío.

—Simbolizan una disculpa. Quiere que lo perdone. —A Elliot le picaban los ojos—. ¿No has visto lo mal que se siente?

Entonces sonó un teléfono, el de Wentworth, y este lo cogió con una mano temblorosa.

—Louisa… Sí, está aquí. No, no me ha mencionado nada… Ya… —Sus miradas se encontraron y mantuvieron—. No me supone ningún problema… Vale… Enseguida vamos.

Se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y se levantó.

—Vamos. Louisa nos necesita.

Wentworth ya estaba saliendo por la puerta cuando Elliot le preguntó:

—¿Te ha dicho qué tipo de escena es? ¿Para lo que nos necesita?

—Sí.

Un momento… ¿De verdad no le suponía un problema?

Elliot recorrió todo el trayecto hasta el plató Lima con el ceño fruncido. El set estaba casi a oscuras, salvo por el dormitorio que había en una esquina. Estaba rodeado por luces y focos, tanto por los lados como por arriba.

Un operador de cámara ajustaba las lentes de su equipo mientras Louisa, subida a una escalera, se sostenía en el armazón superior y movía focos y Fresnels. Wentworth se acercó y ella miró hacia abajo.

—Chicos, gracias. Vamos justísimos de tiempo. Me estáis haciendo un favorazo.

Louisa bajó media escalera y saltó más feliz que una perdiz a los brazos abiertos de Wentworth. Le sonrió.

—Dios, sí, qué cuerpo tan perfecto tienes… Eres alto, de hombros anchos, y esos brazos… —Se separó de él y le guiñó un ojo a Elliot antes de decir—: Y tú eres su coprotagonista perfecto.

Elliot asintió. Era cierto; la pareja protagonista era más o menos de su misma talla.

—¿Qué tenemos que hacer? —le preguntó Wentworth a Louisa.

—En realidad, Elliot está más familiarizado con la escena que yo; ha estado ayudando a los actores durante los ensayos.

Wentworth lo miró de reojo.

—¿Y cómo los ayudas?

—Ahí es donde entra en juego la figura del asesor de intimidad. No es fácil para actores que apenas se conocen tener que interpretar momentos tan vulnerables ante una cámara.

Wentworth frunció el ceño.

—Así que tú… ¿Cuál es tu misión?

—Los ayudo a sentirse más cómodos en el aspecto más físico de las escenas íntimas. —El corazón de Elliot latía desbocado—. Louisa, ¿qué planos necesitas?

—La toma desde arriba con los dos en la cama acurrucados y el primer plano durante la escena de sexo. Empecemos con el primer plano.

«Pues nada. Estupendo».

—Supongo que querrás que estemos… —empezó a decir Elliot, intentando controlar el temblor en la voz.

—Mira, estoy tan agradecida de que me estéis echando una mano que trabajaré con lo que sea que me deis. A ver, si los actores estuvieran aquí, lo haríamos con ellos desnudos; bueno, con eso que hay en la mesa de utilería y que se ponen para cubrirse las vergüenzas. Las sábanas están limpias y son fáciles de cambiar para cuando empiece el rodaje real, pero te aseguro que no espero que os desnudéis. Podéis hacerlo con el culo al aire, en ropa interior o vestidos del todo. Lo que os haga sentir más cómodos.

Elliot asintió y, al encontrarse con los ojos de Wentworth, se sonrojó de pies a cabeza.

—¿Ropa interior?

—No soy tímido. Puedo hacerlo desnudo. A menos que tú…

Elliot se enderezó y dijo:

—Yo tampoco soy tímido.

Era mentira. Más o menos. No le daba vergüenza estar desnudo, nunca había tenido problemas con ello. Lo que le daba vergüenza era estar desnudo *delante* de Wentworth. Le traía muchos recuerdos; emotivos, eróticos, y era imposible que no se excitara al estar cerca de él.

Se desnudaron junto a la mesa de utilería, las camisas y los vaqueros cayeron sobre la madera cuando se deshicieron de ellos.

Ninguno de los dos habló, pero se miraron de soslayo, como tratando de averiguar lo que pensaba el otro.

Se quitaron los calcetines; uno, otro…, y, luego…, Elliot tragó saliva y se bajó el bóxer hasta los tobillos.

Wentworth hizo lo mismo y, de repente, evitar el contacto visual se convirtió en una necesidad.

—Toma, ponte uno de estos.

Wentworth se rio.

—No sabría ni cómo ponérmelo. Así que prefiero no hacerlo; a menos que tú quieras que lo haga.

—No quiero, no.

Elliot vio su asentimiento por el rabillo del ojo.

—Pues ya estoy.

—Id a la cama —les dijo Louisa—. Wentworth encima.

—Espera un momento, necesitamos cinco minutos —dijo Elliot.

Wentworth lo miró y apartó la mirada de nuevo.

—¿Los necesitamos?

Elliot se volvió hacia él; tenía todo el cuerpo con piel de gallina.

—Los necesitamos.

Espectacular. Glorioso. Wentworth era impresionante, cada centímetro de él. Sus pectorales, su torso, los muslos musculosos, las pantorrillas fuertes. Esos pectorales duros coronados por unos pezones pequeños y oscuros que asomaban entre el espeso vello del pecho, más espeso que antes. Su polla, ligeramente abultada, caía contra uno de sus muslos; igual que la de Elliot.

Wentworth le devolvió la mirada y recorrió cada centímetro de su cuerpo durante unos segundos, hasta apartar la vista de forma abrupta. Elliot tragó saliva y se acercó. A pesar de toda la bravuconería de la que hacía gala, Wentworth estaba nervioso.

Como el propio Elliot, a quien la inquietud le apretaba el pecho y le revolvía el estómago. Una parte de él dudaba, no sabía si seguir adelante. Podían no hacerlo. O ponerse la ropa interior, al menos. Esto no era fingir, sin más; tenían un pasado. Estar tan cerca, desnudos, dolía; porque la situación emanaba familiaridad. Wentworth irradiaba una calidez que llamaba a Elliot. Sabía la distancia exacta, la longitud del medio paso que tenía que dar y

cómo debía inclinar la cabeza para quedar pegado a él y envuelto en esos maravillosos brazos. Tenían que trabajar en —o contra— las emociones de ambos.

Elliot cerró los ojos un instante y se permitió sentir todo a flor de piel. Cuando los volvió a abrir, Wentworth lo estaba mirando.

—¿Vamos? —Hizo un gesto hacia la cama.

Elliot negó con la cabeza.

—¿Y si primero… tonteas conmigo?

—¿Tontear?

—Sí, me gustaría que, antes de ir directos a la cama, nos sintiéramos más cómodos, más… conectados.

—Ya hay un millón de conexiones entre nosotros, ¿no crees?

—Eso no lo hace más fácil.

Wentworth le agarró la mano y tiró de él. Pero la energía que desprendía parecía forzada. Era como si confundiera el poder que proyectaba con pasión.

—Demasiado rápido —dijo Elliot, notando miles de mariposas revoloteando en su interior—. Puedes tomarte tu tiempo. Respirar.

—Creí que te gustaba cuando me ponía en plan protector.

—Sí, pero, ahora mismo, de lo que necesito protegerme es… de ti.

—¿De mí?

—Esto es… Contigo es… Tiene relevancia. Importa.

Entonces su postura cambió, se suavizó. Tragó saliva y sus ojos se clavaron en los de Elliot, dejando al descubierto su nerviosismo.

—¿Quieres parar?

No preguntaba por preguntar. Si decía que sí, pararían; en un abrir y cerrar de ojos. No tenía ninguna duda.

Elliot negó con la cabeza.

—No quiero parar. Pero…

—¿Pero?

—Aunque esto no sea de verdad, es como si lo fuera. Hace tiempo que no intimo con un hombre.

Wentworth ladeó la cabeza.

—¿Cuánto tiempo?

Elliot se quedó mirándolo.

La sorpresa brilló en los ojos de Wentworth cuando se dio cuenta de lo que quería decir.

—¿Tú tampoco has estado nunca con otro hombre?

Ese «tú tampoco» hizo que Elliot… Hizo que se sintiera…

Cuando habló, se le quebró la voz.

—¿Puedes seguir mirándome así?

Notaba pequeñas descargas eléctricas recorrerle todo el cuerpo. La respiración de ambos era irregular y la mano de Wentworth se deslizaba, sudorosa, sobre la suya.

—Eres…

—¿Sí? —lo alentó a seguir Elliot.

Wentworth respiró hondo; lo miró con calidez.

—Siempre has sido precioso.

«Precioso».

Una palabra que antes pronunciaban como si tal cosa. Una palabra que siempre habían dado por sentada.

Pero ahora, sin embargo…

Elliot se aferró a la ternura que emanaba tras cada sílaba. Se la guardaría, la preservaría.

Se inclinó hacia Wentworth, como habría hecho entonces, y este respondió a su cercanía de forma instintiva, acariciándole el brazo.

Una llamarada de calor se inició en el estómago de Elliot y se le extendió por los brazos, las piernas, los dedos de las manos y de los pies. El aire crepitó entre ellos.

—Vale. ¿Listo? —preguntó Elliot en un susurro.

Unos cálidos dedos se apretaron en torno a los suyos y juntos se dirigieron a la cama. Wentworth vaciló ante la bonita colcha verde y las montañas de almohadas, y miró a Elliot.

La inseguridad y el deseo que desprendía aquella mirada lo hicieron estremecer. Tragó saliva.

Wentworth también, fue visible en el subir y bajar de su nuez. Giró a Elliot hacia él y le agarró el muslo, levantándoselo y haciendo que le rodeara con él uno de los suyos.

—¿Sigues bien?

Elliot asintió. El chisporroteo que produjo el contacto de su piel con la de Wentworth lo hizo jadear y se la puso dura en apenas un

instante.

Wentworth lo notó; lo levantó del suelo y lo dejó caer sobre la cama con él encima. Como si… quisiera protegerlo, impedir que alguien más lo viera así. Como si…, quizá, quisiera que las reacciones de Elliot fueran privadas, solo para él.

Wentworth se apartó un poco, lo justo para dejarlo respirar, y apoyó los brazos a ambos lados de su cabeza. Elliot se aferró a su cálido cuello y lo rodeó con las piernas.

No quería dejarlo marchar.

Sus ojos se encontraron y los de Wentworth se posaron en los labios de Elliot.

—Excelente —dijo Louisa—. Seguid así unos minutos.

La conversación de Louisa con el cámara era un murmullo de fondo. Los focos laterales iluminaron a alta potencia sus perfiles durante unos instantes, resaltando la mirada de Wentworth, esas arruguitas en sus ojos que hablaban de buen humor y risas. Luego, la luz se suavizó, incidiendo en la tremenda belleza de Wentworth. Era tan fuerte y estaba tan guapo; tan nervioso mientras parecía bebérselo con los ojos…

Elliot sintió esa mirada hasta en los huesos. Qué leches, la sintió hasta en el alma.

Louisa interrumpió el momento.

—Lo siento chicos, pero necesito que os mováis.

Elliot tragó saliva.

—Quiere decir que necesita que nos movamos como si…

—¿Te estuviera follando?

—Me estuvieras haciendo el amor.

Wentworth cerró los ojos un segundo y luego asintió. Elliot no tuvo tiempo de analizar la miríada de emociones que pasó por su rostro en esos momentos.

—¿Wentworth?

Wentworth le agarró el muslo y deslizó una mano hacia su culo. El contacto hizo que a Elliot se le escapara un gemido y se movió hacia él, hacia su tacto. Ambos estaban empalmados. Wentworth rozó sus narices y empujó contra Elliot, imitando el movimiento que hubiera hecho para penetrarlo.

Elliot iba a explotar por la fricción, por la intensidad de los recuerdos que lo inundaban. Cogió aire y echó la cabeza hacia atrás. La aspereza de la barba de Wentworth le hacía cosquillas en la barbilla, en la mandíbula. Sus labios suaves se detuvieron en su cuello, sobre su pulso errático.

Una mano en su mejilla le instó a alzar la vista, a mirarlo. Unos ojos azul marino se clavaron en los suyos mientras ambos se mecían lentamente.

Deshecho, como si no tuviera huesos, Elliot temblaba de pies a cabeza. Ya no sabía cómo moverse; no de forma consciente, al menos. Era todo jadeos ante los empujes de Wentworth.

Parecía real. Era como la primera vez que se habían acostado. Era un acto lleno de significado, de nervios, de ansia. Era doloroso. Y Elliot no quería que se acabara nunca. Le rodeó el cuello con ambos brazos y levantó la cabeza, sus labios susurrando contra los de Wentworth. Suplicando.

—¡Dios mío, lleváis la actuación en las venas! —La voz de Louisa les devolvió a la realidad y la tensión en los hombros de Wentworth fue evidente—. Voy a subirme al aparejo para ajustar las luces superiores. ¿Os podéis poner de lado y abrazaros?

Wentworth lo miró en busca de más indicaciones y Elliot apretó aún más el muslo alrededor de sus caderas haciéndolos girar. Wentworth le rodeó la cintura con un brazo apenas un segundo después, haciendo que las erecciones de ambos siguieran pegadas la una a la otra, ocultas de las miradas de terceros.

—¿Te preocupa que nuestro público se dé cuenta?

—Algo así.

—Por lo menos no son pingüinos.

La carcajada que soltó Wentworth hizo temblar la cama y acarició la mejilla de Elliot.

—Madre mía, los pingüinos. No, no es el mismo público.

Una luz fuerte los iluminó, haciendo que a Elliot le lloraran los ojos. Louisa se disculpó y ajustó la intensidad. Le dijo algo al cámara y otra luz los enfocó, envolviendo a Wentworth en una especie de aura brillante. Louisa ajustó las luces hasta que el cámara le dio el

visto bueno. Habían conseguido lo que querían. La iluminación era perfecta.

—Vale, misión cumplida. Gracias, chicos.

Elliot y Wentworth siguieron mirándose. Poco a poco, sus respiraciones se estabilizaron y lograron controlar sus emociones.

—¿Por qué? —susurró Elliot, aferrándose a él—. ¿Por qué ha sido tan fácil?

Wentworth se inclinó hacia él, sus labios le acariciaron la oreja.

—El sexo nunca fue nuestro problema —contestó, justo antes de apartarse de él.

Elliot se estremeció ante la pérdida de su calor, ante el peso de sus palabras.

De fondo, se escuchó a Louisa maldecir porque las luces no se apagaban desde el tablero de control. El aparejo crujió cuando tuvo que subir más para hacerlo de forma manual.

Wentworth se vistió con rapidez, Elliot hizo lo mismo; no se miraron, pero eran más que conscientes el uno del otro.

Tensos, se dirigieron hacia Louisa.

Ella empezó a bajar, mirando a Wentworth con intensidad.

—Muchas gracias por el favor; esto es… —Se rio, encantada, sus mejillas sonrojadas—. No sé, ¿podría ser el comienzo de algo?

Louisa extendió los brazos y se dejó caer hacia Wentworth, que reaccionó rápido y la atrapó al vuelo.

—Qué sensación tan maravillosa.

Elliot se preguntó si se referiría a la emoción de enamorarse. También se preguntó si Wentworth escucharía lo mismo en las palabras no pronunciadas pero sobreentendidas.

Wentworth cambió de postura; su gesto tenso, igual que sus hombros.

Louisa volvió a trepar por el armazón y subió un par de metros más.

—Nunca me cansaré de esta sensación.

Volvió a extender los brazos, pero Wentworth, absorto en sus pensamientos, tardó una fracción de segundo en reaccionar.

—¡No! —gritó, como si pudiera revertir la caída; como si pudiera detenerla.

Louisa intentó agarrarse, pero cayó al suelo y, aunque amortiguó la caída con los brazos, se dio un golpe en la cabeza.

Se desplomó, inconsciente.

El cámara estaba demasiado lejos y Wentworth estaba paralizado por el *shock*. Pero, a pesar de la conmoción, habló: gritó el nombre de Elliot. La súplica evidente en su voz.

Su grito atravesó a Elliot como una descarga, devolviéndolo a la vida, poniéndolo en marcha. En cuestión de segundos, estaba arrodillado junto a Louisa. No había ninguna herida abierta, no había rastro de sangre. Tenía los ojos cerrados.

—No, no —susurró Wentworth, temblando—. No la he cogido a tiempo.

Elliot le buscó el pulso; lo encontró. Un tic, tic, tic débil pero constante.

—Está viva —dijo—. Mírame. ¡Wentworth, mírame!

Presa del pánico, Wentworth lo miró. Tenía los ojos llenos de miedo, pero Elliot no tenía tiempo para calmarlo.

—Voy a llamar a la ambulancia. Busca a Benny y tráelo.

—Benny —repitió Wentworth, y se puso en marcha.

Elliot se sacó el teléfono y llamó al servicio de emergencias.

El cámara se acercó y le preguntó si lo ayudaba a mover a Louisa.

—No. Tenemos que asegurarnos de que no se ha lesionado el cuello. Moverla podría empeorarlo.

Elliot le ordenó que vigilara la puerta. Le dijo que nadie podía entrar excepto el doctor Benwick y los sanitarios cuando llegaran.

—¿Y Wentworth?

—No, no lo dejes pasar.

Elliot había visto lo asustado que estaba. No dejaría que estuviera presente si… Había visto el horror en su cara. La culpa. El dolor.

Tenía que protegerlo.

Louisa se movió. Abrió los ojos un momento, los tenía desenfocados, y volvió a cerrarlos.

Una prueba más de que estaba viva. Pero no sabía cuál era el alcance de sus heridas.

Le agarró la mano para que, en caso de ser consciente de ello, supiera que no estaba sola. Elliot también tenía miedo; y un nudo en la garganta. Louisa, siempre tan llena de vida…

Con qué rapidez podían cambiar las cosas.

«—Lo siento mucho, Elliot.

—¿Qué es lo que sientes, mamá?».

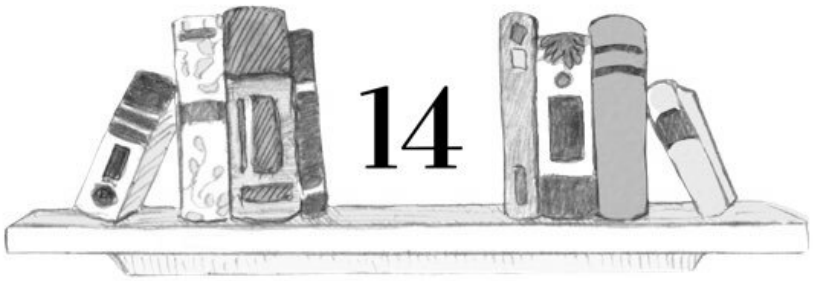
A Elliot le empezaron a escocer los ojos y trató de no pensar en su madre. En lo solo que se había sentido cuando ella lo dejó…

—¿Estás bien? —le preguntó el cámara.

Elliot se aclaró la garganta.

—Deja entrar a Wentworth también.

Capítulo Catorce



«Alto es el oleaje,
rápido como el viento salvaje.
El barco ha zarpado,
las lágrimas han teñido el agua
de lo mucho que te he llorado».
W. McAllister, con Pregúntale a Austen Studios, *Ahogándome*.

Benny pasó de ser una persona melancólica y taciturna a ser el ser más eficiente del universo. Comprobó las constantes vitales de

Louisa, utilizó la linterna que llevaba para examinarle los ojos, la sujetó con muchísimo cuidado y mandó al cámara a por mantas.

Elliot y Wentworth lo observaban uno al lado del otro, serios, dispuestos a cumplir las órdenes que Benny les diera. Sus brazos se rozaron y Elliot sintió los temblores de Wentworth, un eco de los suyos. El nudo en la garganta era cada vez más grande, le dolía; le picaban los ojos.

Dejó caer un poco de su peso en el costado de Wentworth, una pregunta sutil; una cuya respuesta fue un fuerte brazo por encima de sus hombros. Elliot se hundió en su cálido abrazo y le pasó un brazo por la cintura.

Todo estaría bien. Tenía que estar bien.

Se apoyaron el uno en el otro mientras esperaban.

—Tiene una conmoción cerebral. Necesitará tratamiento y observación. —Benny los miró—. He visto casos mucho peores, y todos ellos se han recuperado.

Wentworth dejó salir un suspiro de puro alivio y a Elliot se le hinchó el pecho de emoción.

Entonces llegaron los paramédicos y Benny los ayudó a meter a Louisa en la ambulancia.

—Llamad a su familia más cercana y que vayan al hospital —les dijo Benny.

—No sé… —empezó a decir Wentworth, y miró a Elliot, nervioso.

Elliot asintió, tranquilizándolo, y cinco minutos después tenía el número del móvil de la hermana de Louisa, Henrietta. La llamó y, como no cogía, le dejó un mensaje en el buzón de voz. Volvió a intentarlo un poco después, pero obtuvo el mismo resultado.

—Sé que trabaja en una clínica veterinaria… —Elliot levantó la cabeza y dejó de mirar la hoja con la información de contacto—. ¡Cariño!

Lo habían dejado encerrado en el despacho. Se suponía que no iban a tardar tanto.

Wentworth tomó la delantera y se dirigió al estudio de música. Abrió la puerta y Cariño levantó la cabeza, medio dormido en su cojín favorito.

—Llamaré a la clínica.

Comunicaba, directo al contestador.

Elliot se dejó caer en el sofá.

Wentworth se sentó a su lado. Se inclinó hacia delante, los codos apoyados en las rodillas, las manos en el pelo, tirándose de él, y el rostro oculto a la vista de Elliot.

—Louisa está en buenas manos, Wentworth.

Él solo asintió, como si hablar le costara demasiado. Como si, al hacerlo, fuera a revelar demasiado.

Elliot llevó una mano a su espalda y la dejó allí. Esperaba que el hecho de saber que había alguien a su lado lo ayudara. Su fuerte espalda subía y bajaba bajo la palma de su mano.

—Tenemos que localizar a Henrietta —dijo Wentworth al fin—. No sabemos lo serio que es… Cada minuto cuenta.

Se levantó de forma abrupta; Elliot dejó caer la mano sobre el sofá y se puso en pie. Cogió sus llaves y a Cariño.

—Vamos.



Wentworth estaba sentado en el asiento del copiloto irradiando una calma que no era para nada natural; Elliot sentía la tensión que emanaba de su interior. Cuando aparcaron frente a la clínica veterinaria, su inquietud afloró.

—Debería haberla cogido.

—No siempre es posible hacerlo.

—Todo puede irse a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. —Wentworth miró por la ventanilla del coche hacia el azul chillón de la fachada de la clínica—. ¿Cuántas veces te cogí a ti? Cientos. Y si no hubiera… Bueno, supongo que no lo hice.

—Nunca has obligado a nadie a saltar. —Elliot agarró con fuerza el volante, tenía los nudillos blancos de lo mucho que lo estaba apretando mientras la tarde en que había echado a Wentworth de su vida se apoderaba de su mente—. Tenemos que aprender a vivir con las consecuencias de las cosas que hacemos.

—Louisa no debería haber saltado. Me duele. Pero mi dolor no es comparable con el suyo.

—Era su forma de demostrarte que se ha enamorado de ti.

—Podría haber sufrido un daño irreparable. Su vida podría no volver a ser la misma.

A Elliot le escocían los ojos.

—Todavía no lo sabemos. Quizá todo salga bien.

—Ojalá nunca hubiera saltado.

—Estaba… cegada por lo que sentía.

—¿Sin detenerse a considerar las posibles repercusiones? Retiro lo dicho. Amar con intensidad no es un rasgo para nada atractivo.

—Supongo que, cuando despierte, se dará cuenta de que podría haber comunicado mejor sus intenciones.

—¡Eso espero!

Elliot alargó la mano y le tocó la pierna. Wentworth flexionó los músculos del muslo bajo su palma y lo miró. Aquellos ojos azul marino estaban llenos de angustia.

—Pero puede que, aun así, hubiera decidido saltar.

—Si al menos hubiera tenido tiempo para prepararme…

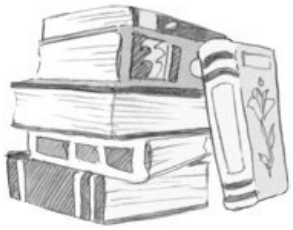
Elliot asintió.

—Deberíamos entrar.

La mano de Wentworth se posó sobre la suya antes de que pudiera apartarla. Elliot se encontró perdido de nuevo en la preocupación de sus ojos.

—Sigo dándole vueltas a lo que debería decirle a su hermana —dijo Wentworth en voz baja—. Y la cosa es que… Tú eres espléndido comunicándote con la gente; con todo el mundo. Eres mucho más directo, lógico y compasivo. Y yo… ¿Podrías decírselo tú? ¿Por favor?

Dejaron una de las ventanas un poco abierta para Cariño, entraron y Elliot habló.



Wentworth se paseaba de un lado a otro de la sala de espera del hospital, Henrietta permanecía en silencio, preocupada, y Elliot tenía la cabeza inclinada hacia Cariño, que estaba acurrucado en su regazo. «¿Y si…?». No, Elliot no podía ponerse en lo peor.

Al fin, Benny apareció y todos contuvieron la respiración.

Wentworth se metió las manos temblorosas en los bolsillos; Elliot se puso en pie y se acercó a él. Por si acaso.

Benny tenía el ceño fruncido y a Elliot le entraron ganas de vomitar.

—Louisa está estable, fuera de peligro. Pero su cerebro necesita tiempo para descansar, para recuperarse.

Los hombros de Wentworth se relajaron de forma evidente y Cariño lloriqueó, posiblemente de lo mucho que Elliot le estaba apretando.

«Estable». «Fuera de peligro». «Recuperarse».

Eso era mucho mejor que… Se estremeció de solo pensarlo.

Se quedaron hasta que anocheció, cuando les dijeron que tenían que dejar el hospital; que se fueran a casa a descansar y que volvieran al día siguiente.

Dejó a Benny y a Wentworth en los estudios, donde estaba el coche del médico, que le dio las gracias y se puso al volante de inmediato. Pero Wentworth se detuvo unos instantes; miró a Elliot con la puerta del copiloto aún abierta y la luz interior destacando su rostro tenso, sus ojos oscuros.

—Gracias por… Gracias por estar ahí.

—Faltaría más. Hum… Mañana tengo que estar en el rodaje de Cubworthy. —No le gustaba la idea de dejar a Wentworth allí solo—. Pero podría intentar…

—Ni hablar. Estás deseando ir. Vi tu sonrisa cuando Brandon lo anunció.

Había visto su…

El nudo que tenía en la garganta desde la caída de Louisa se le apretó aún más.

Lo había visto sonreír. Se había fijado.

—A ver, sí, me hace ilusión, pero…

Las nubes proyectaban un tinte violáceo sobre el cielo oscuro. El asiento del copiloto crujió cuando Wentworth se sentó.

—Tienes que ir.

—Estoy preocupado… —«Por ti», quiso decir; pero, en su lugar, dijo—: por Louisa.

—Te mantendré informado. En cuanto haya algún cambio, lo sabrás.

—¿Seguro?

—Seguro. Me las arreglaré. Me ha afectado mucho, pero ahora estoy bien. Ayudaré en lo que pueda.

Aun así, Elliot era reacio a irse. Odiaba la idea de que Wentworth pasara por esto solo. No saber si Louisa se recuperaría, el dolor de esa incertidumbre. Igual que cuando… Se le heló la sangre y palideció.

—Si me necesitas… —se ofreció con voz temblorosa—. Preferiría estar aquí ayudándote que disfrutando del rodaje en exteriores.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron la mirada; Elliot no podía dejar de temblar.

—Gracias, Elliot —dijo en un susurro—. Pero no hay mucho que puedas hacer aquí y… no me gustaría que te perdieras esta oportunidad.

Elliot tenía ganas de vomitar.

—Si hay algún cambio, si va a peor…, házmelo saber. Volveré enseguida.

Wentworth asentía y asentía; tenía los ojos vidriosos.

Se acercó al asiento trasero y acarició a Cariño una vez más. Luego se detuvo para mirar a Elliot, sus rostros a escasos centímetros. La respiración de Wentworth le acarició la nariz y a él le

picaron los dedos por la necesidad de enredarlos en su pelo rojo y… Dios, tenía esos preciosos labios tan cerca…

Pero ¿y Louisa? Había declarado su amor a lo grande y casi se había matado en el intento. No, entre Wentworth y él no estaba pasando nada.

Se apartaron al mismo tiempo.

—¿Podemos mandarnos mensajes? —Elliot se aclaró la garganta —. No solo para hablar sobre el estado de Louisa, quiero decir.

La brisa del exterior, perfumada por el olor a lluvia, entraba por la puerta aún abierta del copiloto. Wentworth frunció ligeramente el ceño.

—Antes de… Antes, dijiste que las rosas de Philip simbolizaban una disculpa.

—Hum…, sí, así es.

—Y al aceptarlas, se entiende que lo estabas perdonando, ¿no?

—Sí.

Wentworth se quedó mirándolo. Elliot le sostuvo la mirada, temblando mientras esperaba.

—De acuerdo.



Elliot permanecía inmóvil a los pies de la cama, en su habitación vacía y silenciosa. El «de acuerdo» de Wentworth le resonaba en el estómago, en el pecho. La voz suave que había usado; la necesidad en su mirada.

El despertar de un antiguo vínculo.

La segunda oportunidad que despertaba con él.

Estaba conmovido. Agradecido. Aterrado.

Había pasado las últimas semanas soñando con ello. Había dudado que alguna vez llegara y, sin embargo, ahí estaba: el perdón. Servido en bandeja ante él. Estaba abrumado. Impaciente.

Colocó el último jersey en la maleta y se metió en su cama grande y fría. La expresión de la cara de Wentworth, tan abierta, tan expuesta…; como cuando se conocieron y le dijo que estaban hechos el uno para el otro.

Pero…

La seguridad en sí mismo que había iluminado su cara en el pasado había sido sustituida por cautela, por precaución.

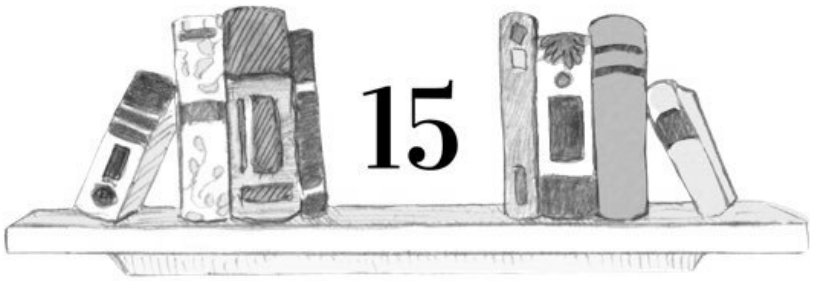
La confianza ya no era algo tan intrínseco a Wentworth.

Y Elliot lo sentía como un peso anclado al corazón.

Como siempre, puso una almohada en *su* lado de la cama y se acurrucó con ella. Le picaban los ojos.



Capítulo Quince



«Cansado, apático, sin color.
Pero al ver tu sonrisa
me florece el corazón
y ya no hay desolación».
W. McAllister con Pregúntale a Austen Studios, *Confiar en mí, confiar en ti.*

Elliot se concentró en el *sheperd's pie* que estaba comiendo, un plato típico del *pub* de Cubworthy; gemía casi en cada bocado

mientras los comensales que se habían sentado a cenar con él sin haber sido invitados discutían. Había tenido la esperanza de que Beth y Walter no lo molestaran en tan ansiado viaje de trabajo, pero apenas había pasado un día y ya lo estaban atosigando.

—¿Elliot? —dijo Beth en tono tenso—. ¿Estás escuchando?

Su marido puso los ojos en blanco y se recostó en su asiento como si estuviera agotado.

—Elliot quiere comer, Beth. Y yo también.

—Ya comerás cuando solucionemos esto.

—Madre mía, Beth, ¿es que nunca has oído eso de que al corazón de un hombre se llega por el estómago?

—Ya, pues a la vagina de una mujer se llega escuchándola, comprendiéndola y cediendo a sus deseos.

Walter miró a Elliot.

—Dile lo que quiere oír.

Elliot dejó el cuchillo y el tenedor.

—He intentado, sin muchos resultados, he de decir, convenceros de que la comunicación es importante. Al final, sois vosotros mismos quienes tenéis que decidir si hacéis o no lo correcto. —Miró primero a uno y luego a otro—. O ambos acabaréis más solos que la una.

Beth jadeó, ofendida. Elliot cogió el tenedor y siguió dando buena cuenta de su cena. El matrimonio se levantó y se fue. Paz, al fin.

Se sacó el móvil del bolsillo.

Elliot: ¿Cómo está Louisa?

Wentworth: Mejorando. Estoy en el hospital.

Elliot: Eso es estupendo. Me alegro mucho.

Elliot se lo imaginó junto a la cama de Louisa, con flores sobre el alféizar de la ventana a su espalda. La mayoría, sin duda, del propio Wentworth.

Elliot: Hazle llegar mi cariño.

Wentworth: Está lúcida. Cuando se despertó sabía quién era y dónde estaba, y lo recuerda casi todo.

Wentworth: No sabes qué alivio.

Wentworth: Llevaba todo el día atacado. Pero está bien. Cansada, pero bien.

Wentworth: Benny me tiene al tanto de su estado. Y se lo agradezco mucho.

Wentworth: ¿He mencionado lo feliz que estoy?

Elliot: 💔 💔 💔

Wentworth: Le darán el alta mañana, al cuidado de su hermana, eso sí. Benny me ha prometido que la visitará conmigo todos los días para asegurarse de que está bien.

Elliot sonrió, la melancolía inundándolo; la preocupación de Wentworth le parecía de lo más dulce.

Elliot: Vuestro apoyo y compañía, que ambos estéis ahí para ella… Louisa es muy afortunada.

Recostado en su asiento, se quedó releyendo los mensajes. Todos giraban en torno a Louisa, y Elliot quería —no, necesitaba, y con desesperación, además— aprovechar la concesión a la que había cedido Wentworth y hablar también de otras cosas; pero ¿de qué? Aunque había muchos temas que tocar, no sabía cuál debía sacar.

Nunca podrían tener otra primera cita. Pero ¿podría ser el comienzo de una bonita amistad?

Escribió una frase y la borró. Escribió otra. También la borró.

Se jugaba mucho.

En el *pub* había demasiado ruido para pensar: la música del karaoke y los aplausos llenaban cada rincón. Se levantó y, sorteando las mesas hasta la puerta, salió a la calle.

Se sentó en el alféizar de la ventana del AirBnB que Pregúntale a Austen se había encargado de alquilar —un bonito ático con vistas a la calle principal del pueblo— y volvió a sus mensajes.

Lo que escribió no fue ingenioso ni memorable. Pero era pura necesidad, tenía que decirle algo, lo que fuera.

Elliot: ¿Qué estás haciendo ahora?

Wentworth: Voy caminando de vuelta a casa. Es una noche supertranquila. El cielo es turquesa, como las aguas tropicales.

Elliot: Me gustaría ver eso.

Wentworth: ¿El cielo? ¿O las aguas tropicales?

Elliot: Ambas cosas.

Wentworth le mandó una foto de un cielo de un intenso azul verdoso. Turquesa. O quizá era como el verde de una concha de *paua*. Hipnotizante.

Elliot: ¿Quizá en la próxima foto podrías salir tú?

¿Demasiado audaz? Tal vez, pero...

Los tres puntitos de «escribiendo» saltaron en su pantalla y se detuvieron. Saltaron otra vez y se volvieron a detener.

Wentworth: ¿Cómo te ha ido a ti el día? ¿Emocionante?

Elliot: Lo ha sido, sí. Es todo lo que esperaba y más…

Wentworth: ¿Pero…?

Elliot: Son las siete y ya estoy de vuelta en el apartamento. Me duele la espalda de estar todo el día de pie sobre un terreno irregular y aquí no hay nadie.

Wentworth: ¿Para… darte un masaje en la espalda?

Elliot: Para hablar del día. Pero un masaje en la espalda sería fabuloso.

Más puntitos saltándole en la pantalla otra vez. ¿Tal vez se había excedido? Podía ser, y quizá Wentworth no supiera cómo responder. Lo entendía.

Llegó otra foto. Esta vez, Wentworth salía en ella y sonreía a la cámara. Un bombón de pelo rojizo y ojos oscuros y brillantes que opacaban la belleza del cielo. Elliot podría pasarse toda la noche contemplando la ternura que desprendía su expresión. Tal vez lo hiciera.

Wentworth: ¿Mejor?

Elliot: ¿Quieres la verdad?

Wentworth: A partir de ahora, siempre.

Elliot: Ahora solo puedo pensar que ojalá estuviera allí contigo.

Wentworth no respondió, aunque sí había visto el mensaje.

Para no quedarse mirando la pantalla toda la noche, cogió una toalla y se metió en la ducha. Inclinó la cara hacia el chorro; agua caliente, por fin. La tensión que arrastraba desde hacía semanas se deshizo poco a poco bajo la agradable presión sobre su espalda.

Se enjabonó el cuerpo y jugó con su endurecida polla, con calma, al principio; pero luego se apoyó contra las baldosas y se permitió disfrutar del momento. Se permitió… fantasear. Se acarició con lentitud, se tiró del prepucio y se imaginó que estaba en su cuarto de baño, en la bañera, con Wentworth arreglándole las tuberías.

Lo entregado que estaba a la tarea, cuan concentrado. Su constante determinación de ayudar a Elliot sin importar lo frustrado que estuviera con él.

Encogió los dedos de los pies de placer; le palpitó la polla.

Se acarició más deprisa. Se imaginó que estaba en el Frederick, con el cielo de un precioso azul turquesa y Wentworth casi encima de él, apartándole la mano, apoderándose de su erección; sus dedos callosos siguiendo un glorioso ritmo; uno que ya se sabían de memoria, que habían practicado infinitas veces, que jamás habían olvidado…

Jadeó y su caliente liberación aterrizó sobre su abdomen.

Pudo imaginarse a la perfección la sonrisa satisfecha de Wentworth; ojalá fuera real. Se golpeó la cabeza contra la pared de la ducha.

Se secó y, dejando escapar un suspiro, se dirigió a la cama. Ya tumbado y tapado con las limpias y frías sábanas, intentó alejar a Wentworth de su mente, pero…

Quizá leer le ayudara.

O entrar en Twitter.

O ver algo en Netflix.

Inútil. Internet era totalmente inútil cuando más lo necesitabas.

Le sonó el teléfono.

Elliot lo cogió a toda prisa con el corazón a punto de salírsele del pecho.

¡Wentworth!

Quizá lo había llamado por error. Lo hacía ya dormido en su camarote. Siempre le había gustado estar en la cama hacia las once. Era un hombre que amaba madrugar.

—¿Hola? —contestó Elliot, vacilante.

—Pareces sorprendido. —La voz de Wentworth dejaba claro que estaba sonriendo.

—La verdad es que no esperaba que llamaras.

—Siempre me ha gustado sorprenderte.

—Espero que vuelvas a hacer un hábito de ello.

La respiración de Wentworth pareció entrecortada. ¿Estaría nervioso? ¿O arrepintiéndose de haber llamado?

—Yo…, hum…, quería saber… cómo te fue el día.

—Pues más o menos igual que cuando me preguntaste hace un rato.

—Ya, claro. Sí, hum. Entonces, ¿bien?

—La verdad es que sí. —Y acababa de mejorar—. ¿Tu día qué tal? ¿Y qué tal va la noche?

—Invité a Benny a cenar para darle las gracias por todo. Ha hecho magia con Louisa. Una vez más, mi salvador.

—Es impresionante lo mucho que te preocupas.

—Solo por quienes son especiales para mí.

Ay, la dulzura en su voz.

Elliot cerró los ojos. Louisa era especial para él. Por supuesto que lo era. Podía ser que hubiera intentado no verlo y convencerse a sí mismo de que Wentworth no correspondía los sentimientos de su amiga, pero lo cierto era que ella le gustaba.

Asintió, aunque, como estaba solo en la habitación, nadie podía verlo.

—Eres un tío estupendo, Wentworth. —Elliot colocó la almohada al otro lado de la cama—. Es tarde, debería acostarme…

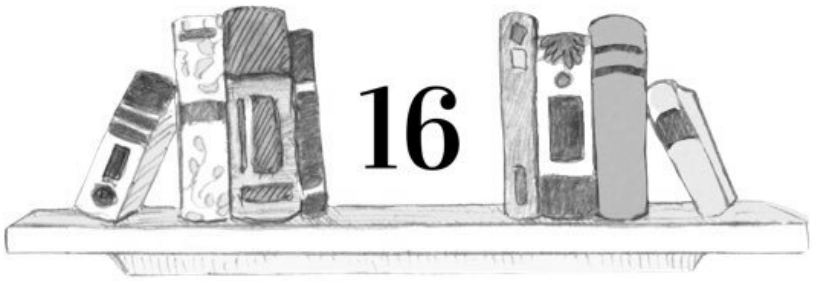
—¡Espera, sí que tenía una razón para llamarte! —soltó a bocajarro.

—¿Sí? —Elliot parpadeó y trató de averiguar cuál podría ser esa razón—. ¿Aparte de sorprenderme?

Una risa.

—Sí, sí, te lo juro.

Capítulo Dieciséis



«Cómetelos por la mañana,
saben a luz.
Dulces pero sanos
¡Cereales Avenanos!».
W. McAllister, *jingle* de un anuncio de cereales Avenanos.

Elliot se puso el teléfono en la otra oreja y se acurrucó con su almohada en la cama.

—Vale, te escucho.

—Supongo que te imaginarás de qué se trata.

Elliot parpadeó.

—Quizá supongas mal.

Hubo un sonido al otro lado de la línea, la voz de Wentworth desvaneciéndose durante un instante, como si él también se hubiera cambiado el teléfono de un oído a otro. ¿Tendría encendida la luz del camarote? ¿Estaría bajo las sábanas o tumbado encima? ¿En vaqueros y camiseta o… en algo menos?

—Venga, que seguro que lo adivinas.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que adivine?

—Exacto.

Elliot frunció el ceño.

—¿Tiene algo que ver con el trabajo?

Una pausa.

—Sí, claro, eso.

¿«Sí, claro, eso»? Pues no sonaba para nada seguro.

—Tiene que ver con el trabajo, entonces.

—Ajá.

—¿Podrías darme otra pista?

—No. Que ya estás a punto de adivinarlo.

¿A punto de adivinarlo? ¿O a punto de que se le ocurriera algún motivo creíble para esa llamada antes que a Wentworth? Elliot se mordió el labio, emocionado y conteniendo un escalofrío. Negó con la cabeza.

—Ah, vale. Ya sé de qué se trata. —Dos podían jugar a ese juego —. Y, sí, tienes razón. Deberíamos hablar de ello.

—¿Sí?

—Claro, por eso me has llamado, ¿no?

—¿Sí?

—¿Quieres que empiece yo o…?

—Tú, tú, empieza tú.

La sonrisa de Elliot se ensanchó.

—Con mucho gusto. Me alegro un montón de que por fin hablemos de esto.

Le dio la sensación de que Wentworth había dejado de respirar al otro lado.

—¿Hablar? —Tosió y su acento escocés se hizo más profundo cuando añadió—: O sea, *seh*, hablar.

—Sobre la comida que aparece misteriosamente en mi mesa cada día, ya sabes.

Un suspiro. ¿De alivio?

—Ah, sí, eso. Por eso te he llamado, claro.

—Supongo que quieres que te pague, ¿no? O mejor aún, que, a partir de ahora, vaya yo mismo a comprarla.

Aunque solo les quedaba un día juntos en la oficina. Solo una comida más.

—No. —Sonó rotundo—. No quiero eso en absoluto.

—No me importa, lo haré encantado…

—Basta. A lo que me refería es a que…

—¿Sí, Wentworth?

—Deja el tonito, Elliot. Sabes perfectamente que me lo estoy inventando todo sobre la marcha.

Elliot se rio.

Wentworth refunfuñó. Luego:

—En realidad, sí que hay algo que quiero cambiar con respecto a esos tentempiés.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Podríamos comer juntos. La próxima vez, no sé, quizá incluso podríamos acercarnos a la cafetería. Los dos.

Elliot sonrió; primero con la mirada fija en las sábanas y, luego, alzando la vista al techo.

—Me… Me gustaría mucho.

—«La comida que aparece misteriosamente en mi mesa»… Te he visto rápido ahí. Yo me había quedado en blanco.

—Te lo he notado.

Una carcajada.

—Siempre tan directo —dijo Wentworth.

—Eso no ha cambiado.

—No.

Hubo una pausa, un corto silencio que Elliot rompió:

—En vez del tema de la comida, durante un segundo estuve tentado a volver a sacar el tema de por qué aceptaste el trabajo en

la productora.

—Eso da igual, no creo que importe.

Elliot se imaginó a Wentworth tumbado en la cama, sus ojos bailando por su camarote mientras intentaba esquivar la conversación una vez más.

—Yo creo que sí importa.

Una pausa y, tras un gruñidito, una respuesta:

—¿Quieres que admita que acepté porque era en Port Rātapu? Estoy cansado de Hollywood y de vivir mi sueño en un escaparate, a los ojos de todo el mundo. Quiero establecerme en un lugar donde pueda imaginarme formando una familia. Acepté el trabajo porque quería saber qué había sido de… —Dejó de hablar de forma abrupta —. De Benny.

Elliot sintió todo su cuerpo arder.

—Encontrarte trabajando allí era lo último que esperaba.

Wentworth se aferró a esa verdad como si enmascarara las demás, pero Elliot había oído lo que no había llegado a decir.

—¿Estás decepcionado… con el trabajo?

—Es distinto.

«Me ha dicho que estás tan distinto que casi no te reconoce».

A Elliot se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Distinto?

—Sí, distinto para bien. Cada vez me gusta más.

La respuesta de Elliot fue tragar saliva.

—Cada vez me gusta más y, de hecho, puede que incluso lamente no poder trabajar más tiempo contigo.

—El sentimiento es mutuo. —Elliot se aclaró la garganta, tratando de deshacerse el nudo que se le había formado—. Al menos tienes a Louisa. Ella te mantendrá entretenido.

Wentworth se rio.

—Esa chica es de lo que no hay, ¿verdad?

—No tiene filtro alguno.

—Me alegro de que sea tu amiga —dijo Wentworth.

Elliot se aferró a la manta con la mano libre. ¿Qué querría decir con eso? No quería interpretar nada.

—Bueno, creo que ahora sí debería dormir.

—Tienes razón —dijo Wentworth tras una risita—. Es tarde. Pero…

—¿Sí?

¿Querría Wentworth cambiar de tema? ¿Qué hablaran de otra cosa? ¿Estaba Elliot preparado?

—Que tengas un buen día mañana.

—Ah. Vale. Sí, tú también.

Elliot colgó, se dejó caer de nuevo sobre la almohada y se tapó la cabeza con la manta.



ELLIOT NO ESTABA SEGURO DE PODER DECIR QUE HABÍA SIDO UN *BUEN* DÍA. Había empezado muy bien, le encantaba que muchas de las escenas íntimas tuvieran lugar al aire libre. Pero su trabajo había llevado poco tiempo, con lo que había tenido un montón de tiempo libre. Algo que, en cualquier otro momento, le habría parecido fabuloso; le encantaba caminar, y aquí había un montón de colinas y campos silvestres perfectos para ello. Pero en esos momentos, justo ese día…

No podía quitarse de la cabeza la llamada de la noche anterior.

Si a eso se le añadía su conversación con Cameron durante el descanso que habían hecho a media mañana… No, ya no podía pensar en otra cosa:

«—Ha llamado Louisa.

—¿Cómo está?

—Bien. Muy bien. Me ha dicho que ahora nos entendía a Henry y a mí.

—¿Que os entendía?

—Sí. Parece que ha encontrado el verdadero amor casi a primera vista. Y que él la corresponde».

La alegría de Cameron aún le resonaba en los oídos.

Quería que la jornada laboral terminara cuanto antes.

Pero era una persona adulta. Debería tomárselo con madurez. Autoconvencerse de que tenía suerte de que Wentworth lo hubiera perdonado, de que parecía que incluso podrían volver a ser amigos. Elliot no había esperado una segunda oportunidad en el plano romántico. La felicidad de Wentworth era todo lo que importaba.

Estaba sentado en un banco cercano al plató, mirando el sándwich que tenía en las manos. Lo había comprado en la cafetería del pueblo esa mañana. Había elegido la opción más parecida a la que Wentworth solía cogerle.

Ahora era lo último que quería comer.

Le picaban tanto los ojos que veía el sándwich borroso.

No quería autoconvencerse de que no podía estar con Wentworth. Ni en esos momentos ni nunca.

—¡Hola!

Elliot se sobresaltó.

—Ey, Philip. Hola.

Philip se acercó a él con sus relucientes zapatos, pisando la hierba con excesivo cuidado.

—¿Te apetece un poco de compañía? Eh…, ¿*buena* compañía, esta vez?

Se sentó sin esperar a que Elliot le contestara. No es que le fuera a decir que no, pero para qué preguntaba si la respuesta le daba igual.

—Mi idea de buena compañía, Philip, es estar con gente amable y atenta, que sabe escuchar y valora lo que se dice; y lo que se intuye, aunque no se le diga. Eso es para mí una buena compañía.

—No —dijo Philip, dando un gran mordisco a un *muffin* y hablando con la boca llena—. Eso no es buena compañía. Esa es la mejor de todas. Buena compañía es *cualquier* compañía que no se emborracha a lo bestia y se te insinúa. —Tragó saliva—. ¿Qué? ¿Por qué niegas con la cabeza?

Elliot suspiró.

—Eso es tener el listón bastante bajo.

—Hablo por experiencia. —Philip lo miró y sonrió—. Puedo aprender a escuchar. Por ti.

—Creo que es algo que tienes que hacer por ti mismo.

—Vale, entonces lo haré por mí mismo.

—Philip —dijo Elliot viendo cómo se le iluminaban los ojos. Era como un cachorrillo, un cachorrillo muy aseado y limpito al que no le gustaba la suciedad—. Tengo la sensación de que te gustaría que pasara algo entre nosotros.

—Me lees tan bien… Eres la *mejor* compañía del mundo.

Elliot sonrió con amabilidad y se quedó mirando su sándwich.

—No va a pasar nada entre nosotros.

—¿Estás seguro? —Philip lo miró con lascivia—. Puedo ser muy persuasivo.

—No tengo interés romántico en ti ni albergo sentimientos de ningún tipo.

La excitación de Philip se desvaneció y dejó caer los hombros.

—Ahí parecéis estar todos de acuerdo. —Parpadeó varias veces —. Supongo que el problema soy yo. No… lo entiendo.

Elliot habló en voz baja:

—Entras demasiado fuerte. Quizá si dejaras que las cosas fluyeran con naturalidad…

—Soy un emprendedor. Cuando tengo un objetivo, lo persigo. ¿Es eso tan malo?

—¿Cuál es tu objetivo?

—Encontrar un novio.

—¿Por qué?

—¿Para… el sexo?

—No necesitas un novio para eso.

—Odio Grindr. No me gustan los rollos de una noche. Quiero a alguien que sea solo mío.

—¿Por qué?

—¡Para no estar solo! —Tras decirlo, la cara se le volvió de un rojo escarlata—. A ver, que tengo a mi hermano pequeño y él lo es todo para mí. Sé que no debería sentirme solo. Olvida lo que he dicho.

Elliot se apiadó de él.

—Puedes tener cientos de amigos y seguir sintiéndote solo, Philip. Tener novio solo por tenerlo no lo solucionará. Lo que buscas es una conexión.

—O trabajar en mi cortejo, mejorarlo. Volverme romántico y todo eso. Excelente consejo, Elliot. Leeré todos los clásicos y me convertiré en un héroe de libro.

—Yo no he dicho…

Philip se puso en pie y salió de la zona de hierba con mucho cuidado, intentando no pisar en exceso hasta llegar al camino. Elliot negó con la cabeza sin saber si reír o llorar. De verdad era como un cachorrillo entusiasmado, le faltaba mover la cola.

Cameron paró el avance de Philip para decirle algo, pero este pareció no escucharlo mientras le hablaba, perdido como estaba en sus pensamientos y sonriendo al cielo con cierto aire de ensoñación.

Elliot suspiró y volvió a meter el sándwich en la bolsa de papel. Cuando levantó la vista, Cameron estaba allí, dedicándole una de sus preciosas sonrisas.

—¿Estás libre el sábado por la noche?

Elliot lo miró con curiosidad.

—Bueno, supongo que depende.

Cameron se echó a reír.

—Mis amigos Lake y Knight tenían entradas para la ópera y no pueden venir con nosotros. Y cualquiera pensaría que regalar dos entradas ya pagadas sería coser y cantar, ¡pero no! Bueno, ya tengo una adjudicada, ¿quieres la otra? Por favor, di que sí. Yo estaré allí con Henry.

Elliot se tensó. La ópera. Le encantaba la ópera. Le había fascinado desde aquella primera y mágica vez con Wentworth. *Le Nozze di Figaro, Die Zauberflöte, L'Elisir D'Amore.* Las había visto *online*, se había estudiado las letras, las había traducido. A veces, veía las óperas que se representaban en Hollywood y se preguntaba si Wentworth asistiría. Y, a veces también, le hacía sentirse conectado a él de alguna forma, a pesar de que Wentworth hubiera pasado página. Y cuando traían alguna ópera a Port Rātapu, Elliot acudía sin falta.

Pero esta vez no había podido conseguir entradas.

¿Cameron le ofrecía una y gratis?

—Será un honor.

Cameron se sacó la brillante entrada del interior de su chaqueta y se la entregó.

—Estupendo. ¿Quedamos en la puerta del teatro sobre las seis?

—Allí estaré.

Cameron se acercó a su hermano y Elliot se quedó mirando la entrada. *Roberto Devereux, ossia Il conte di Essex*.

Esa ópera. *Su* ópera.

El móvil le empezó a vibrar en el bolsillo y Elliot dejó caer la entrada sobre su regazo mientras se apresuraba a responder la llamada. Era una señal. Era el destino. Era…

Mary.

Dejó caer los hombros y respondió.

—Cariño ha estado ladrando sin parar. Ayer todo el día; y esta mañana igual. Los vecinos no paran de llamarme al trabajo para que me ocupe de él. ¿Por qué hay tanta gente que trabaja desde casa? ¿No pueden conseguir un curro de verdad?

—Tienen curros de verdad, Mary. Cariño es un cachorro, necesita…

—Si te soy sincera, creo que está molesto por tu culpa.

Elliot se contuvo de decir lo que pensaba.

—¿Y por qué crees eso?

—¡Porque lo malcrías! Te lo llevas contigo al trabajo y todo. Y, claro, ahora está triste por haberse tenido que quedar en casa.

—Era así antes de que empezara a llevármelo al trabajo. Quiere atención y quiere compañía.

—Hoy llegaré a casa a las cinco; ah, no, no puedo, esta tarde nos tomamos una copa al salir; a las siete y media estaré ahí para sacarlo.

Elliot cerró los ojos. Pobre perrete.

—Pero si pudieras…

—Mary, no estoy en Port Rātapu. Deberías haber organizado todo para que Cariño estuviera atendido.

Y él, él también debería haberlo hecho. Debería haber sabido que Mary no lo haría. Había estado tan inmerso en sus dramas que había fallado al pobre Cariño.

—No me gusta que gente extraña entre en mi casa, ya lo sabes. ¿No estás en Cubworthy? Eso está a solo una hora en coche.

—Más lo que tarde en volver; y eso sin contar con el hecho de que *tengo que trabajar*.

—Ya veo. Entiendo.

El tono lo irritó.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Pues que no quieres cuidar de él. No importa, supongo que una cosa es quererlo y otra muy distinta sacrificarte por él.

—Mary, no me gusta que me manipulen. He demostrado mi amor por Cariño día sí y día también. Me atrevería a decir que lo he demostrado más que tú.

—¿Cómo te atreves…?

—¿Te arrepientes de haberlo adoptado, Mary?

—Yo…

Elliot suavizó el tono.

—Creo que estás abrumada. Creo que te encanta la idea de tener un perro, pero que no estabas preparada para la realidad de lo que supone tener uno.

—¿Cómo te atreves? —esta vez, su pregunta fue apenas un susurro.

—Está bien admitirlo.

—Pero lo adoro. Es tan mono…

—Puedes quererlo y, al mismo tiempo, no sentirte capacitada para ejercer de madre.

Se quedó callada durante unos largos segundos. Cuando habló, su voz estuvo precedida de un resuello.

—Tiene los ojos mal. Y parecía estar tan débil… Nadie lo quería. No podía no llevármelo.

—Tiene problemas oculares, sí. Pero cada día está más fuerte. Querías ayudarlo, eso es maravilloso. —Elliot hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, la voz se le quebró—: Quiero cuidar de él. —Eso quería, sí. Adoraba a Cariño. Aunque amar tanto algo acabara

doliendo. Aunque, dentro de diez o quince años, tuviera que volver a despedirse y sufrir una pérdida horrible—. Déjame ofrecerle un hogar.

—Pero…

—Puedo cuidar de él. Quiero hacerlo.

—Pero…

—Puedes visitarlo cuando quieras. Y sacarlo a pasear cuando te apetezca. Pero me gustaría adoptarlo. Ser su «padre».

—Pero… —Mary suspiró y Elliot creyó oír algo parecido al alivio en el sonido—. ¿Y si demuestras lo mucho que lo adoras pasando a buscarlo?

—No puedo dejar el *set*, Mary. Pero me aseguraré de que alguien se ocupe, ¿vale?

—Sí, vale. —Volvió a sorberse la nariz—. ¿De verdad podré visitarlo cuando quiera?

—Es una adopción abierta. Y siempre puedes hacer de canguro. ¿Como este sábado, por ejemplo? ¿Un par de horas por la noche?

—Ay, Elliot. Gracias. Gracias por entenderlo. Gracias por ser tan buen vecino. Cariño te adora. Serás un buen papá perruno. —Algo sonó al otro lado de la línea—. Mierda, ya me están llamando otra vez para quejarse. ¿Quién lo va a venir a recoger?



—Elliot —contestó Wentworth—. ¿Una llamada inesperada a mediodía? Qué agradable sorpresa.

—Te dije que las sorpresas deberían convertirse en un hábito.

—Me lo dijiste, cierto.

—Pero yo sí tengo una razón para llamar.

Una carcajada.

—Ah, ¿sí?

—Más que una razón, es que tengo que pedirte un favor.

—¿Por qué suenas nervioso? —La voz de Wentworth pasó de divertida a seria en un abrir y cerrar de ojos—. ¿Estás en algún lío? No estarás llamando desde la cárcel, ¿verdad?

—¿Y qué cosa horrible podría haber hecho para que me metieran en la cárcel?

—¿Pasarte de arrogante?

Elliot se rio.

—O abusar de tu gran poder de persuasión.

—¿Para hacer qué, exactamente?

—¿Convencer a algún admirador para que se arroje a la masa de agua más cercana?

—No veo cómo podría eso llevarme a la cárcel.

—Liaste a la persona equivocada.

—Cualquier otra persona con la que me líe es la persona equivocada —dijo provocando que Wentworth se atragantara con algo; con sus propias palabras, tal vez—. Pero volvamos a lo del favor. ¿Podrías recoger a mi cachorro y llevártelo al trabajo? ¿Y, no sé, quedarte en mi casa y cuidarlo hasta que yo vuelva el sábado?

—Retrocede un poco.

—¿Podrías cuidar a Cariño hasta que vuelva de Cubworthy?

—Un poco más.

—¿Lo de llevártelo al trabajo?

—Un poco más.

—¿Podrías ir a buscar a Cariño, por favor?

—Lo has llamado «tu cachorro».

—Y eso es lo que es.

—¿Es tuyo?

Elliot no pudo evitar sonreír. Mucho. Una sonrisa enorme y decidida que le iluminó la cara mientras le contaba a Wentworth lo que había sucedido.

—Así que si pudieras…

—Salí hacia allí en cuanto me lo dijiste la primera vez. Ya estoy a medio camino. —Una pausa y, luego, más bajito—: Cariño siempre ha sido tuyo.

—Bueno…

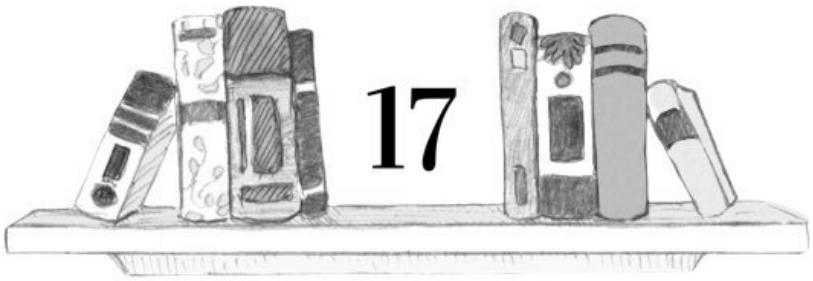
—Es verdad. Veo cómo lo cuidas, cómo lo proteges, cuánto lo quieres.

Elliot cerró los ojos, su sonrisa, aún presente, pero más tenue.

—Me alegro, por los dos. Y estaré encantado de ayudar en todo lo que pueda.

—Me alegro de que digas eso, Wentworth, porque necesito que te cueles en casa de Mary.

Capítulo Diecisiete



«Adiós, arrugas.
Por la mejor relación calidad-precio,
tendréis un aspecto recio
y estaréis frescos como lechugas».
W. McAllister, *jingle* de un anuncio de crema.

Se escuchó una especie de jadeo.
—¡¿Que necesitas que haga qué?!

—Suenas tan sorprendido… —Elliot se recostó en el banco, la sangre corriéndole por las venas a toda velocidad, saltándole un poco más alto con cada palabra intercambiada—. Te estoy llamando desde la cárcel, ¿qué esperabas?

—Y está claro que no has aprendido la lección, si sigues abusando de tus dotes de persuasión.

—No te preocupes, que esta vez no tienes que meterte en el agua. Bueno…

—¿Qué? ¿Bueno, qué?

—Que hay un fregadero justo debajo de la ventana por la que tienes que entrar. Pero seguro que está vacío.

—Pero ¿no se supone que Mary ha dado su consentimiento para llevarte a Cariño?

—Sí, pero tengo la llave de su casa con las llaves de la mía; en mi llavero, que está aquí conmigo. Así que…

—Bueno, puedo coger un taxi hasta su trabajo y que me deje sus llaves.

—Tardarás como una hora y el pobre lleva lloriqueando todo el día. Ya estás casi ahí. No puedes irte ahora.

—No me puedo creer que vaya a hacer esto —murmuró Wentworth, su acento escocés saliendo a la luz—. Como me pillen con las manos en la masa…

—Pues nos tocará compartir celda. Qué acogedor.

Una risotada.

—Vale, estoy en el porche, ¿ahora qué?

—De verdad, Wentworth, es como si nunca te hubieras colado en una casa.

—¡Elliot!

—¿Qué harías para entrar en tu casa si te hubieras quedado fuera?

—Llamar al hombre de las llaves.

—Al cerrajero.

—¿De verdad es el momento de debatir sobre lingüística?

—A ver, llamar a esto debate es un tanto pretencioso.

Wentworth refunfuñó y Elliot se lo pudo imaginar negando con la cabeza mientras intentaba —sin éxito— contener la sonrisa.

Le indicó que fuera hacia el lateral de la casa hasta la cocina.

—¿Cómo sé dónde está la cocina?

—Te asomas por las ventanas y vas viendo; de verdad, Wentworth, espero que nunca pierdas tu trabajo, porque…

—Espero que no lo pierdas tú porque vaya tela… —Se escuchó el leve crujido de la grava bajo sus pies y, luego, su voz escandalizada —: Ay, madre, acabo de ver la mazmorra sexual de Mary.

—Mazmorra… ¿Qué dices? ¡Mary no tiene una mazmorra sexual!

—Bueno, hay una especie de columpio…

—¡Es para hacer yoga! Es bueno para la espalda.

—Sí, vale, prefiero no imaginármelo. Ah, mira, aquí está la cocina.

Entre risas, Elliot le dijo:

—La ventana tiene un pestillo roto, así que puedes tirar del marco hacia arriba y subirla.

Se oyó el chirriar de la madera.

—Y ahora pasa por ella hacia el interior.

—¿Y qué tal si atraigo a Cariño hacia mí?

Wentworth empezó a silbar.

—No funcionará. Mary le cierra la puerta de la cocina para que no pase. Tendrás que entrar.

—Es una ventana muy pequeña, Elliot.

—Sí, y muy bonita. Me encanta el vitral del cristal.

—Y yo soy un hombre muy grande.

Elliot no pudo contenerse:

—Has penetrado espacios más pequeños; así que venga.

Wentworth soltó una carcajada.

—Cuando te vea, te voy a meter en mi bolsillo, a ver qué se siente.

Elliot no empezó a imaginarse cosas sucias, no, para nada. Lo que sí hizo fue sonreír, divertido, con cada gruñido, cada resoplido y a cada «¡Elliot!» seguido de alguna palabrota.

—Estoy dentro. Y ahora soy yo el que necesita ese masaje en la espalda.

Qué no daría Elliot por ser él quien se lo diera.

Pero su buen humor se desvaneció cuando la realidad se impuso sobre su ensoñación. «Parece que ha encontrado el verdadero amor casi a primera vista. Y que él la corresponde».

Wentworth tenía a Louisa para darle masajes en la espalda.

—Tengo a Cariño.

Fue evidente por los alegres ladridos que se escucharon de fondo y por la voz de Wentworth, que subió unas octavas al saludar al cachorro. Cuánto deleite había en ese saludo. Cariño quería a Elliot, pero había alguna posibilidad de que quisiera más a Wentworth.

Y Elliot lo entendía.

—Puedes instalarte en mi casa —le dijo—. Hay una llave de repuesto colgada junto a la puerta principal de Mary.

—¿Debería coger las cosas de Cariño?

—Tengo de todo en casa. No, espera, coge su medicación para los ojos; está en el baño, debajo del lavabo.

—Voy. ¿Algo más?

—Gracias y…

—¿Y?

Elliot se sentó en el borde del banco, se echó hacia delante y apoyó los codos en los muslos. Antes de hablar, hizo una mueca.

—Puedes llevar a Cariño a casa de Louisa, si quieres. Aunque todavía se sigue haciendo sus cosas en casa; está en pleno proceso de aprendizaje.

—Y está mejorando. A Louisa le encantará verlo. A su gato, no tanto. Ya veremos. Ayer preguntó por ti. Echa de menos hablar contigo.

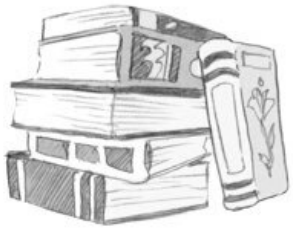
—Ya, eh…, sí. La voy a llamar. Ahora mismo.

—Muy bien. Sí, Cariño, sí.

El sonido de los lloriqueos de felicidad de Cariño y los besos que le estaba dando Wentworth lo llenaron todo durante unos segundos.

Si pudiera cambiarse por el perro, lo haría sin dudar.

—Vale —dijo Wentworth—. Todo controlado por aquí. Llama a Louisa.



Elliot no pudo llamar a Louisa.

A Brandon no le convencía una de las escenas íntimas del guion, y Cameron estuvo de acuerdo en que había que retocarla. Elliot acabó en la granja de estilo gótico del padre del novio de Cameron, ayudándolo a darle más emoción a esa parte.

Rehacer la escena fue lo más divertido que había hecho en su trabajo. Con diferencia. Se sorprendió cuando miró por la ventana y vio que se había hecho de noche.

—Gracias, me has ayudado muchísimo —le dijo Cameron desde el sofá rojo en el que estaba sentado—. Sé que tu contrato termina el lunes, pero si quieres seguir con nosotros…

—¿Quieres ampliarme el contrato?

¿Compartir la oficina con Wentworth durante más tiempo?

—Si tú quieres, sí.

Le gustaba la idea. Estaba tentado a aceptar. Pero…

Se pasó una mano por el pelo.

—Me interesa el trabajo. Pero necesito un descanso. Quiero salir de Port Rātapu, conocer otros sitios.

—¿Un año sabático?

—Seis meses.

Un tiempo para ampliar sus horizontes.

Cameron asintió, pensativo

—Tienes que hacer lo que sea mejor para ti. La oferta seguirá en pie a tu regreso.

Luego, tras procrastinar otra media hora, llamó a Louisa.

La intensidad habitual de su voz estaba un poco… diluida.

—Hola —dijo Elliot—. Suenas… mejor.

Ella se rio y siseó nada más hacerlo, como si le hubiera dolido.

—Me han dicho que me lo tome con calma, así que me estoy pegando tremendo atracón de audiolibros.

—Suena estupendo.

—¿Sabes lo que es estupendo? No tener que arreglarme y ponerme guapa para que alguien me diga que estoy preciosa.

«Preciosa».

Esa palabra era muy de Wentworth.

Elliot tragó saliva, cuando habló, su voz sonó ronca:

—Parece que tienes a alguien especial.

—Ya te digo, es increíble, Elliot. Me está cuidando tan bien… Me siento la chica más afortunada del planeta.

—Eso es lo que eres.

Elliot entró en la cocina, puso el teléfono en altavoz y cogió un plátano del frutero. Lo peló en tres rápidos movimientos y le dio un enorme mordisco.

Tenía hambre, pero no era por eso por lo que comía, era más bien por la necesidad de hacer algo, cualquier cosa. Necesitaba poner el foco de atención en lo que fuera para que no resultara evidente lo destrozado que estaba al escucharla.

—Eres la más afortunada —insistió.

—¿Estás comiendo algo?

—Un plátano.

Louisa soltó una risita.

—Tú y los plátanos. Dios, espero que esa no sea tu cena.

—Y mi comida.

—Pensé que estabas comiendo más. Daba la impresión de que ya no necesitabas que te recordaran que tenías que alimentarte.

—Wentworth me ha estado trayendo comidas al estudio.

Hubo una pausa al otro lado, seguida de un «hum» meditabundo. Luego, Louisa habló:

—Por supuesto que te ha estado cuidando.

—Igual que te ha estado cuidando a ti.

El siguiente bocado fue difícil de tragar.

—Bueno, a mí me cuida, pero… de otra forma.

De forma sexual, quería decir.

Elliot no podía dar otro mordisco al plátano.

Louisa le dijo algo a alguien, su voz sonó distante:

—¿Vienes a la cama? Siéntete libre de quitarte los pantalones del pijama.

Elliot palideció. La mano le tembló al dejar el plátano en la encimera. Así que, al final, Wentworth había decidido llevar a Cariño a casa de Louisa.

—Oye, Elliot. ¿Podemos, hum, continuar esta conversación mañana?

¿Estaban a punto de hacer el amor? ¡¿En ese preciso momento?!

Oyó el deslizar de sábanas y el crujir de la cama. Elliot rezó en silencio para que Louisa se despidiera rápido, no quería oír…

Louisa soltó una risita.

—¡Benny!

—¡¿Benny?!

—Sí, ¿a quién creías que me refería?

—¡Pensé que te referías a Wentworth!

—¡Le dije a Cameron que te contara lo de Benny!

—¡Louisa! ¡Le has estado haciendo ojitos a Wentworth desde que llegó a Pregúntale a Austen! ¡Te lanzaste desde una escalera a sus brazos diciendo que era una sensación maravillosa!

—Eso fue antes de lanzarme y… caerme. Porque entonces me desperté y Benny estaba allí, sonriéndome y diciéndome que iba a estar bien, que iba a quedar más perfecta de lo que ya era.

Se oyó la voz de Benny de fondo:

—Me salió solo, no había planeado decirlo así.

—Pero lo hiciste, y el corazón me empezó a ir a mil por hora.

—Sigo creyendo que eso pudo ser la adrenalina.

—¡Benny! Para. Eres increíble. Me siento… Me siento como nunca me he sentido antes. —Una pausa en la que se escucharon unos susurros y el sonido de un beso—. Wentworth era… un *crush*. Es famoso, sexi y, sí, es muy simpático y me gusta…

—Puedes parar cuando quieras —se oyó decir a Benny.

Louisa se rio.

—Pero no es el hombre adecuado para mí. Nunca me vio como Benny me ve.

—Has… Has dicho que Wentworth cuida de ti de forma distinta; que no como a mí.

—Quería decir que me visita todos los días y eso; esta tarde, de hecho, se ha pasado por aquí con Cariño. Así que sí, me cuida. Y muy bien. Pero… no es lo mismo.

A Elliot le estaba costando procesar las miles de emociones que se amontonaban una encima de otra en su interior. Estaban dándole vueltas en la tripa a toda velocidad. Wentworth no estaba con Louisa.

Elliot evocó su cara, aquellas cejas pobladas, los ojos azul marino centelleantes, la barba corta y sexi que enmarcaba esa sonrisa de infarto.

No tenía por qué significar nada.

Pero…

Significaba.

Wentworth seguía soltero. Ahora no podía pensar en otra cosa, esa idea se apoderó de su mente y de sus entrañas. Se estremeció de pies a cabeza. Y fue un estremecimiento maravilloso.

—Cuando le dije que ya no estaba interesada en él, no se enfadó en absoluto —dijo Louisa—. Es más, si me gustara apostar, y me gusta, diría que se sintió aliviado.

—Aliviado —repitió Elliot—. Le sudaban las palmas de las manos y no podía parar de sonreír.

—Pareces feliz de oírlo.

Sí. Aunque no quería confesar la verdad, el motivo de su esperanza.

—Bueno, es que sé lo que quiere Wentworth a Benny. Me alegro de que no le importe que estéis juntos y su relación no se estropee.

—Hablé con él —dijo Benny. Me disculpé por enamorarme de Louisa y él, bueno, me animó. Y lo hizo de corazón.

—¿Ves? —dijo Louisa—. Todo el mundo es feliz.

Elliot no lograba calmar las cosquillas en la tripa. No debería leer más allá de lo que se le estaba contando. No debía dejarse llevar, porque, si no, la decepción sería aún más grande.

—¿Cómo ha pasado todo esto en solo dos días? —preguntó más para sí mismo que para Louisa.

De todos modos, ella respondió:

—Bueno, dos días y medio. Me desperté por la noche en Urgencias justo cuando Benny terminaba su turno y se quedó conmigo hasta que me volví a dormir.

—Eso es… Guau.

—Y no nos hemos separado desde entonces. Así que es como una docena de citas condensadas en una larga.

—Es una forma de verlo.

—Sé que a la gente le costará creerlo, pero lo cierto es que… de verdad ha sido amor a primera vista.

Elliot no pudo contener una carcajada.

—Louisa, te creo.



Wentworth llevaba cuidando de Cariño y durmiendo en su casa desde el miércoles. Tres noches. Y Elliot era consciente de ello cada vez que se metía en su cama de Cubworthy. Intentaba no dejarse llevar por la imaginación, pero… ¿a quién quería engañar? Se dejaba llevar por la imaginación a lo bestia.

El sábado, cuando terminaron de trabajar y Elliot ya se preparaba para el viaje de vuelta, tenía el estómago, una vez más, revuelto. Tenía hasta ganas de vomitar.

Era curioso cómo el mero hecho de saber que Wentworth estaba disponible lo había hecho sentirse como un adolescente de nuevo. Estaba atacado de los nervios.

Que Wentworth no estuviera con Louisa no significaba que él tuviera una oportunidad. Wentworth podría no querer nada más que una amistad.

Aun así, tenía el corazón hinchado de esperanza y no veía la hora de volver.

Como si hubiera sido mágicamente convocado, Wentworth le envió un mensaje. Un *selfie* con Cariño con un bosque de avellanos de fondo.

Elliot: ¡Qué cosa más mona!

Wentworth: ¿El perro o yo?

Elliot: El perro. Tú eres el séptimo hombre más guapo del mundo según el último número de la revista Gala.

Wentworth: ¿Desde cuándo lees Gala?

Elliot: ¿Desde que eres el séptimo hombre más guapo del mundo?

Wentworth: Solo dicen chorradas.

Elliot: Bueno…, deja que eso lo juzgue el lector.

Elliot contuvo la respiración mientras esperaba respuesta. Se quedó como tonto, de pie en medio del apartamento, con la maleta preparada y lista para bajarla al coche. Un zapato atado, el otro esperando pacientemente a que saliera de su estupor.

Pero es que los tres puntitos de «escribiendo» llevaban mucho tiempo saltando.

Wentworth: Vuelves a las cinco, ¿verdad?

No era la respuesta que buscaba. En absoluto.

Sonrió, a pesar de la punzada de decepción.

Elliot: Me retrasaré un poco.

Wentworth: ¿Te apetece ir a la ópera? ¿Por los viejos tiempos?

Las mariposas volvieron a alzar el vuelo. Pero… Mierda.

Elliot: Pues, de hecho, voy a ir a la ópera. Acepté una entrada que me ofreció gratis Cameron. Le sobraba una y quedamos en vernos allí…

Wentworth: Ah, vale. No había comprado las entradas ni nada.

Elliot cerró los ojos y dejó salir una enorme sonrisa. Las entradas se habían agotado hacía meses. Wentworth debía de haber movido algunos hilos, jugado la carta de «soy famoso», para conseguir dos entradas. Si no fuera una grosería para con Cameron, cambiaría de planes e iría con Wentworth. Quizá no fuera una grosería *taaaaaaan* grande.

Wentworth: Supongo que te veré allí, entonces.

Elliot: O podemos ir juntos en coche.

Wentworth: Sí, eso estaría bien.

Elliot: Te veo en una hora. Cariño.

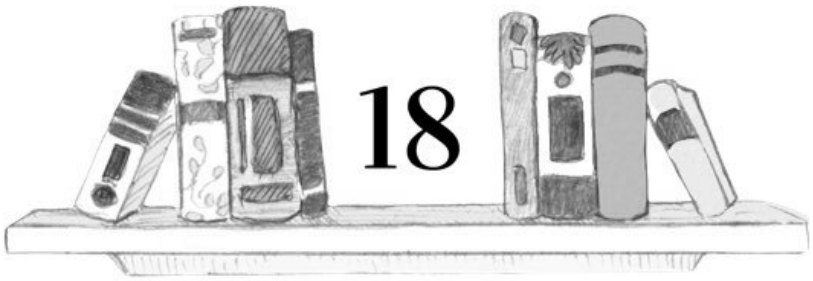
«Ups».

Elliot hizo una mueca. Había sido un lapsus. Había querido decir: «Te veo en una hora. Y a Cariño». Pero se había comido el «Y a». Se quedó mirando la pantalla, esperando la respuesta de Wentworth. No quería que lo malinterpretara.

Bueno, eso no era cierto. Sí que quería. Deseaba que pillara el significado real tras su error; y quería que le gustara.

Le sonó el móvil. Elliot respiró hondo.

Capítulo Dieciocho



«Vuela alto sobre el mar.
Sobre la dulce brisa salada
El sol y tu mirada,
me hacen reír; y estornudar».
W. McAllister, con Pregúntale a Austen Studios, *Vuela alto*.

Wentworth: Aquí te espero, abejita.

Elliot se guardó el móvil en el bolsillo y sonrió durante todo el trayecto de vuelta a casa. La lluvia salpicaba el coche, inundaba las calles, pero la sonrisa de Elliot brillaba de tal forma que un arcoíris podría haberse iluminado en el cielo.

Aparcó y se quedó unos segundos mirando el camino de entrada; iba a tener que correr mucho si no quería empaparse de pies a cabeza. Bueno, se empaparía de todas formas, porque llovía a cántaros.

Entonces, Wentworth salió de la casa y fue caminando hacia él con un enorme paraguas. Elliot lo observó acercarse a través de las gotas de agua que no dejaban de caer contra la ventanilla del copiloto.

Parecía estar mojado, a pesar del paraguas. Pero sonreía, y eso para Elliot fue como un brillantísimo rayo de luz. Wentworth y él volvían a ser amigos. Tal vez… algo más.

Tenía una segunda oportunidad de mantenerlo en su vida.

La mera idea hizo que se sintiera abrumado, apabullado, desequilibrado.

En una nube de placer. Tan sencillo como eso.

Wentworth abrió la puerta del conductor, sujetando el paraguas de forma estratégica para que a Elliot no le cayera ni una sola gota de lluvia encima. Esbozó una sonrisa ladeada, protegiéndolo mientras se bajaba del coche. De repente, estaban muy cerca.

—Ey —dijo Elliot en voz baja.

—Ey.

Se quedaron mirándose el uno al otro con intensidad y la sensación fue eléctrica. Una corriente le recorrió el pecho, le bajó por los brazos e hizo que le temblaran las piernas. A Elliot se le escapó la risa, notaba escalofríos por todo el cuerpo.

—Será mejor que coja mi maleta y nos resguardemos de la lluvia.

Caminaron hacia la casa, sus brazos rozándose todo el rato, la lluvia cayendo a su alrededor como si el paraguas fuera un dosel, como si fueran las dos únicas personas del mundo. En el pasado, las bromas y el tonteo no hubieran cesado. En esos momentos, sin embargo, eran demasiado conscientes el uno del otro, de sí mismos.

Wentworth se había afeitado. No del todo, pero era la barba más corta que le había visto desde su regreso. En un primer momento, Elliot había pensado que estaba mojado por la lluvia, pero el aroma a miel y melón sugería que acababa de ducharse. Respiró hondo, lo que provocó que Wentworth lo mirara de soslayo.

—¿La ducha vuelve a funcionar? —le preguntó.

—He podido arreglarla, sí.

Cariño lo saludó moviendo la cola de lado a lado y trepándole por las piernas. Elliot lo cogió en brazos y se pegó su cuerpecito al pecho, abrazándolo. Le besó la parte superior de la cabeza, era tan suave… Y suyo; era suyo. Podría cuidar al peluchito color bronce.

—Mary será tu canguro mientras estamos en la ópera —le dijo, y le dio otro beso.

Wentworth desapareció con la maleta de Elliot y un paraguas empapado, y él se quitó los zapatos y lo siguió hasta el cuarto de baño. El paraguas estaba enganchado en la barra de la cortina, goteando en la bañera.

—¿Ves? Todo nuevo y reluciente.

Cierto. Las tuberías brillaban.

—Vaya, así que no pudiste salvar las viejas.

—No. Eran muy antiguas; las de ahora son mejores, más duraderas. En la última década han evolucionado y mejorado. —Wentworth las agarró—. Deberían durar toda la vida.

Elliot quería cruzar el baño en dos zancadas, girar a Wentworth para que lo mirara y pasarle los dedos por el pelo; besarlo.

Y se podría haber dejado llevar por la emoción y hacerlo, pero le sonó el móvil e interrumpió el momento.

—¿Cameron?

—Hola, solo quería saber si ya habías llegado y si ibas bien de tiempo; te esperaremos en el vestíbulo, ¿vale? Llueve muchísimo.

—Sí, sí, voy bien de tiempo, estaré allí a la hora que hemos quedado. Salgo enseguida.

—Fenomenal. Mira, no he localizado a Philip, así que, si lo ves esperando fuera, ¿le dices que estamos dentro?

¿Philip tenía la otra entrada? ¡¿Philip?!

Quizá debería de haberlo deducido antes. Tenía sentido; había visto a Cameron hablar con Philip justo antes de hablar con él.

—Me aseguraré de que Philip no se pille un catarro.

Colgaron y, al instante, Elliot sintió el peso del silencio caer sobre el cuarto de baño. Miró a Wentworth; Wentworth apartó la mirada y salió por la puerta.

—Te dejaré para que te prepares.

Cariño trató de liberarse de su agarre; Elliot lo dejó en el suelo y el cachorro se fue tras Wentworth. Él se quedó mirando el espacio por el que ambos habían desaparecido. Necesitaba calmarse.

Pero no estaba calmado. ¡No lo estaba en absoluto!

Se dio una ducha rápida y se vistió mientras Wentworth llevaba a Cariño a casa de Mary.

Elliot lo encontró saliendo del salón, donde había estado durmiendo las últimas noches. Se había puesto un elegante traje gris, sin corbata y con el botón de arriba de la camisa abierto.

—Estás increíble.

Wentworth se sobresaltó, pero luego se permitió observar a Elliot con atención. La admiración brilló en sus ojos hasta que su mirada llegó a su rostro; ahí el brillo se atenuó.

—Tú también estás estupendo, Elliot.

Encontraron aparcamiento en la calle del teatro, a apenas unos metros; pero Wentworth no parecía tener prisa por salir del coche. Miró a Elliot y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Es bueno tenerte de vuelta en Port Rātapu.

—Es bueno estar de vuelta.

—Ha sido extraño estar sin ti en la oficina. Sobre todo porque…, bueno…, cada vez que entro, imágenes de Louisa cayéndose se apoderan de mi mente. —Wentworth se frotó la frente y cerró los ojos un instante. Luego le dedicó otra pequeña sonrisa—. Me alegro de que me pidieras que cuidara de Cariño. Aunque, a decir verdad, ¿quizá es él quien ha cuidado de mí? Como lo hiciste tú…

—¿Yo? No te he cuidado…

—Ese día me salvaste. Estuviste calmado y resolutivo. Yo estaba en *shock* y seguro de que me echarías del plató en cuanto volviera con Benny; pero no lo hiciste. Porque tú también estabas

conmocionado, y también me necesitabas, y… Gracias, Elliot. Por dejar que me apoyara en ti y por permitirte a ti mismo apoyarte en mí.

—Yo también te necesitaba —susurró Elliot. Notaba la agitación recorrerle todo el cuerpo. Se movió en su asiento, agarró el volante, se echó hacia atrás y se apoyó en el respaldo; luego, se giró hacia Wentworth—. Esta semana ha sido…

—Un no parar, ¿eh? —Wentworth se rio.

—Pensé que te estabas enamorando de Louisa.

—No —dijo tras unos segundos de silencio—. Ella nunca… Nunca sentí por ella… Nunca pensé en ella de esa forma. Aunque lo de Benny no lo vi venir.

Elliot tragó saliva, tenía la garganta seca.

—Yo tampoco. Espero que sean felices juntos.

—Tienen personalidades muy diferentes, pero ¿quizá sea eso lo que haga que se sientan atraídos el uno por el otro? Les deseo toda la felicidad del mundo; que su último beso tarde años y años en llegar, que sea un beso artrítico…

Wentworth dejó de hablar. Como si, al igual que Elliot, estuviera recordando su último beso. El suave roce de sus labios en la comisura de la boca…

Elliot se ruborizó, el calor inundándole el cuerpo, y se quedó mirando la lluvia a través del parabrisas.

Wentworth se aclaró la garganta.

—Quiero decir que… espero que lo suyo dure. Louisa está llena de vida y Benny es su complemento perfecto: equilibrado, un alma bondadosa. Aunque he de admitir que…

—¿Qué?

—Solo hace un año que ha perdido a su novia. Casi se le rompe el corazón en mil pedazos. Me cuesta creer que pueda ser tan feliz. ¿Cómo dejas de amar a la primera persona a la que le entregaste el alma? No es posible. No se puede.

A Elliot se le iba a salir el corazón del pecho de lo fuerte que le latía. La forma abrupta en que Wentworth había dejado de hablar, como si se hubiera dado cuenta de que estaba dándole voz a sus pensamientos más íntimos… Se oía la lluvia caer sobre el techo del

coche, bocinas sonando en la distancia, puertas cerrándose; pero todos los ruidos se desvanecían mientras Elliot sopesaba cada palabra.

No podía responder.

Wentworth se desabrochó el cinturón y fue a abrir la puerta.

Elliot necesitaba decir algo. Seguir con la conversación. Qué fácil era guiar a los demás para que se abrieran, para que se expusieran y fueran vulnerables. Elliot deseaba poder hacerlo, lo deseaba desesperadamente, pero la magnitud de su esperanza lo consumía, era como un rayo de sol atravesándole el cuerpo y derritiéndolo hasta convertirlo en un charco; le era imposible hablar, moverse.

Aturdido, logró decir:

—Has hecho bien en apoyar su relación. La de Louisa y Benny. Me gusta mucho Benny. Tienes buen gusto para los amigos.

—A Benny también le caes bien tú —dijo Wentworth en voz baja —. Estoy seguro de que le gustaría conocerte mejor.

El corazón de Elliot no podía latir más rápido.

—A mí también me gustaría conocerlo mejor; a todos tus amigos, de hecho.

Wentworth se giró para mirarlo y fijó sus ojos oscuros en él.

—¿Sí? Porque para que pudieras llegar a conocerlos tendría que lograr que vinieran aquí.

—No he tenido mucha oportunidad de viajar. Si por casualidad estuviera en Los Ángeles y tú también estuvieras allí, no sé, ¿podrías presentármelos?

—Tendríamos…, o sea, *tendrías* que encontrar a alguien que cuidara de Cariño durante unas semanas.

—Claro, claro. No es algo superinmediato ni nada de eso. No me veo viajando mientras siga siendo un cachorro… O, bueno, sí; tengo intención de tomarme un tiempo libre en las próximas semanas, pero me llevaré a Cariño conmigo.

—¿Has reservado ya algo?

Elliot negó con la cabeza antes de decir:

—Quiero sentirme libre. Hacer las cosas de forma espontánea.

—Estaba pensando en coger el barco e ir hasta Marlborough Sounds. Podría llevaros a ti y a Cariño.

—¿Estará bien en un barco?

—Me consta que muchos perros viven en barcos. Tendrá un chaleco salvavidas para cuando naveguemos. Y necesitará adiestramiento, pero… le encanta el agua, le atrae por naturaleza. Podríamos pasar un par de semanas familiarizándolo con mi barco antes de zarpar.

Parecía que Wentworth había estado pensando en ello.

Si no fuera porque el contrato de Elliot acababa ya y Wentworth, sin embargo… A no ser que…

Llamaron a la ventana de Elliot, que se giró para ver a Philip bajo un paraguas, haciéndole señas para que saliera.

Wentworth hizo un sonido con la garganta.

—Bueno, pues será mejor que…

Elliot salió del coche, abriendo su propio paraguas en lugar de aceptar la oferta de Philip de compartir el suyo, pero Wentworth se perdió el simbolismo de todo ello, dado que se había apresurado y ya estaba entrando en el teatro.

Se encontraron a Cameron y Henry esperándolos en el vestíbulo y, aunque Elliot buscó entre el gentío a Wentworth, no logró verlo. ¿Se habría dirigido ya a su asiento?

El subidón que había sentido minutos antes se vio mitigado por su desaparición, y lo máximo que pudo dar a sus acompañantes fue una conversación cortés en murmullos. Fue tras ellos como en piloto automático, sin parar de escudriñar los alrededores en busca de cabellos rojizos y una figura imponente y bella como pocas.

¿Dónde estaba?

Elliot no pudo aguantarse y le mandó un mensaje de texto; hasta que no estuvo sentado, Cameron a un lado y Philip al otro, no recibió respuesta.

> Wentworth: En la parte de atrás. Disfruta del espectáculo.

Cuando las luces de la sala se atenuaron, se giró en su asiento y estudió la última fila al otro lado del pasillo. Allí, al fondo, estaba sentado Wentworth; con el programa enrollado en un puño,

moviendo la pierna sin parar. Estaban demasiado lejos para hablar, pero no tanto como para no verse. Sus miradas se cruzaron en la penumbra.

El teatro siguió llenándose, la gente buscaba sus butacas, lo que supuso ponerse de pie, moverse, dejar pasar… Hasta que se levantó el telón y *Roberto Devereux, ossia Il conte di Essex* comenzó.

Elliot apenas prestó atención. Estaba sofocado y sentía unas cosquillas impresionantes en el estómago, como si se lanzara al mar desde muy alto una y otra vez. Repasó todo lo que había pasado ese día, analizó cada detalle: la oferta de Wentworth de viajar con él, de ayudar a entrenar a Cariño en su barco. Cómo se había callado de forma abrupta cuando mencionó lo del beso artrítico. Todas sus miradas; las breves y las no tan breves.

Wentworth había iniciado una conversación por primera vez, una de verdad, aunque no hubieran podido terminarla.

Pero estaban hablando del futuro.

Estaban… ¡haciendo planes!

Se pasó casi la mitad de la ópera pensando en ello. Cerca del descanso, Philip se inclinó hacia él —por quinta vez— y le susurró:

—¿Entiendes de qué trata esta canción? ¿La de los amantes?

—*Da che tornasti, ahi misera.* Desde que regresaste, todo es desdicha.

Elliot buscó a Wentworth con la mirada; vio que tenía los ojos cerrados y cara de angustia.

Él también se sentía miserable, desdichado. Lo había sido hasta ese día. No, hasta ese momento en el plató Lima, cuando había estado de pie junto a Wentworth. Apoyados el uno en el otro.

Por fin llegó el intermedio, se cerró el telón y Elliot se levantó de su butaca a toda prisa. Cameron y Philip lo miraron extrañados y él dijo que necesitaba ir al baño. No era cierto en absoluto, pero no se dignó a explicar nada más.

Pasó junto a Philip y buscó de nuevo a Wentworth. Ya había abandonado su asiento, había salido antes que el resto. Elliot corrió por el pasillo y salió al balcón del segundo piso con la esperanza de verlo allí. Apenas una veintena de personas había salido de la sala, pero ninguna de ellas era lo bastante alta, fuerte o guapa.

Se asomó, agarrándose a la barandilla y…

Allí. Bajando las escaleras. Tenía la cabeza inclinada hacia el suelo, el cuerpo rígido. Algo en su postura hizo que a Elliot se le revolviera el estómago. Bajó los escalones a toda prisa y logró alcanzarlo en el vestíbulo de bonitas baldosas, bajo una lámpara de araña.

—Wentworth.

Al oír su nombre se detuvo y se volvió hacia él con una sonrisa tensa, evitando su mirada.

—¿Te vas?

—No puedo soportarlo más.

—Ya sabías que tenía un final trágico.

Elliot era consciente de que no estaban hablando de la ópera.

—Ojalá no fuera así.

Wentworth cerró los ojos y, de forma abrupta, salió del teatro.

Elliot se apresuró bajo la lluvia tras él.

—Wentworth, espera.

Le hizo caso, se detuvo bajo una gran marquesina y se giró hacia él una vez más, con la mandíbula apretada.

El aguacero había cesado, seguían cayendo gotas, pero lo peor había pasado.

—No me gusta Philip. No hay nada entre nosotros y nunca lo habrá. Pero resultó ser él quien tenía la entrada que sobraba.

Los ojos de Wentworth se encontraron con los suyos por fin. Oscuros, inseguros; esperanzados.

Elliot le tocó el brazo con timidez y se le escapó una carcajada que sonó a nervios, a mariposas alzando el vuelo.

—Me vuelas la cabeza. —Le entraron ganas de caminar, de moverse, pero se obligó a quedarse quieto y mirar a aquellos ojos vacilantes del azul de la medianoche—. Ahora ya no podemos ser amigos.

Wentworth se puso rígido.

—¿Por qué no?

—Porque nunca seré capaz de mirarte a la cara otra vez.

—¿Mirarme a la cara?

—Sin ruborizarme.

—Eso no nos ha detenido hasta ahora.

No lo estaba pillando. Pensaba que Elliot se refería a ruborizarse de vergüenza, por todo lo que habían compartido. Tenía que ser más claro.

—Una vez me dijiste que eras terco como un roble. Inamovible. Que cuando decidías que querías algo, ibas a por ello.

—Es cierto.

—Bueno, hay algo que querías y aún no has conseguido.

—¿Y qué sería eso? —La voz de Wentworth se quebró, le costaba tragar.

—Cuando nos conocimos, querías…

—Conocerte mejor.

—Sí —susurró Elliot, viendo en sus ojos que lo recordaba tan bien como él—. Pero querías más que eso.

—Quería ser tu amigo.

—Más que eso.

—Tu mejor amigo.

Elliot negó con la cabeza.

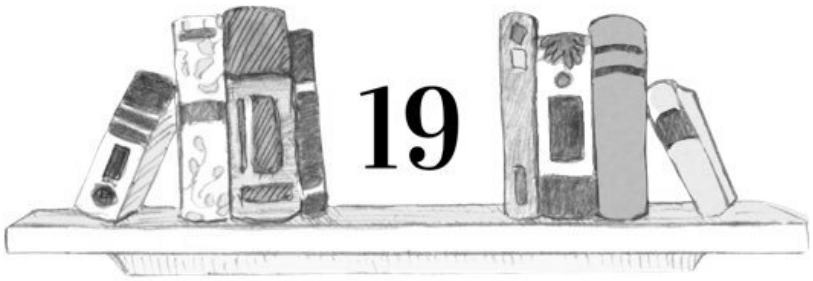
Las comisuras de los labios de Wentworth se contrajeron en una casi sonrisa. Se inclinó hacia él y susurró:

—Tu novio.

De nuevo, Elliot negó con la cabeza.

—Cuando nos conocimos lo tenías clarísimo. —Elliot tenía el corazón en la garganta, dándole saltitos y latiéndole a mil por hora —. Querías ser mi marido.

Capítulo Diecinueve



«Esperanzas como burbujas,
flotando en el mar.
La brisa que sopla,
qué fácil se las puede llevar».
W. McAllister con Pregúntale a Austen Studios, *Esperanza*.

Una ola de emoción —salpicada de dudas— cubrió el expresivo rostro de Wentworth. Miró a Elliot con intensidad.

—He rememorado ese momento entre nosotros miles de veces —dijo Wentworth en un susurro—. Estaba loco de remate.

—Oh, ya lo creo.

—No podríamos habernos casado. Teníamos diecisiete años.

—Si no recuerdo mal, la edad no fue mi única objeción.

—Así es. Tuviste varias; y prometí rebatir todas y cada una de ellas.

—Y lo lograste.

—¿Sí?

—Sí. Quedamos en que a ti también te gustaba madrugar, que soportaría oírte cantar, e incluso que podría vivir en un barco.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Estás… Philip te molesta.

Wentworth se frotó la mandíbula y desvió la mirada hacia los charcos de la calle.

—Lo que intento decir —continuó Elliot—, es que me ha gustado darme cuenta de que así es.

—¿Te gusta que me ponga de mal humor cuando un tío te susurra cosas al oído durante *nuestra* ópera?

Cuántas cosas había dicho en una sola pregunta. Cuántas.

—Sí —contestó Elliot sin aliento—. Me da… esperanza. —Elliot le colocó un mechón rojo detrás de la oreja y acarició con las yemas de los dedos su pulso acelerado—. ¿Tengo razón al creer que hay esperanza?

Wentworth le sujetó la muñeca, impidiendo que apartara la mano.



Elliot recogió a Cariño de casa de Mary y abrió su puerta con el perro en brazos. Solo.

Dejó al cachorro en su camita y le pasó una mano por el pelaje color caramelo.

—Nuestro Wentworth no ha parado de sonreír hasta que hemos llegado a los muelles.

Cariño suspiró.

—Pero necesita un poco de tiempo.

Elliot se metió en la cama; pero no podía dejar de dar vueltas. Ni de sonreír contra la almohada.

Le vibró el teléfono y se dio un golpe en el dedo en su prisa por cogerlo. Sacudió la mano para mitigar el dolor; primero el físico, luego el de la decepción que lo embargó.

—Hola, Ethan —respondió.

—Qué bien que te pillo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien, pero tenemos que cancelar el *brunch* de mañana.

A Elliot se le había olvidado por completo.

Ethan continuó:

—Tenemos la posibilidad de contratar un *catering* increíble que nos encanta, pero nos han pedido que hagamos la degustación y la elaboración del menú mañana por la mañana.

—Claro, no os preocupéis.

De hecho, Elliot ya estaba planeando llevar a Cariño al barco de Wentworth y empezar a prepararlo para salir a mar abierto.

—Pero el próximo fin de semana toca en nuestra casa, ¿te parece?

—Fenomenal. Oye, espera. —Elliot tenía el pecho hinchado de emoción—. ¿Cuándo termináis con la degustación? ¿Estáis libres por la tarde? ¿Y Noah?

—Su padre ha empeorado; me temo que querrá estar con él. Y consolando a Zachary.

—Es muy buen hermano.

—El mejor. Después de Fin, por supuesto; pero he de reconocer que soy cero imparcial —dijo, haciendo sonreír a Elliot—. Y, no,

Finley y yo no tenemos más planes que lo del *catering*. ¿Qué estás pensando?

—¿Un poco de senderismo? ¿Por el bosque de avellanos? Le pediré a Wentworth que venga.

Su idea fue recibida con una alegre risa.

—¿Estáis…? Ya sabes…

Wentworth no le había dicho que no, no le había dicho que su idea de tener esperanza era absurda. Y había habido algo indescriptible en sus ojos, como si hubiera necesitado toda su fuerza de voluntad para no aceptar la oferta de Elliot de volver a casa con él.

Sin embargo, algo le pesaba; algo por dentro. Debajo de su ilusión había habido dudas, incertidumbre.

—Estamos empezando… algo.

—Qué misterioso suenas.

—Pero quiero que forme parte de los planes que hagamos, aunque al final no… Bueno, ya sabes.

—¿Elliot y Wentworth, parte dos? Ya estoy dentrísimo. Espero que tenga un final mejor que la primera parte.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, CUANDO ELLIOT SUBIÓ AL BARCO DE WENTWORTH, Cariño lo hizo con él, ladrando feliz y sin parar de mover la cola. Habían comprado una alfombra de césped artificial y empapadores para el pis, y los habían colocado en la proa.

—Cómo hacer tus necesidades en un barco, clase para principiantes —dijo Wentworth mientras llevaba a Cariño con la correa hasta su nuevo «baño».

El perro se subió a la hierba sintética y se sentó, moviendo la cola.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elliot con una sonrisa enorme.

Parecía que Cariño necesitaría más que un par de sesiones para darse cuenta de lo que estaba pasando.

Wentworth se frotó la barba con una mano, se agachó y tuvo una conversación de tú a tú con el perro que no fue nada productiva, salvo para hacer sonreír a Elliot sin parar.

Cuanto más tardara Cariño en aprender, más veces podría pasarse Elliot para… practicar.

—Creo que tendremos que frotar su olor sobre la hierba.

—¿No es eso lo que está haciendo?

—Me refiero a su caca, Elliot. Así aprenderá para qué es la zona de césped artificial.

—Pues nos viene fenomenal.

—Ah, ¿sí?

—Porque encaja con algo que te quiero pedir.

Wentworth levantó las cejas.

—¿Qué me quieres pedir?

—Pues… me preguntaba si querrías pasar la tarde conmigo. Y con mis amigos.

Wentworth se enderezó.

—¿Quieres que vaya contigo y… tus amigos?

—Un paseo por el bosque. En una hora. —Elliot se lamió los labios secos—. ¿Vendrás?

Wentworth miró a Cariño sin tratar de disimular su sonrisa.

—Claro, abejita.



Era como la última vez que habían salido a hacer senderismo, pero, a la vez, muy diferente.

La temperatura era igual de buena, era un día cálido, y las agujas de pino recién caídas, igual de aromáticas, pero delante de Elliot y Cariño, iban Ethan y Finley, sin parar de hablar y hacer bromas con Wentworth.

Elliot se quedó un poco atrás, observándolos, escuchando. Y oír todas las dudas y preguntas que tenía Wentworth le calentó el corazón: «¿Qué se siente cuando eres el ejemplo de comportamiento para treinta renacuajos de guardería, Ethan?», «Finley, ¿por cuál de tus libros debería empezar?», «¿Habéis viajado mucho?».

—¿Cómo empezó todo eso del *brunch* con Elliot?

—Vivíamos al lado cuando… —Ethan bajó la voz—. Después de la muerte de su madre. Nos habríamos ofrecido nosotros, pero…

Wentworth se detuvo a medio paso y miró fijamente a Ethan y Finley. Cariño —eligiendo el momento a la perfección— también se detuvo a hacer sus necesidades.

Fue Finley quien habló:

—Fue él quien llamó a nuestra puerta.

—¿Y os pidió organizar un *brunch*?

—Nos pidió ayuda.

Ethan deslizó sus dedos entre los de Finley.

—Y no hemos dejado de hacerlo. Nos ayudamos los unos a los otros. Siempre.

Elliot se centró en Cariño. No necesitaba mirar para entender el significado del repentino silencio de Wentworth. Lo visualizó en su mente, tragando con dificultad y mirando el espacio que los separaba en esos momentos.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz grave.

—Me alegro de que él… De que todos os tuvierais para apoyaros.

—Mira, si cogemos este desvío llegamos a un mirador. ¿Quieres…?

—Sí.

Finley llamó a Elliot, preguntándole si quería unirse.

La expresión de Wentworth era tensa, como si estuviera conteniendo la respiración. Cariño tiró de la correa, arrastrando a Elliot y a su corazón desbocado hacia donde estaba el resto.

—Yo me quedo. Cuidado ahí arriba. No os caigáis.

Finley se llevó una mano a la frente y le hizo un divertido saludo militar.

—¿Ethan? —preguntó.

—No, me quedaré dando un paseo entre los avellanos.

Wentworth y Finley se fueron, haciendo crujir las hojas del suelo a su paso, sus voces apagándose a medida que se alejaban. Elliot acortó la distancia entre él e Ethan y señaló el avellanedo.

—¿Exploramos juntos?

Ethan acarició a Cariño y luego descendieron por una pendiente hacia los enormes árboles.

—¿Sabes mucho de avellanos?

Solo lo que le había oído contar a Wentworth.

—Sé todo lo que necesito saber.

Ethan lo miró con una ceja alzada, interrogante.

—Vamos, que no sé mucho, pero lo que sé me gusta.

La hierba larga les hacía cosquillas en los tobillos, las avellanas cubrían el suelo. Unas ramitas crujieron tras ellos y, por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que Wentworth ya había regresado; Finley también, pero se había quedado rezagado. ¿Se habrían encontrado el camino al mirador bloqueado, como algunos de los senderos que habían visto desde que habían empezado la caminata?

A Elliot se le puso la piel de gallina. Se cambió de mano la correa de Cariño.

—Me gusta su adaptabilidad. Su capacidad para capear temporales.

Wentworth se detuvo. Elliot sabía que lo estaba escuchando.

—Me gustaría tener algo así.

Cariño tiró de la correa y ladró.

—Quiere que lo sueltes para poder correr —dijo Ethan, riéndose —. ¿O tienes miedo de que se escape?

Elliot notó cómo el corazón le saltaba con fuerza y le golpeteaba contra el pecho.

—Creo que… tendremos que confiar en que no lo haga. —Se agachó y acarició al cachorro—. Asusta.

—¿Confiar? —preguntó Ethan.

—Sí.

Wentworth se apoyó contra el tronco de un árbol cercano. La brisa soplaba, los acariciaba, silbaba en su silencio.

Cariño volvió a ladrar antes de llenar de besos la cara a Ethan, que se rio a carcajadas ante sus lametazos.

—¿Así que ahora Cariño es tuyo? Creía que te daba miedo tener una mascota después de lo de tu madre.

Elliot contempló los enormes ojos de su cachorro; cómo movía la cola sin parar; su naricita, con la punta siempre húmeda.

—Cuando algo te importa tanto, es devastador perderlo. Pero quería quedármelo. Al final, el dolor de la pérdida no es comparable a lo mucho que lo quiero ahora mismo.

Elliot pasó la cara por la cabeza y las suaves orejas de Cariño.

Ethan vio que Finley resbalaba por la ladera embarrada y corrió a ver cómo estaba. A Elliot le vibró el bolsillo y dio un salto por la sorpresa, asustando a su vez a Cariño, que empezó a ladrar como loco.

Elliot lo calmó y le mostró el teléfono.

—Solo es un mensaje, mira…

Wentworth: Yo tampoco me he sentido cómodo abriéndome a nadie más.

Elliot se giró para mirarlo; Wentworth lo observaba desde el avellano con el teléfono en la mano. Vio cómo sus dedos volaban sobre la pantalla y se le aceleró el pulso.

Wentworth: ¿Lo soltamos?

Elliot tragó saliva y liberó al cachorro.

Wentworth se apartó del tronco y acortó la distancia que los separaba. Agachados juntos en medio del pequeño bosque de avellanos, observaron cómo Cariño jugaba feliz por la hierba, olfateaba cada árbol, se revolcaba en un montón de hojas caídas…

Elliot notó cómo la postura de Wentworth se tensaba. Le pasó una mano por el antebrazo y lo tranquilizó:

—Está detrás de esos árboles. Mira, está volviendo.

Wentworth se rio cuando Cariño llegó hasta ellos y lo saludó con un largo lametón en la mejilla. Elliot cogió la correa y lo volvió a atar. Wentworth lo miró y le sostuvo la mirada.

—Elliot…

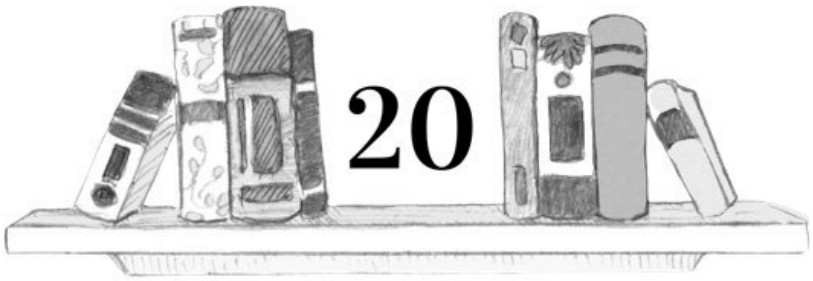
Ethan los interrumpió:

—¿Sabéis si estas avellanas están maduras?

Elliot quería mucho a sus amigos, pero ¿acaso no podían ver que estaban interrumpiéndolos? Miró a Wentworth a los ojos con intensidad y contestó:

—Yo creo que sí. ¿Y tú?

Capítulo Veinte



«Se lanzó a mis brazos,
al sonido de mi voz,
me miró con esos ojazos.
Siempre seré su primera opción».
W. McAllister con Pregúntale a Austen Studios, *Confiar en mí, confiar en ti.*

El aire crepitaba por la tensión. Ethan y Finley lo cubrieron hablando de sus planes de boda hasta que se despidieron con un

abrazo, y Elliot llevó a Wentworth y a su perro al barco.

Acomodaron a Cariño, que estaba agotado, en una camita en la cocina y ellos subieron a cubierta. Se apoyaron contra la barandilla de popa, Wentworth contemplando la puesta de sol; Elliot, a Wentworth.

Tenía las manos en los bolsillos, en una postura relajada; el pelo brillante, rodeado por un halo dorado; la sonrisa, cálida y enorme.

Sus ojos se clavaron en Elliot y su postura se tensó un poco, como si estuviera concentrándose en observarlo, en memorizar ese momento. El deseo de Elliot de acercarlo más a él, de acortar los centímetros que los separaban… Dejó escapar un largo suspiro.

Eran demasiado conscientes el uno del otro.

—¿Estás bien? —preguntó Elliot.

—Sí. No, la verdad es que no.

—¿En qué piensas?

Wentworth negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa llena de cariño.

—Siempre te gustó hablar.

—No es lo único que me gustaba.

—Y discutir.

—Quieres decir *tener razón.*

Wentworth se pasó una mano por el pelo.

—Por Dios, Elliot. ¿Por qué tienes que ser tan…?

—¿Cabal?

—No.

—¿Molesto?

—No.

—¿Frustrante?

Wentworth echó la cabeza hacia atrás, posando la vista en el cielo del color del agua, y soltó una carcajada. Luego, sus ojos azul marino se centraron en él.

—Haces que me tiemble el alma. Soy mitad agonía, mitad esperanza. Mi corazón es tuyo, más tuyo incluso que cuando casi me lo destrozaste hace quince años y tres meses.

Elliot sintió un desgarro con cada palabra. No podía… Ni respirar podía.

—En cuanto te vi de nuevo…, toda nuestra historia se me vino encima. Ahogándome hasta el punto de la asfixia. Y, aun así, elegí el estudio de música pequeño porque necesitaba estar donde estuvieras tú. No quería perderte de vista ni un momento.

A Elliot se le enredaban las emociones, igual que las palabras. Tartamudeó:

—¿Por…? ¿Entonces por qué te comportabas de forma tan… fría?

Wentworth lo miró, arrepentido, torturado.

—Por cabezonería. Por orgullo. No quería que vieras lo mucho que aún significabas para mí. —Cogió la mano de Elliot y la sostuvo entre las suyas—. Me dolió cuando pensé que no tenías a nadie y luego me puse celoso cuando me di cuenta de que sí que tenías amigos. Quería ser ellos. Quería haber podido estar contigo todos esos años. Pero esos celos no fueron nada comparado a lo que sentí al ver a Philip flirtear contigo en mi barco. O verlo contigo en *nuestra* ópera.

El pulso de Elliot latía con fuerza, disparado en las manos de Wentworth.

—No sabes ni la mitad de las cosas que llegué a hacer… ¿Te acuerdas de la periodista que vino a la fiesta? Fui yo quien le rogó que lo hiciera para así poderte convencer de que asistieras. Cuando vi tu teléfono en mi habitación… Dios, la tripa me dio un vuelco.

—Ojalá hubiéramos hablado antes —dijo Elliot en voz baja.

—No. No hubiéramos podido. Si incluso ahora mismo estoy temblando… Antes no hubiera podido; todavía estaba dándole vueltas, aclarándome. Te quería siempre cerca, pero estaba tan enfadado, tan herido… Me apartaste de tu vida cuando más apoyo necesitabas. —Cogió aire con intensidad y sus siguientes palabras sonaron rotas—: Pensar en ti sufriendo… Sé que lo hiciste por mi bien. Pero, para mí, tener pareja, tener una *familia,* significa mucho más de lo que jamás podría significar mi carrera.

»Estaba dolido. Enfadado. Estaba… Me porté mal; siguiéndole la corriente a Louisa delante de ti cuando ella no significaba nada para mí; con mis respuestas bruscas; cada vez que mis palabras te herían y te hacían alejarte… Quería que tú también lo sintieras. Quería que

te doliera tanto como a mí; quería verlo y saber que aún te importaba.

Elliot le apretó los dedos húmedos y temblorosos. Quería decir algo, prometerle que siempre le había importado, pero Wentworth por fin estaba hablando. Así que lo dejó continuar:

—Pero luego hacías o decías algo que me hacía dudar, algo que me hacía creer que sí te importaba. Aunque eso no solucionaba nada. De repente, no estaba seguro de si estaba proyectando, si veía cosas donde no las había. No podía confiar en nada de lo que hacías o decías. Era… No, no era, *es*… una tortura, porque quiero…

—¿Tener esperanza? —intervino Elliot.

—Sí. Dime que me necesitas. Dime que estos sentimientos de verdad son recíprocos. Dime que no me dejarás en tres meses, ni en dos años, ni en diez.

—Creía que, al menos durante esta última semana, te había dejado bastantes pistas sobre cómo me sentía. Cuando ayudamos con la prueba de iluminación…, fue tan increíble estar cerca de ti. Respondimos el uno al otro con tantísima facilidad…

—La atracción física no es lo mismo que la conexión emocional. No ha habido ni un solo segundo en el que no te encontrara precioso, ese nunca ha sido el problema. —A Wentworth se le hinchó el pecho—. Quiero que tengamos una segunda oportunidad, de verdad que sí, pero…

La sinceridad en cada sílaba pronunciada fue evidente, casi palpable, excepto en la última palabra. Elliot dejó escapar un suspiro y preguntó:

—¿Pero?

—No me puedo jugar el corazón de nuevo si tú no te entregas al cien por cien.

Los ojos de Wentworth se encontraron con los suyos con una desesperación desgarradora, y Elliot le sostuvo la mirada.

—Si quieres saber lo que siento por ti, Wentworth, déjame que te lo cuente: he pasado años escuchando nuestra ruptura en todos los canales de radio; te he visto con una novia tras otra en todas las revistas y televisiones; he soñado contigo cada noche. Cada vez que me toco, pienso en ti; eres el protagonista de cada una de mis

fantasías. He fracasado en todas mis relaciones porque nadie es comparable a ti; no he podido salir con ningún hombre porque tú eres el único hombre con el que he querido estar.

Los temblores de las manos que envolvían la de Elliot se incrementaron.

—Pero supongo que eso no es garantía de nada si no hablamos de lo que ocurrió. Tienes que saber cómo me sentí, llegar a algún tipo de aceptación. —Elliot apretó los dedos contra la palma de la mano de Wentworth—. Te alejé. Lo he pensado mucho. Y sé que quieres que te diga que me arrepiento.

—Sí, eso quiero. Me gustaría.

—Pero no me arrepiento. No puedo decírtelo.

Wentworth aflojó el agarre sobre la mano de Elliot y este usó su otra mano para sujetárselas y que no se apartara.

—Eso no significa que, si tuviera que volver a hacerlo, si hoy tuviera que tomar una decisión similar, haría lo mismo. Si fuera hoy, te rogaría que te quedaras. Pero teníamos dieciocho años. Éramos jóvenes. Un futuro brillante se abría ante ti.

—No me hubiera importado.

Elliot soltó sus manos unidas y le puso ambas en la cara, pasándole un pulgar por la mejilla.

—Pero a mí sí.

Wentworth frunció el ceño.

—Siempre me habría preguntado «¿y sí…?».

Wentworth cerró los ojos.

—Y creo que —continuó Elliot—, si hubieras estado en mi lugar…

Una especie de graznido abandonó a Wentworth.

La brisa marina se arremolinaba entre ellos, Elliot la notaba salada en la lengua.

—Eso no significa que no lamente cómo sucedieron las cosas. Ni siquiera significa que no lamente que sucedieran; porque no tienes ni idea de lo mucho que te eché de menos. Lo mucho que te necesitaba. Pero…

—Pero hiciste lo correcto.

El sonido del mar golpeando el casco del barco y de unas gaviotas sobrevolándolos llenó los instantes de silencio.

Entonces, un susurro:

—Me echaste de menos.

—Todos los días —contestó Elliot.

Los labios de Wentworth se curvaron en una mueca de dolor.

—Si te hubiera buscado antes, hace diez años, por ejemplo, ¿me habrías echado otra vez o…?

Elliot no hubiera sido capaz de echarlo de su vida dos veces.

—Ay, Dios, no lo hubieras hecho. Si no me hubiera autoconvencido de que nunca habías sentido nada por mí… Si no me hubiera dejado consumir por el dolor…

—Yo también podría haber intentado contactar contigo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Eres un músico famoso. Estabas viviendo tu gran sueño. Ni siquiera estaba seguro de que te fueras a acordar de mí.

—¿Acordarme de ti? Elliot, estoy hecho de recuerdos.

La pasión en su voz le estrujó el corazón. La verdad de sus palabras estaba implícita en todos sus actos de las últimas semanas. Habían estado bailando el uno alrededor del otro, cada paso, un eco del pasado.

Wentworth lo había olvidado tanto como Elliot a él. Nada en absoluto.

Y Elliot lo sabía; lo había visto, lo había sentido. De ahí era de donde había surgido su esperanza.

Sus respiraciones se entremezclaron, Elliot susurró:

—Si nos damos una segunda oportunidad, habrá una regla diferente.

—¿Una regla? —Wentworth vaciló—. ¿Cuál?

—Que no habrá ninguna regla.

La tensión desapareció de los hombros de Wentworth, su mirada se suavizó y respiró aliviado. Luego, dijo:

—Hablaremos del pasado. Hablaremos del futuro. Nos apoyaremos mutuamente. Decidiremos juntos cada paso.

Estaban en el umbral de un segundo comienzo. La sensación era electrizante, estremecedora. Transparente, esperanzadora.

—Cada paso.

Se miraron, como en una nube; Wentworth sonreía.

—Ya puedes besarme.

Elliot le sostuvo la mirada durante un segundo infinito.

—¿A qué esperamos, abejita?

—Esta es nuestra última primera vez —murmuró él.

La sonrisa de Wentworth se hizo todavía más grande.

—Así es. ¿Y cómo debería ser nuestro último primer beso?

—Supongo que… —La mirada de Elliot seguía desviándose de los ojos de Wentworth a aquella sonrisa preciosa, a esa barba que necesitaba sentir contra la piel—, no sé, ¿lo opuesto a un último beso?

El recuerdo de su beso artrítico pareció flotar entre ellos, la reminiscencia de un momento tierno y también doloroso. Estaban construyendo un nuevo «ellos» sobre viejos recuerdos.

Wentworth le apartó un mechón de la cara, la comprensión iluminando su rostro.

—Mmm. ¿Lo opuesto?

—Sí.

Wentworth se agachó. La risa, la lujuria y el anhelo bailaron entre ellos.

—Lo opuesto. ¿Eso quiere decir profundo? ¿Largo?

A Elliot se le secó la garganta.

—Las dos cosas.

Se miraron a los ojos.

Los últimos centímetros que los separaban desaparecieron.

Capítulo Veintiuno



«Las noches son libros;
los sueños, la historia.
La luna brilla a través de los bordes.
Es… pura gloria».
W. McAllister, *Pura gloria*.

Elliot había supuesto que sería intenso, apasionado, tan adictivo que no querrían parar, y…

Lo era.

Encajaron como si nunca se hubieran separado, enseguida encontraron el cómodo ajuste del pasado. La sensación de los fuertes brazos de Wentworth a su alrededor, su intenso aroma a mar, la forma en que deslizó el muslo entre las piernas de Elliot…

Era incluso mejor.

Los gemidos de Wentworth eran más profundos y su corta barba le hacía cosquillas en la cara, en el cuello.

Se besaron como amantes al final de un largo viaje, con el sol poniéndose a sus espaldas y la promesa de un «felices para siempre» en el horizonte.

Se besaron como amantes a punto de separarse para toda la eternidad. Como amantes descubriendo el recoveco más recóndito del otro.

Saltaban chispas con cada caricia que se dedicaban, esas que sabían que eran sus favoritas. Dos dedos arrastrándose por el interior del muslo de Wentworth. La insistente presión de una mano en la parte baja de su espalda. El agarre en su pelo; insistente, suplicante.

El calor de Wentworth traspasaba la tela de los vaqueros de Elliot, su camiseta. Le calentaba la piel de gallina, a pesar de que, con cada roce, le generaba más escalofríos.

El deseo se hinchó entre ellos; Elliot gimió y Wentworth se bebió sus jadeos; tenía los ojos oscurecidos por las ganas, sus manos no paraban de recorrerle la espalda. Llevaban demasiado tiempo hambrientos el uno del otro, deseosos de ese contacto; y el cuerpo recordaba, vaya si recordaba.

Con la nariz pegada al cuello de Wentworth, justo bajo su oreja, Elliot lo respiró. No creía posible que algún día se hartara de esa barba acariciándole la piel. Era mejor que cualquier fantasía que hubiera tenido nunca. Quería sentir sus besos por todo el cuerpo.

Elliot se apartó lo suficiente para hacer contacto visual y preguntó:

—¿Podemos…?

—Ya estamos tardando —gruñó Wentworth, cogiéndolo de la mano y llevándolo a su camarote.

El lateral frío del piano se le clavó en la parte baja de la espalda cuando Wentworth lo aprisionó contra él con desesperación; le gustaba, le daba la bienvenida a la sensación y al fuerte muslo que una vez más volvía a hundirse entre los suyos. Sabía lo que le gustaba; una pierna contra su paquete, los dedos enredados en su pelo, su lengua caliente poseyéndole la boca.

Elliot le deslizó las manos bajo la camiseta todo lo que pudo, todo lo que el suave tejido le permitió. Le pellizcó los pezones.

Wentworth se agarró la parte trasera de la camiseta y se la pasó por encima de la cabeza, desprendiéndose de ella y lanzándola a la cama.

—Te acuerdas.

Elliot agachó la cabeza y se llevó un pezón a la boca, acariciando el pequeño y duro botón con la lengua. Wentworth se agarró con fuerza a su pelo; respiraba de forma acelerada, el pecho le subía y bajaba de forma visible. Elliot levantó la mirada y volvió a darle un mordisquito, embelesado ante sus labios entreabiertos, sus ojos entrecerrados, el ceño ligeramente fruncido por el placer. La expresión de su rostro era…

—Claro que me acuerdo. Me acuerdo de todo.

Wentworth tiró de él hacia arriba y lo besó con intensidad, arrastró los labios por su mandíbula y le hizo cosquillas en la oreja cuando susurró:

—No soy fácil de superar.

—Espero que estés a la altura de todas tus promesas.

Se refería a las del presente y también a las del pasado.

Wentworth se detuvo un instante y sus ojos se clavaron en los de Elliot. Aquella mirada era distinta de las demás: intensa, seria, obstinada.

Llevó una de sus grandes manos al culo de Elliot, la deslizó por un glúteo y le levantó la pierna hasta rodearse con ella las caderas. Arrastró los dedos por la costura trasera de sus vaqueros, tanteando su entrada, provocando, haciendo que Elliot contrajera los músculos en su interior. Le dolía la polla.

Con las manos en sus caderas, Wentworth lo levantó y lo llevó hasta la cama. Una sensación de vértigo se apoderó de él cuando

aterrizaron sobre el colchón y, por fin, Elliot sintió de nuevo el peso de Wentworth sobre él, sintió cómo le estiraba los brazos y se los colocaba por encima de la cabeza en la misma cama que habían compartido cuando eran adolescentes. ¿Cuántas veces habían explorado sus cuerpos en esa cama? ¿Cuántas veces se habían retado a correrse más fuerte, durante más tiempo?

Esa cama había sido testigo de sexo divertido, de sexo abrasador, de sexo de reconciliación. Habían llevado a cabo decenas de fantasías; las más estrafalarias, guarras y prohibidas.

En esa pequeña cama, se habían penetrado el uno al otro cientos de veces y, sin embargo, en ese momento, Elliot se sentía virgen de nuevo. Ahora eran adultos, apenas cabían en el colchón. Y no solo adultos, eran diferentes, y lo que hicieran sería diferente. El pasado y el presente se unían para forjar algo nuevo entre ellos. Algo que ansiaba con todas sus fuerzas, algo que lo tenía con los nervios a flor de piel.

Wentworth le quitó la camiseta; se la pasó por la cabeza, pero la dejó enredada en sus muñecas. Le comió la boca. La polla de Elliot latía al ritmo de una insistente melodía, y se arqueó contra él, suplicante. Necesitado.

Necesitaba… empezar.

Wentworth le desabrochó el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera, que rozó de forma dolorosa su gran erección. Luego se tomó un momento para mirarlo, para admirarlo. Ahí, de rodillas entre las piernas de Elliot, su mirada fue como una caricia silenciosa.

Una caricia silenciosa que haría de ese momento un recuerdo eterno, para siempre grabado en sus memorias.

El barco se balanceaba con suavidad y él notaba cada movimiento en su piel expuesta; temblaba.

Elliot tiró más de la camisa que le rodeaba las muñecas.

El corazón se le iba a salir del pecho.

Wentworth le bajó los vaqueros con cuidado, luego los calcetines y, después, la ropa interior.

La polla de Elliot saltó, al fin liberada, endureciéndose aún más mientras Wentworth se deshacía de sus propios vaqueros y se apresuraba a buscar las provisiones necesarias. Era una breve

espera, pero el retraso siempre le había parecido incómodo. Más de cien veces había pasado por aquel momento y siempre le había molestado un poco. Pero no esa vez.

En esos momentos, lo que suponía era un alivio. Un oportunidad para respirar, para poder asimilar lo que estaba ocurriendo y para abrir su corazón a lo que estaba por venir; seguro de ese futuro, aunque todo lo demás hubiera cambiado.

Wentworth volvió a colocarse encima de él; su peso cálido contra su cuerpo; todos esos músculos, todo ese calor, ese deseo y sonrojo, descendiendo sobre él.

Elliot levantó los brazos por encima de la cabeza de Wentworth y le rodeó las caderas con la camiseta que aún tenía alrededor de las muñecas. La devoción en su mirada mientras le pegaba más contra su cuerpo hizo que Elliot se estremeciera.

—Era consciente de que me pondría nervioso si alguna vez tú y yo volvíamos a… Y lo estoy, pero, a la vez, no.

—¿Quizá porque sabes que cuidaré de ti? —preguntó Wentworth en un murmullo.

El calor abrasador de sus pollas piel con piel hizo que a Elliot se le endurecieran los huevos. Levantó la cabeza de la almohada lo suficiente para rozar los labios de Wentworth.

—Por favor, cuida de mí. —Sus ojos se encontraron—. Te necesito.

Wentworth lo besó con dulzura. Y, cuando habló, lo hizo en un suspiro tembloroso:

—Necesito estar dentro de ti.

Elliot se quitó la camisa de las muñecas y llevó ambas manos a la cara de Wentworth, notando su maravillosa barba, áspera, contra las palmas.

—Yo también lo necesito.

Un beso en la base de sus dedos y Wentworth empezó a mecerse contra él.

A Elliot se le escapó un gemido. Su peso, la forma en que se apretaba contra él, el pesado latir del corazón de Wentworth contra el suyo… No podía perder eso otra vez. No podría soportar ni una semana más sin ello.

Los ojos de Wentworth brillaron cuando agachó la cabeza y le acarició el cuello con la nariz. Fue como si un relámpago atravesara a Elliot, una sensación idéntica a la de la primera vez, cuando le hizo eso mismo; haciéndolo reír y gemir justo antes de entrar en él.

Elliot se arqueó y revivió aquel momento.

—Me encanta cuando te retuerces debajo de mí. —El mismo brillo juguetón en sus ojos. La misma necesidad, la misma excitación y el mismo deseo de experimentar—. Espera, vamos a ponerte un poco más resbaladizo.

A Elliot se le escapó una carcajada que sonó a adolescencia y que terminó transformándose en un grito ahogado cuando el frío lubricante aterrizó sobre él. Corcoveó cuando la enorme y húmeda mano de Wentworth le envolvió la polla. Se le puso la piel de gallina y se agarró a las sábanas.

Sus miradas se encontraron y ese recuerdo del pasado pasó de los ojos de uno a los del otro.

Como si persiguiera el momento, Wentworth bajó de nuevo la cara y le succionó esa parte tan sensible del cuello. Esa vez, no hubo risas.

Elliot se retorció, su polla deslizándose sobre los resbaladizos abdominales de Wentworth, que bajó sobre él para regalarle la fricción más perfecta.

—Puede que ahora sea diferente. Pero quizá no *tan* diferente como para que no reconozcas lo que somos juntos —le susurró Elliot, tras darle un pequeño mordisco en la oreja.

Wentworth lo miró a los ojos con intensidad y, muy despacio, se acercó aún más a él y le rozó los labios. Otra mirada que era todo emoción y deseo.

Le mordisqueó la garganta, lo llenó de besos húmedos, de la deliciosa aspereza de su barba contra la piel; le recorrió con los labios el pecho, que se hinchaba con respiraciones trabajosas, hasta el ombligo. Su barbilla le rozó la punta de la polla y Elliot jadeó.

Unos dedos temblorosos siguieron el camino húmedo de su boca.

—Eres tan precioso, abejita.

Wentworth lamió la punta de su erección y Elliot echó la cabeza hacia atrás. Notaba cómo le palpitaba todo el cuerpo; la zona del

ombligo, por el camino de besos húmedos que le había dejado en la piel; la base de los huevos.

Recorrió ese camino con sus propios dedos y, con voz entrecortada, dijo:

—Tú sí que eres precioso.

La cálida y húmeda boca de Wentworth descendió sobre él.

Elliot se estremeció, levantó las caderas y se introdujo más en esa cueva caliente, en su deliciosa succión; encogió los dedos de los pies de puro placer.

Estaban ahí, juntos. El suave vaivén del agua bajo ellos, el familiar ojo de buey a un lado, el piano al otro y la boca de Wentworth subiendo y bajando con entusiasmo.

Estar de nuevo con él… Ninguno de sus sueños se acercaba a la intensidad de ese momento, que era pasado y presente a la vez, una declaración física, una súplica; la necesidad de emprender un camino juntos hacia el futuro.

Elliot le pasó los dedos por el pelo sedoso.

—Necesito esto. Ahora.

Wentworth gimió alrededor de su erección y sus dedos encontraron ese lugar que deseaba ser llenado. El beso frío del lubricante en su entrada hizo que Elliot contrajera los músculos y millones de terminaciones nerviosas saltaran a la vida ante el tacto necesitado y apenas controlado de Wentworth.

Elliot se estremeció ante la intrusión, ante la anticipación de lo que vendría después.

Wentworth se apartó de él, su respiración al hablar, fría sobre su longitud.

—Estás tan apretado…

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Elliot—. Soy casi virgen.

Las palabras parecieron pronunciarse a la ligera, pero, de nuevo, sus miradas se encontraron llenas de complicidad. No había habido nadie desde Wentworth.

—Cuidaré de ti.

La frase flotó entre ellos, Elliot asintió.

—Lo sé.

Con mucha delicadeza, Wentworth le acarició los huevos con la nariz y…

Oh. *Oooooh*.

Unas fuertes manos en su culo, levantándoselo, dejándolo expuesto. Labios, una lengua caliente que era una promesa. Elliot respondió a cada lamida con un gemido y el corazón acelerado.

Los dedos de Wentworth se unieron a su lengua y los hundió profundamente en el interior de Elliot, que empezó a suplicar y a decir que lo necesitaba dentro de él, estirándolo, reclamándolo.

Wentworth buscó el preservativo y se lo puso con manos temblorosas. Se recolocó entre las piernas de Elliot, de rodillas. Cuando le levantó las caderas y le colocó una almohada debajo, tenía los ojos oscurecidos por el deseo.

—Necesito… Necesito verte.

Sonaba desesperado. Dolorido; en carne viva.

Elliot le rodeó la cintura con las piernas y le sostuvo la mirada.

Wentworth colocó la cabeza gruesa y roma de su erección en la entrada de Elliot, y se aferró a sus muslos con fuerza. Empezó a entrar en él, milímetro a milímetro.

—Tan a mi merced…

Elliot se apretó a su alrededor, sintiendo el calor de Wentworth, su necesidad palpitante.

—Tan abierto…

Se hundió en él otro par de centímetros, su mirada no abandonó a Elliot ni un instante. Lo miró con deleite; desde su polla dura y goteante, a sus pezones de punta, a su cara sonrojada.

—Tan mío… —Entonces, empujó, llenándolo por completo. Gimió —. Es como si estuvieras hecho para mí. Eres increíble. Eres la hostia. Quiero vivir aquí dentro.

Las sombras de la pequeña habitación caían sobre él, capa tras capa. Desde las de las guitarras de la pared hasta la de la cortina que cubría el ojo de buey y la del rostro de Wentworth.

Ni una sola sombra le tocó el corazón.

«Yo también quiero que vivas aquí».

—Eres bienvenido.

Wentworth se mecía dentro y fuera de él con movimientos suaves. Flexionaba el culo bajo las piernas de Elliot y le rozaba la próstata con la polla en cada ocasión, como solía gustarle en el pasado.

—Te acuerdas —jadeó Elliot, su propia polla goteando líquido preseminal.

Wentworth salió y volvió a hundirse en él, esta vez en profundidad, robándole el aliento.

—¿Aún no te ha quedado claro? —Lo siguiente lo dijo acompañando cada arremetida—. No. He. Olvidado. Ni. Un. Puto. Detalle.

Elliot respondió a sus movimientos febriles apretándose a su alrededor con un gemido que hizo que Wentworth se pegara más a él. Lo rodeó con los brazos y lo instó a tomar todo lo que necesitara. Más fuerte, más rápido, más profundo.

La última primera vez.

Los sonidos que hacían se convirtieron en música, sus cuerpos sudorosos deslizándose y resbalando uno sobre el otro. Wentworth le sujetó las manos por encima de la cabeza, contra la cama, y se enterró en él, una y otra vez, perdiéndose del todo en su interior.

Sus movimientos eran tan frenéticos como su pasión. Una declaración, una afirmación. Mitad agonía, mitad esperanza.

Cada célula de su cuerpo —toda su alma—, cantaba. Cada parte de él cobró vida, tenía los dedos de las manos y de los pies tan sensibles como esa otra parte suya que estaba a punto de explotar.

Se iba a desarmar en mil pedazos.

—¡Wentworth!

Una mano alrededor de su…

La liberación se apoderó por completo de él, Elliot se ahogó en un jadeo.

Wentworth se hundió una última vez en su interior; la palpitación entre sus cuerpos, la contracción de sus músculos, sus pechos juntándose ante sus respiraciones entrecortadas. Recuperaron el aliento, unieron sus labios. Elliot le rodeó el cuello con los brazos y sintió su calor traspasarle la piel. Un hormigueo lo invadió y trajo consigo una intensa y calmada… paz.

—¿Estás bien? —le preguntó Wentworth.

—Es como si hubiera caído desde muy alto y tú me hubieras cogido antes de estrellarme.

Wentworth subió las manos hasta su cara y lo sostuvo.

A Elliot se le hinchó el pecho, lleno de ternura, y un pequeño sonido se le escapó cuando Wentworth se deslizó fuera de él.

—Tenemos toda la noche, abejita —murmuró con la boca pegada a su cuello, temblando, como si a él también lo desestabilizara salir de su cuerpo.

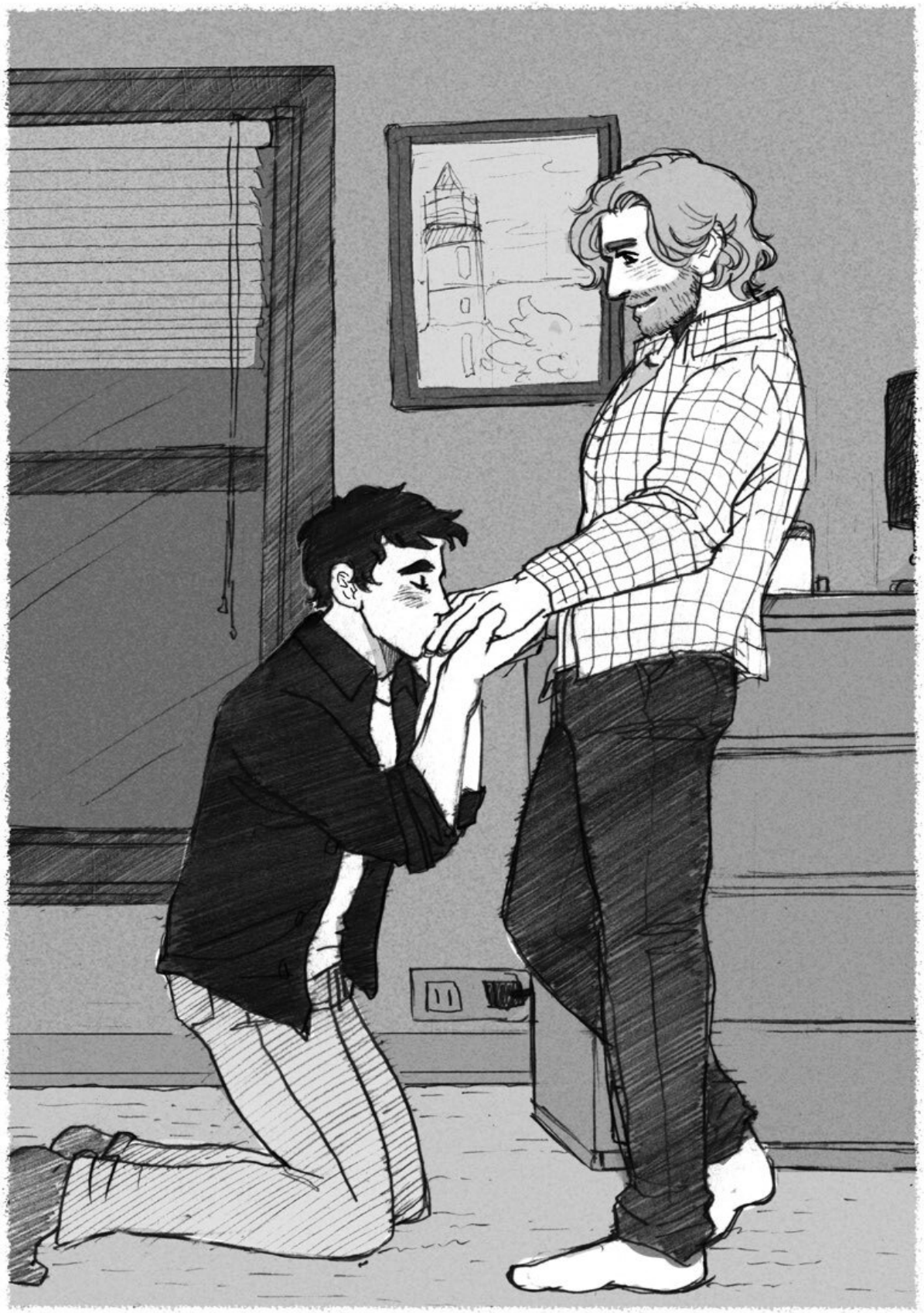
—Toda la noche y toda la semana.

—Toda la semana y todo el mes.

—Todo el mes y todo el año…

Wentworth dejó salir una risa profunda y Elliot se la bebió.

—Todo el año y toda la vida.



Capítulo Veintidós



«Tú, yo; tú, yo.
Amor eterno, canción del corazón.
Un libro lleno de historia;
nuestra historia de amor».
W. McAllister, *Pura gloria*.

Wentworth no podía dejar de mirar a Elliot. Sus ojos estaban fijos en él, en su sonrisa, en su cuerpo; y lo estaba poniendo muy cachondo.

—En serio, deja de hacer eso —le dijo mientras abría la puerta de Pregúntale a Austen y lo dejaba pasar primero.

—Habíamos quedado en que queríamos que la gente viera lo contentos que estamos juntos —contestó Wentworth.

—Contentos de felices, no de «contentos», ya sabes.

Wentworth soltó una risotada antes de decirle a Cariño con voz cantarina:

—¿No tenemos suerte de que Elliot siga trabajando esta semana? ¿No tenemos un montón de suerte? ¿Eh, eh?

Elliot sonrió durante todo el trayecto hasta la oficina. Se apoyó en su mesa y contempló el estudio: el escritorio de Wentworth, el sofá, la camita de Cariño, el piano donde Wentworth se acababa de sentar.

Elliot enarcó una ceja y Wentworth le guiñó un ojo antes de entonar una conocida melodía. Conocida y, a la vez, no; no del todo.

—¿Qué es? —preguntó Elliot.

—¿Te gusta?

La tripa le dio un vuelco.

—Tengo que escuchar la letra antes de responder a eso.

Wentworth cantó una nueva —y mejorada— versión de *Aguijonazo al corazón*.

«Abejita,
Con tu dulce aguijón
Das vida a mi corazón».

—Es buena, ¿eh?

—Será un éxito. A mí me encanta, desde luego.

La puerta se abrió de golpe, sobresaltándolos a todos; Cariño incluso dio un brinco. Elliot se puso en pie y, antes de que Beth —que parecía enfadadísima— y Walter —aburrido tras ella— pudieran decir una sola palabra, les señaló la salida.

—No —les dijo.

—Pero es que Walter… —dijo Beth.

—Yo no, ella… —dijo Walter.

—No —repitió Elliot antes de cerrarles la puerta en la cara.

Wentworth le dedicó una sonrisa de aprobación.

Toc, toc.

—No —volvió a decir Elliot, que se apresuró a abrir la puerta cuando descubrió que era Cameron quien llamaba.

Cameron miró a Elliot y a Wentworth, y se subió las gafas.

—Me alegro de que hayas aceptado renovar tu contrato con nosotros.

—Me alegro de que me vayas a dar vacaciones nada más empezar. Hay una cosa que creo que debería mencionar…

Wentworth se levantó de la banqueta del piano y le pasó un brazo por los hombros. Elliot no se atrevió a girarse. Sabía lo que vería: una sonrisa enorme y traviesa. Y, si se daba la vuelta, soltaría una risita digna de adolescente.

—Supongo que esto habla por sí solo.

Cameron se los quedó mirando, boquiabierto.

—¿Lo sabe Louisa? —susurró.

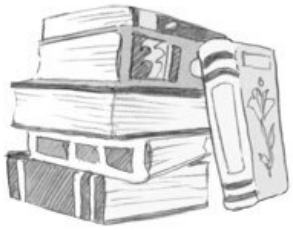
—Lo sospechaba; y tenía esperanza —respondió Louisa desde detrás.

Se detuvo junto a ellos con un vestido rosa brillante y una sonrisa más brillante aún y se quedó mirando el brazo de Wentworth alrededor de Elliot.

—¿Lo sospechabas y tenías esperanza? —repitió Elliot.

—Seamos realistas; siempre estaba hablando de ti, haciendo preguntas. Y mirándote. Debería haberme dado cuenta antes. Cuando te fuiste a Cubworthy, solo tuve que sumar dos y dos. No dejaba de mirar el teléfono, y tendrías que haber visto cómo sonreía cada vez que le mandabas un mensaje. Se moría de amor. —Louisa lo apuntó con un dedo y, con ojos entrecerrados, añadió—: Ahora que por fin estáis juntos, quiero todos los detalles. El hecho de que os conocierais en el colegio acaba de convertirse en algo muchísimo más interesante.

Louisa besó a Elliot en la mejilla y Wentworth emitió un sonido muy parecido a un gruñido.



—Ahora ya sabemos el tipo de hombre que te gusta, Elliot —dijo Louisa, sentada en el regazo de Benny y con los brazos alrededor de su cuello. Era viernes por la noche. Copas de trabajo—. Alto y musculoso.

—No, solo Wentworth.

Sonriendo, Wentworth le acarició el muslo.

—Para mí tampoco ha habido nadie más que Elliot.

Henry rodeó a Cameron con el brazo y se inclinó para darle un beso, antes de decir:

—Así que supongo que Wentworth será tu acompañante en la boda de Finley e Ethan.

Elliot observó la forma en la que se miraban. La dulzura y emoción que contenían los ojos de ambos.

—Sí. Me sorprende que te acuerdes.

—Bennet está ayudando con la planificación y, bueno, supongo que últimamente nosotros también hablamos mucho de bodas.

Cameron sonrió y levantó la mano. Tenía un anillo de oro blanco en el dedo.

—Estamos pensando en casarnos el año que viene. Así le damos al pobre Bennet algo de tiempo para recuperarse.

Todos los felicitaron.

—Creo que necesitamos otra ronda para celebrarlo —dijo Elliot, levantándose de la silla.

Wentworth se le adelantó.

—Yo me encargo.

Elliot se excusó para ir al baño, pero algo llamó su atención al pasar por delante de la barra. El mismo camarero guapísimo de la otra vez estaba sirviendo unas pintas a Wentworth.

—Me gustan las cervezas que ponéis aquí —dijo Wentworth en tono alegre.

—Gracias.

—Y me encanta venir.

—A nosotros también nos encantan nuestros clientes habituales.

Wentworth bajó la voz:

—Pero como no dejes de mirar a mi marido, no volveremos.

—¿Marido?

—Como si lo fuera. ¿Está claro?

Elliot no dejó de sonreír el resto de la velada.



—Te he oído, por cierto.

—¿Qué has oído? —Wentworth preguntó fingiendo inocencia mientras buscaba en la cocina algo de postre. Cogió un plátano con una sonrisa ladeada.

Elliot lo miró de reojo desde donde estaba, apoyado en la encimera.

—Resulta que fui al baño justo cuando tú charlabas con el camarero.

—¿Y te ha sorprendido lo que le he dicho?

—No, me ha gustado.

—Me alegro.

—¿Vas a comerte ese plátano o solo vas a acariciarlo? ¿Debería ponerme celoso?

Wentworth miró la fruta que tenía en la mano.

—Celoso de un plátano… Ya veo que lo que sientes por mí es muy potente.

Elliot se rio.

Wentworth lanzó el plátano por encima del hombro y estrechó a Elliot entre sus brazos.

—Creo que ya sé lo que quiero de postre.

Se rieron, sus cuerpos chocando, mientras entraban dando tumbos en su habitación. Llevaban una semana haciendo el amor, pero esa era la primera vez allí, en casa de Elliot. Cuando la puerta se cerró, Wentworth se estremeció y se apoyó en ella.

—He estado evitando este cuarto. La última vez que estuve aquí fue… Bueno, tú estabas muy borracho y…

Elliot trató de ver su cuarto a través de los ojos de Wentworth. No había cambiado mucho. Una nueva colcha en la cama y nuevos cojines, pero todo lo demás seguía como antes. Como un monumento al pasado.

Tragó saliva, cogió la mano de Wentworth y lo atrajo hacia sí.

—La última vez que estuviste aquí, yo estaba a punto de explotar.

Wentworth alzó una ceja.

—Estaba borracho y por eso decidimos no decírnoslo. Pero, Dios santo, las ganas que tenía.

El agarre de Wentworth en su mano se hizo más fuerte; cuando habló, se le quebró la voz.

—¿Elliot?

—Al día siguiente mi madre me dijo que estaba enferma y yo no pude… *No pude* decírtelo. En lugar de eso nos destrocé.

—Elliot —dijo, una súplica en su voz.

—Te quería, con locura. —Elliot fijó la vista en sus grandes ojos oscuros—. Y sabía que mi amor sería eterno. Te quiero, Wentworth.

La habitación empezó a dar vueltas cuando Wentworth lo agarró por la cintura y lo hizo girar, pletórico. El beso que siguió no fue menos vertiginoso.

—*Amor eterno.* Aunque nunca vi esa canción igual después de que la llamaras «amor etreno». Me hacía pensar en guarradas, y me gustaba el lugar al que me llevaba.

El calor era un ente vivo palpitando entre ellos, y la mirada de Wentworth, que era puro deseo, prometía que lo que estaba por venir iba a ser sexi y delicioso.

—¿Y qué quieres que hagamos primero, abejita? —preguntó con ojos chispeantes.

Elliot se dejó caer de rodillas en el suelo.

—¿Qué tal un buen dolor de garganta?

Wentworth echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Sonriendo, Elliot lo cogió de la mano y tiró de él.

—Pero, antes, hay otra cosa que me gustaría hacer.

Wentworth se quedó de piedra, mirándolo, parpadeando.

Elliot le besó el dedo anular.

—Wentworth McAllister, ¿te quieres casar conmigo?

—¿Quieres decir en unos años?

—Quiero decir la semana que viene. Hoy, si fuera posible.

Wentworth se rio, pero sus ojos brillaron esperanzados.

—¿Lo dices en serio?

—No encuentro ni una sola objeción para no hacerlo.

—Acabamos de volver a estar juntos.

—¿Alguna vez estuvimos separados de verdad? ¿No hemos estado siempre el uno en la mente del otro?

—La semana que viene, que empiezan nuestras vacaciones, podría ser nuestra luna de miel —dijo Wentworth con voz ronca.

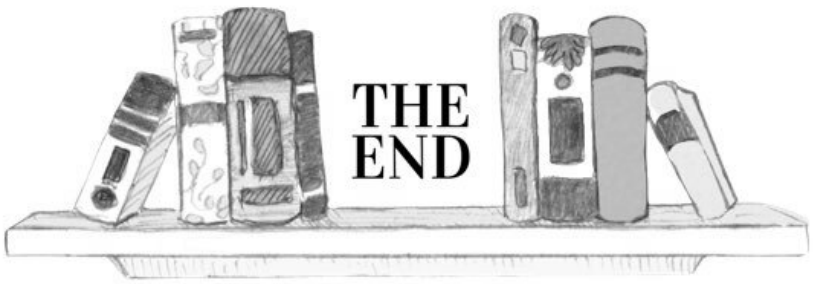
—¿Eso es un sí?

Wentworth se dejó caer en el suelo y, de rodillas también, dijo:

—Nunca he necesitado ningún tipo de persuasión cuando se trata de casarme con el hombre al que quiero.

Elliot le agarró la nuca y lo besó.

—Eso sí que es un sí.



Libros de la serie, *Con amor Austen* publicados en español:

EMERETT NUNCA SE HA ENAMORADO
(Retelling de **Emma**)

CAMERON QUIERE SER UN HÉROE
(Retelling de ***La abadía de Northanger***)

BENNET, EL ORGULLO DE ENAMORARSE
(Retelling de ***Orgullo y prejuicio***)

FINLEY ENCUENTRA SU VERDADERO HOGAR
(Adaptación de ***Mansfield Park***)

ELLIOT, CANCIÓN DE AMOR ETERNO
(Retelling de ***Persuasión***)

Próximamente:

A DASHWOOD OF SENSE AND SENSIBILITY
(Retelling de ***Sentido y sensibilidad***)

Novelette:
MR FAIRFAX, MR WEST, AND THE MEET CUTE

Sobre la autora

Soy una grandísima fan de los romances que se cuecen a fuego lento y es que me encanta leer y escribir sobre personajes que se van enamorando poco a poco. Algunos de mis temas favoritos son: historias cuyos protagonistas van de amigos —o enemigos— a amantes; chicos despistados que no se enteran de nada y en sus romances todo el mundo es consciente de lo que pasa menos ellos; libros con personajes bisexuales, pansexuales, demisexuales; romances a fuego lento y amores que no conocen fronteras.

Escribo historias de diversa índole, desde romance contemporáneo gay con los que se sufre un poquito, a romances totalmente desenfadados e, incluso, algunos con un toque de fantasía.

Mis libros se han traducido al alemán, italiano, francés, tailandés, portugués y español.

Contacto: http://www.anytasunday.com/about-anyta/

Suscríbete a la *newsletter* de Anyta y recibe un libro electrónico gratuito:
http://www.anytasunday.com/newsletter-free-e-book/

Únete a mi grupo de Facebook para hablar de romances que se cuecen a fuego lento:
https://www.facebook.com/groups/SlowBurnSundays/

También puedes encontrarme aquí:
www.anytasunday.es
anytasunday@gmail.com

Para obtener información sobre nuevos lanzamientos y regalos, sígueme en BookBub:
https://www.bookbub.com/authors/anyta-sunday

Sobre le ilustradore

Lauren Dombrowski es une ilustradore y dibujante de cómics con residencia en Chicago entre cuyos trabajos podemos mencionar las ilustraciones de *Conventionally Yours*, de Annabeth Albert (2020) y *Say You'll Be Nine*, de Lucy Lennox (2020). También ha formado parte del cómic *Dates Volume 3* (2019), de *A Survey of Queer Looks 1890-2018* (2018) a cargo de Margins Publishing, así como *Tabula Idem: A Queer Tarot Comic Anthology* (2017) con Fortuna Media.

Página web: laurendombrowski.com
Twitter: @callmekitto
Instagram: @l.e.d.light
Correo electrónico: ldombrowskiart@gmail.com